

14/7
EL
DESCUBRIMIENTO

PAMELA
STUPIA



Índice de contenido

Portadilla

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Agradecimientos

14/7 El descubrimiento

14/7 EL
DESCUBRIMIENTO

PAMELA STUPIA

Stupia, Pamela

14/7 : el descubrimiento / Pamela Stupia. -
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Temas de Hoy, 2017.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-730-178-0

1. Narrativa Juvenil. I. Título.

CDD 863.9283

© 2017, Pamela Stupia

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de
Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Ilustración de cubierta: Sabrina Florio

Todos los derechos reservados

© 2017, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Temas de Hoy[®]

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: mayo de 2017

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-730-178-0

*Para mis abuelos, dueños del 14 y el 7,
que le dieron alas a mis sueños.*

*Para mis papás, que me enseñaron a
caminar hacia esos sueños.*

*Para mis hermanas, que emprendieron
ese camino al lado mío.*

*Para Juani, por caminar conmigo
hacia ellos. Siempre, sea lo que sea.*

*Para mis amigas, que siempre me dicen
que puedo un poco más.*

*Para Pepper, por figurar hasta en este
momento.*

*Y para quienes me acompañan y siguen
en todo lo que hago, son el último
eslabón de esta cadena.*

Gracias por hacer realidad mis sueños.

CAPÍTULO 1

Bianca era de esas personas que odiaban la rutina; vivir en una ciudad tan pequeña no la ayudaba a sentirse realmente feliz.

San Carlos de Bariloche pertenece a la provincia de Río Negro, al sur de la Argentina. Un lugar que muchos eligen como destino de vacaciones en invierno, ya que se puede esquiar, y en verano, porque tiene bellos lagos y bosques. Las chocolaterías son un clásico en la ciudad, donde sin lugar a dudas se come el mejor chocolate del mundo. Los dulces de frambuesa, arándanos y mora son otros de los clásicos; si te adentrás en las rutas, podés ver muchas

plantaciones de estos frutos deliciosos que necesitan de un clima específico para subsistir. Sin embargo, ni sus cerros, ni sus lagos, ni el gran mito del monstruo que habita el lago Nahuel Huapi resultaban relevantes para ella.

Inviernos superfríos y veranos repletos de flores se sucedían año tras año. Turistas de todo el mundo y muchos estudiantes egresados pasaban cada temporada, pero para Bianca eran parte del paisaje al que estaba acostumbrada.

Nació en Buenos Aires, pero sus papás decidieron mudarse a Bariloche cuando tenía apenas un año, y no recordaba absolutamente nada de ese lugar al que nunca más había vuelto. Su infancia fue tranquila y la adolescencia que estaba

comenzando iba por el mismo camino. Tenía amigos, aunque era especialmente fan de pasar largas tardes sola en su cuarto, escuchando música, dibujando o simplemente mirando el paisaje.

Su casa se encontraba ubicada sobre un cerro, en la zona que quienes viven en Bariloche llaman “los kilómetros”, básicamente porque bordea la ruta que lleva a los turistas de excursión en excursión. Leños, muebles de madera, cortinas a cuadros y fotos por todos lados, así era la pequeña casa de Bianca, donde pasaba las veinticuatro horas de todos sus días, excepto de marzo a diciembre, cuando iba al colegio por la mañana, para lo que tenía que abrigarse de manera extrema en

pleno invierno, cuando la nieve tapaba la ciudad.

Esa mañana de verano, paradójicamente, fue diferente. Bianca había decidido quedarse en casa y estaba dibujando en su cuarto, como casi siempre que tenía tiempo libre.

Dibujar era una de sus pasiones, y tenía un gran don para dibujar personas, así que siempre que podía, aprovechaba para hacer retratos de sus ídolos. En ese momento dibujaba a Aria, uno de los personajes de su serie preferida: *Pretty Little Liars*. Había intentado dibujar paisajes, pero le resultaba aburrido: tal vez el hecho de tener uno de los paisajes más bellos frente a ella todos los días la había inmunizado. También había

intentado dibujar objetos, pero no le divertía, así que se había resignado a dibujar personas, lo que muchas veces implicaba que se pusiera a mirar los rostros de los pasajeros del colectivo e imaginara cómo dibujarlos. Había decidido ser ilustradora cuando terminara la escuela, ninguna otra cosa le gustaba tanto como dibujar. Sentía que era el único momento en el que se conectaba consigo misma y podía pasar horas haciéndolo, aunque para ella eran solo minutos.

Terminar la escuela primaria la había hecho pensar mucho en qué haría cuando terminara la secundaria. Está bien, faltaban unos cuantos años, pero Bianca siempre quería tener un plan. La hacía

sentir más relajada saber qué tenía por delante. Algo que iba a contramano del hecho de que odiaba la rutina. Cosas raras que uno nunca entiende.

Había decidido ser ilustradora en vez de una artista que pinta cuadros para exponer, porque su idea era ilustrar revistas. Imaginaba que sus dibujos salían en una revista y le parecía estar soñando. Lo quería hacer real, así que iba a seguir haciendo retratos, pero en algún momento iba a tener que animarse a más.

Estaba en su mundo, dibujando a Aria, cuando escuchó que Eduardo, su papá, volvía del trabajo más temprano de lo normal. “¿Qué onda? ¿Se fue hace tres horas y ya volvió?”, pensó. Se asomó

por la ventana y lo notó extraño. Se había quedado parado al lado del auto, leyendo algo en el celular por unos minutos. Bianca veía la entrada de la casa a la perfección desde una de las ventanas de su cuarto, por eso sabía exactamente los horarios de todos sus vecinos y la ropa que usaban a diario. Lo mejor de todo era que, a través de la otra ventana de su cuarto, veía el lago celeste, iluminado por el sol. Un espectáculo de la naturaleza.

Se sentó para ver mejor a través de la ventana. Su papá seguía allí: algo raro estaba pasando. En ese momento, vio salir de la casa a Isabel, su mamá. Bianca los vio intercambiar miradas, estaban serios, nada bueno estaba

pasando; la chica dejó de tener una visión perfecta de la situación cuando los papás entraron a la casa.

Salió de su cuarto sin hacer demasiado ruido y bajó las escaleras. Escuchó un murmullo: Eduardo e Isabel siempre eran dulces y buenos con Bianca, pero tenían la mala costumbre de ocultarle cosas para que “no se preocupara”. Ante la certeza de que no le contarían qué pasaba, Bianca se sentó en la escalera, el lugar perfecto para que no la vieran, y trató de escuchar lo que decían. Después de tantos años de escuchar detrás de puertas, Bianca se sentía experta en la materia e, increíblemente, siempre tenía la misma buena suerte: cuando se disponía a prestar atención, los

murmullos se volvían más fuertes y se enteraba de todo. “Algún día me va a servir de algo este entrenamiento”, pensó.

—Es la semana que viene, tenemos que irnos de la ciudad —dijo Eduardo.

Claramente se trataba de algo relacionado con el trabajo. A su papá le importaba muchísimo su desempeño laboral e Isabel siempre trataba de que se relajara un poco. Sin embargo, para sorpresa de Bianca, esta vez fue diferente. La respuesta de su mamá fue rápida:

—Ok, voy a organizar la mudanza. Podemos hablar con Bianca más tarde.

Entró en pánico. Era cierto que estaba harta de las montañas y del lago, pero

tenía amigos y se llevaba muy bien con ellos. Amaba su cuarto, no quería irse de ahí. Subió los escalones que separaban el escondite de su cuarto y entró desesperada. Respiró hondo. Miró a su alrededor: las paredes de madera, la manta ultraabrigada sobre la cama. “¿Por qué está puesta si es pleno verano?”, se preguntó, y evitó responder porque era irrelevante ante la situación que estaba viviendo.

Caminó unos pasos hacia la otra ventana de su cuarto; se veía perfectamente el lago Nahuel Huapi. Respiró hondo y miró hacia la pared frente a su placard. Tenía un espejo en el que se miraba poco. Se sentó en el piso y observó su imagen; hacía rato que no

se detenía a mirarse. Había crecido, no sabía si era real o era algo que sentía porque acababa de terminar la escuela primaria. Estudió su reflejo. Era alta, medía 1,75 m y tenía 13 años; los zapatos de sus amigas siempre le quedaban chicos. Era injusto, siempre tenía que comprarse zapatos nuevos porque no tenía la opción de que se los prestaran. Su pelo largo y lacio era castaño oscuro, casi negro, igual que los ojos. Su piel era blanca y, según ella, Bariloche la hacía más pálida aún. Tenía manos pequeñas, pero dedos muy largos y detestaba sus piernas, largas y finas, sentía que tenía dos escarbadienes. No entendía cómo sus amigas le envidiaban las piernas, si era lo que ella más

odiaba de su cuerpo.

Miró su ropa, pensó que sus amigas le dirían lo mismo de siempre: “Bianca, ponele onda”. Se vestía de manera muy simple porque así se sentía más segura. Camiseta blanca, jeans negros y zapatillas blancas. Ese era su *look* desde siempre y no estaba en sus planes cambiarlo. No le gustaba maquillarse, la aburría y le parecía que no era necesario, aunque hacía algunas semanas había empezado a usar máscara de pestañas después de que sus amigas le habían implorado que lo hiciera.

—Sos hermosa, Bianca. Si te maquillaras y te pusieras un vestido, superarías a Kendall Jenner —le decían siempre.

Sin embargo, Bianca se sentía cómoda y feliz así, y seguía en su plan; era mucho esfuerzo y no tenía sentido producirse tanto.

Se levantó y dio unos pasos. No podía creer lo que estaba pasando, jamás hubiese pensando que un día iba a tener que dejar la ciudad. Si bien renegaba de la tranquilidad del lugar, nunca había planeado irse. Estaba devastada.

Se sentó, sacó una caja enorme de abajo de la cama y la abrió. Estaba llena de dibujos. Eran obras de arte, tenía un gran don que ella no valoraba demasiado. Nadie sabía que dibujaba, solo sus papás, que se sorprendían cada vez que veían una nueva creación.

—Solo voy a llevarme esto —dijo en

voz alta—. Si hay que volver a empezar, voy a hacerlo desde cero.

Golpearon la puerta; Eduardo e Isabel entraron a darle la gran noticia. Debido al trabajo de su papá, se mudaban a Buenos Aires la semana siguiente.

CAPÍTULO 2

La semana por momentos pasó muy rápido y por momentos, extremadamente lento. Bianca experimentó todas las sensaciones posibles: lloró, se entusiasmó, tuvo miedo, nervios, ansiedad, felicidad... todo junto, en solo siete días. Sin embargo, nada de eso importaba porque había llegado el momento en el que su vida daría un giro de 180 grados. No recordaba nada de Buenos Aires y solo había conocido a una persona de esa ciudad en toda su vida. No está de más decir que nunca había soportado a esa chica, por lo que el pronóstico no era bueno.

Hacía exactamente una semana se

había enterado de que todo lo que había vivido en trece años iba a pasar a la historia. Sus amigos, su casa, la ciudad... todo sería parte del pasado en cuestión de segundos. No podía creer que iba a tener que ver el lago por fotos o que nunca más iba a poder ir a una de las chocolaterías más ricas de Bariloche, Del Turista, a comer su tostado preferido y la medialuna veneciana con jamón y queso.

Todas las pequeñas cosas que amo de la vida se van a esfumar.

 Me gusta

 Comentar

La frase que escribió en su perfil de Facebook recibió una cantidad increíble de “Me entristece”.

Había llamado a sus amigos el mismo día que se había enterado de la noticia y habían pasado una linda tarde en Playa Bonita para despedirla. Amaba ese lugar; aunque no era de los osados que hacían deportes acuáticos, adoraba sentarse a mirar el paisaje, sentía que era el mismo de todos los días, pero desde otra perspectiva. Sin lugar a dudas lo iba a extrañar.

Con sus papás también habían hecho una especie de “ritual” de despedida. Habían ido a comer afuera toda la semana, para despedirse de cada uno de sus restaurantes preferidos, y el último día habían ido al teleférico del cerro Otto para quedarse con esa visión de la ciudad desde arriba, para siempre.

El cerro Otto la remontaba a su infancia: cuando era chiquita, subir al teleférico era una de sus actividades preferidas. Tenía vértigo, pero las cápsulas que la transportaban hacia arriba le daban seguridad. Y lo mejor estaba arriba: una confitería giratoria, que aún existe y que le encantaba. Mientras se tomaba un submarino, disfrutaba del paisaje desde todos los puntos, gracias a los giros lentos de la confitería. Después de todo, le encantaba esta ciudad y a sus papás también.

A Eduardo nunca lo habían trasladado, se suponía que era una buena noticia, pero Bianca veía a sus papás tristes, desanimados por dejar la ciudad. No

entendía cómo una persona, solo por trabajo, podía dejar atrás todo lo que amaba. Sin embargo, Bianca se guardó todos estos pensamientos porque no quería ser un peso más para su papá.

Bariloche es una ciudad que en solo 220 kilómetros tiene muchas cosas: lagos, montañas, bosques y un pequeño centro que Bianca amaba y recorría todos los días con Clara y Agustina, sus mejores amigas, sobre todo en la época en que los estudiantes de secundaria visitaban la ciudad por su viaje de egresados. Siempre una de las tres se enamoraba de algún estudiante con el que nunca pasaba nada y que en tres días no vería nunca más. Era parte de la diversión; de hecho Bianca, tenía varios

dibujos de estudiantes que había conocido durante el último año.

Básicamente porque antes de ese año, los chicos le importaban poco y nada.

Nunca había tenido novio ni había estado cerca de tenerlo y sus amigas tampoco, pero el último año Clara se había enamorado de media ciudad. Por suerte, el enamoramiento le duraba poco. Bianca se divertía muchísimo con ella, eran muy diferentes, pero sentía que esas diferencias las hacían aún más compinches.

Clara era graciosa, divertida, extrovertida y amaba ponerse vestidos, shorts y todo eso que Bianca jamás hubiera usado. Se apoyaban en todo y se conocían desde el jardín. Una de las

cosas más duras para Bianca sería separarse de ella. Habían planeado muchas cosas juntas y la secundaria era algo que estaban esperando ansiosas hacía mucho tiempo. No podía creer que iban a empezarla en dos lugares diferentes.

Como despedida, Bianca, Clara y Agustina durmieron juntas en la casa de Clara. Bueno, “dormir” fue lo que deberían haber hecho, pero en realidad pasaron la noche pintándose las uñas, mirando películas, series y videos en YouTube y cuando se dieron cuenta, ya estaba amaneciendo.

Había llegado el día. Bianca se levantó más cansada de lo normal después de la gran noche con sus

amigas. Estaba nerviosa, las saludó con un fuerte abrazo deseando que no fuera el último, y fue hacia su casa.

Antes de entrar, decidió pasar unos últimos minutos frente al lago. Era una linda mañana de verano, pero el agua estaba congelada como siempre. Se quedó un buen rato mirando el paisaje y pensando qué pasaría en su vida.

“¿Volveré alguna vez?”, se preguntó y deseó con todas sus fuerzas que la respuesta fuera un sí. No podía creer todo lo que no había valorado en este tiempo. Estaba enojada consigo misma, pero en el fondo también se sentía intrigada y un poco entusiasmada por esta nueva vida. Toda la semana había sido así: entusiasmo, decepción,

alegría... ya no sabía ni siquiera qué era lo que quería.

Estaba mareada de sentimientos hasta que vio a dos chicos que jugaban a unos metros. Eran mellizos y tendrían alrededor de siete años. Los miró con una sonrisa, recordaba todas las mañanas de verano que había pasado en ese mismo lugar con Clara. Hizo un esfuerzo por escuchar lo que decían.

—Tenés que ponerte las zapatillas para no lastimarte con las piedras y tener valor aunque el agua esté fría —le dijo uno al otro.

—No tengo valor —respondió el segundo.

—Inventalo, imaginate que lo tenés.

Bianca sonrió a la distancia y decidió

que era el momento. “Voy a imaginar que tengo valor”, pensó, y caminó hacia su casa, donde sus papás la esperaban.

Increíblemente, Eduardo había decidido hacer el viaje a Buenos Aires en auto, de modo que tenían por delante casi veinticuatro horas hasta llegar a la ciudad. Con eso en mente, Bianca había preparado todo lo necesario: celular, tres cargadores portátiles para no quedarse sin batería ni por casualidad, hojas, lápices y un par de revistas de chimentos bizarros que la iban a mantener entretenida. Su mamá había armado una canasta con provisiones y habían llenado el baúl de chocolates y mermelada de frambuesa; querían tener algo de Bariloche en su nueva vida

porteña.

Subieron al auto y emprendieron el gran viaje. Bianca no podía creer lo que iba a vivir: nueva casa, nueva ciudad, nueva escuela... vida nueva. Su mamá estaba ansiosa, parecía ser la más feliz. Eduardo, en cambio, estaba más silencioso de lo normal, cosa que sorprendía a Bianca. Su papá siempre había sido un apasionado de su trabajo y este ascenso con traslado incluido era positivo, sin embargo, algo lo tenía preocupado.

Después de hacer unos cuantos garabatos que terminaron en la basura y unas paradas para descansar, Bianca se puso los auriculares y decidió dormir para acelerar un poco la travesía, pero

no lo consiguió. La discografía completa de One Direction y el nuevo disco de Shawn Mendes sonaron mientras veía cómo el paisaje se transformaba. Ya no había montañas ni lagos y atravesaban una autopista. Los autos ya no se veían tan embarrados y la gente en ellos era diferente... estaban en Buenos Aires.

Bianca sintió de nuevo todo junto: tristeza, ansiedad, alegría, angustia y unas ganas increíbles de no haberse quejado jamás de la tranquila vida de Bariloche. Unos minutos más tarde estaban en medio de la ciudad. La gente corría para todos lados, había miles de colectivos y carteles enormes. No había chocolaterías y Bianca se quedó perpleja. Se sacó los auriculares y

escuchó todo lo opuesto al silencio de su Bariloche tan querido. Vio cómo Eduardo la miraba preocupado por el espejo retrovisor y le sonrió: “Ok, papá... ¿y en qué barrio está nuestra nueva casa?”.

CAPÍTULO 3

Guillermina se había levantado temprano para poder desayunar, bañarse y dejar sus rulos presentables para el primer día de clases. Fue en bicicleta, como había planeado, y arrastró con ella a sus hermanos, que habían empezado una semana antes junto con el resto de la escuela primaria.

Estaba nerviosa y ansiosa, esperaba este momento desde aquel día en que se había enterado de la noticia. Nueva ciudad, nueva escuela, nueva vida... amaba los cambios.

En trece años, Guillermina había vivido en Villa La Angostura, París, Ámsterdam, Chicago y Mendoza. Su

papá trabajaba en una importante cadena de hoteles y le encantaban los traslados, así que mudarse nunca había sido un problema para nadie en su familia.

Había aprendido mucho en todas las ciudades donde había vivido; siempre aprovechaba para estudiar idiomas y descubrir nuevas recetas de cocina. Hablaba español, inglés, francés y neerlandés, y su meta para este año era anotarse en una academia de italiano *online*. Tenía facilidad para los idiomas y podía practicarlos y aprender cosas nuevas desde la web. Igual que las recetas, que sacaba siempre de YouTube.

Su cuarto tenía un rincón con muchos libros, amaba las historias clásicas y las

leía en distintos idiomas, porque sentía que eran diferentes. *Alicia en el país de las maravillas* era su preferido, lo tenía en español, inglés, neerlandés e incluso lo había comprado en italiano para leerlo cuando empezara a estudiar.

Esa mañana de enero cuando se enteró que debía dejar Mendoza había sido el comienzo de una gran aventura para ella que, como cualquier otro día, se había levantado a las ocho de la mañana para cocinar una docena de *cupcakes* y una *cheesecake* de chocolate mientras sus papás trabajaban y sus hermanos dormían. Amaba cocinar y estaba negociando con su mamá que le destinara un día por semana para encargarse de la cena.

La mudanza había sido un gran comienzo de año, sobre todo porque se había acostumbrado a no permanecer demasiado en una misma ciudad. Por eso, los últimos dos meses había estudiado todo sobre Buenos Aires y ya sabía a la perfección cómo llegar a cualquier rincón, ya fuera en colectivo o en subte.

Tuvo su primera aventura dos días después de llegar a Buenos Aires. Había decidido ir al Barrio Chino para comprar algunos ingredientes que necesitaba para lo que planeaba cocinar esa noche, porque su mamá le había permitido que se encargara de la cena. Una pequeña distracción hizo que Guillermina se olvidara de comprar un

ingrediente, así que a último momento tuvo que ir al supermercado de la esquina de su casa.

El barrio era tranquilo y eso le gustaba, porque le recordaba mucho a Mendoza y Villa La Angostura. Planeaba volver a la bicicleta como en sus épocas de Ámsterdam, donde otro medio de transporte era casi mala palabra. El colegio al que iba a ir estaba a siete cuadras de su casa, así que su plan era hacer ese recorrido en bicicleta.

No podía dejar de pensar en el primer día de clases, estaba ansiosa; tan ansiosa y sumergida en sus pensamientos que no pudo evitar caerse al piso después de tropezarse con la correa de un perro que estaba esperando a su

dueño en la puerta del supermercado. “Suerte que estoy en shorts”, pensó, y escuchó una risa tímida. Miró hacia arriba y lo vio: era el chico más lindo que había visto en toda su vida. Llevaba bermudas de jean y una camiseta blanca, en los pies tenía unas Converse blancas y estaba despeinado, como si acabara de despertarse. Seguía en el piso, observando los ojos negros de este ser impresionante que la había visto caer cual estúpida, mientras pensaba en el patético recorrido que haría cada mañana durante todo un año para ir al colegio.

—Hola, aquí Franco —dijo.

—Soy Guillermina y es la primera vez que me caigo en 13 años. Se rieron y él

la ayudó a levantarse.

—Nos vemos pronto, nueva vecina — dijo con una sonrisa y Guillermina ni siquiera respondió.

Nunca supo si estaba atontada por la caída o por Franco. Lo vio alejarse con su cocker (el que hizo que cayera delante del chico más lindo del planeta Tierra) y unas bolsas. Sonrió. Amaba los cambios.

Ese día pasó un largo rato en su cuarto, el cuarto más rosa que vieron en su vida. Tenía mucho maquillaje, le encantaban los labiales y también tenía muchos vestidos. Era su prenda preferida. Sin embargo nada importaba, no podía dejar de pensar en la escena, en el perro, en Franco y en su sonrisa. Jamás le había

pasado algo así. Estaba anestesiada.

Guillermina era de estatura media y tenía pelo rubio y repleto de rulos, de esos imposibles de peinar, por lo que había renunciado al cepillo hacía tiempo y lo peinaba solo con los dedos. Durante su infancia en diferentes ciudades, tuvo que soportar que le preguntaran en todos los idiomas si había metido los dedos en el enchufe. Sin embargo, amaba su pelo, era la parte preferida de su cuerpo, sentía que la hacía diferente y eso le encantaba.

Su piel era blanca y eso también le gustaba; disfrutaba resaltar el color de su piel usando labiales y esmaltes fucsias porque, por si quedan dudas, adoraba el color rosa casi tanto como

sus rulos.

Había llegado el gran día del comienzo de clases y ya estaba en la zona de la escuela. Dejó la bicicleta enfrente y se empezó a acomodar los rulos cuando escuchó:

—Hola, nueva vecina.

Se puso nerviosa, pero moría por volver a verlo. Giró y lo confirmó; era Franco, estaba ahí y llevaba puesto el mismo uniforme escolar que Guillermina, lo que significaba una sola cosa: iban a la misma escuela.

No podía creer lo hermoso que era, su sonrisa dibujaba unos hoyuelos divinos en sus mejillas, los ojos negros eran levemente achinados y el pelo seguía despeinado. Su perfume era dulce y

suave. Sus dientes pequeños estaban perfectamente alineados. Esa sonrisa, sin dudas, era la envidia de más de uno. Lo que más le atraía a Guillermina era que, si bien sus rasgos eran delicados, todo su estilo en general era intencionalmente desaliñado.

—¿Te recuperaste de la caída? —le dijo, y Guillermina, derretida internamente como el volcán de chocolate que le encantaba cocinar, respondió:

—Sí, costó pero me recuperé.

—¿Así que somos compañeros de escuela? Vamos, entremos que te ayudo a buscar tu aula.

Guillermina y Franco intercambiaron algunas palabras mientras buscaban sus

aulas hasta que finalmente se dieron cuenta de que compartían clases. Finalmente entraron a un aula que ya estaba llena de chicos, porque claramente habían perdido un buen tiempo afuera. Guillermina miró a su alrededor en busca de un lugar para dejar sus cosas, aunque sinceramente lo único que quería era seguir mirando sonreír a Franco. Pero el buen momento duró poco, porque su mundo se derrumbó cuando una de las chicas de la clase vino a abrazarlo. “No pueden ser solo amigos”, pensó, y lo confirmó al instante cuando ella lo rodeó con sus brazos y él, con los mismos hoyuelos bellos con los que le había sonreído a Guillermina, la tomó de la cintura y la

besó... en los labios.

Depresión nivel mil para Guillermina, que de repente se encontró parada en el medio del aula, con el chico que le gustaba al lado de ella, besando a otra chica, y miles de extraños alrededor que se conocían entre sí. Difícil era una palabra que no existía en el diccionario de Guillermina, pero esta mañana parecía que sí.

—Hola, ¿estás bien? Yo también soy nueva si te sirve de consuelo, y ni siquiera soy de Buenos Aires. Vení, queda un lugar al lado mío. Podés sentarte ahí, si querés —le dijo una de las chicas de la clase que Guillermina claramente no había visto porque estaba obnubilada con Franco, sus hoyuelos, su

pelo y su novia. La miró con lágrimas en los ojos y la chica la tomó de la mano y le dijo: —Soy Mara, vení, vamos a sentarnos.

CAPÍTULO 4

En el ranking de las cosas que odiaba Mara, que la gente se sorprendiera porque se llamaba Mara y vivía en Maimará estaba en el primer puesto. Definitivamente la ponía de malhumor y definitivamente estaba cansada de vivir en uno de los lugares más hermosos del norte de la Argentina. Raro, ¿no?

Maimará significa “estrella que cae” en lengua omaguaca y la ciudad está ubicada en una de las regiones más bellas de Jujuy, en el extremo norte del país. Básicamente está a una altura de 2334 metros sobre el nivel del mar, en la Quebrada de Humahuaca, a 76 kilómetros de la capital de la provincia

y esa ubicación, privilegiada para algunos, era 100% odiada por Mara, que cuando odiaba algo, era sinceramente intensa.

“Una petisa explosiva”, la describía siempre su mamá Carolina, con quien vivía desde siempre de forma exclusiva. Su papá las había abandonado vaya uno a saber por qué cuando ella había cumplido un año, y ni siquiera tenía recuerdos de él.

Mara medía 1,50 m, tenía un hermoso pelo castaño y lacio que le tocaba levemente los hombros, ojos verde aceituna y pecas en las mejillas. Su voz era fuerte y su risa, contagiosa. Tenía un millón de amigos (literalmente) y su gran entretenimiento era hacer collares y

pulseras. Tenía miles y su sueño era venderlos, pero... ¿quién iba a comprarlos en una ciudad tan pequeña? Ella deseaba desde siempre vivir en Buenos Aires, vender sus accesorios en alguna feria linda de Palermo y estudiar diseño para crear su propia marca de accesorios y zapatos.

Tenía siete años cuando empezó a rogarle a su mamá que se mudaran a Buenos Aires y nunca entendió por qué este tema era el único en el que Carolina no era flexible. Un no rotundo. Siempre. Así que por el momento había planeado esperar a tener 18 para poder ir a estudiar a Buenos Aires, aunque en su interior no podía imaginar una vida sin su mamá cerca.

Ese viernes hacía demasiado calor en la ciudad. Mara se levantó tarde (como siempre) y se sirvió una limonada con hojas de menta, uno de sus grandes vicios del verano. Cuando era chiquita, su mamá le hacía limonada para que no tuviera tanto calor y desde ese entonces se había transformado en costumbre, así que en su heladera nunca faltaba una jarra bien fría.

Su casa era pequeña, pero era perfecta para ellas dos. Todo era chiquito: la cocina, el living, la mesa y el sofá. No necesitaban nada más, eran dos y les encantaba su casa porque era fiel a su estilo.

Con la limonada en mano y unas cuantas lagañas en los ojos, Mara salió

y se sentó en la puerta de su casa por donde claramente no pasaba nadie. ¿Dónde estaba su mamá? Se quedó esperando mientras tomaba la limonada. Tenía una relación de amor-odio con los cactus: los veía todos los días, lo que claramente le aburría, pero siempre que iba de vacaciones a algún lugar fuera de Jujuy sentía que le faltaban. Miró uno que estaba justo al lado, en la entrada de la casa, y pensó en lo increíble que era la naturaleza. Grandes, erguidos, los cactus pueden lastimarte y mucho si tocás sus espinas, pero un día... de repente, pueden regalarte flores preciosas. Y ninguna flor de ninguna planta se ve tan bella como la de un cactus. Es un contraste fascinante, y en

cierto sentido, Mara se sentía así. Fuerte, intensa, pero con sentimientos nobles.

La fachada de la casa era simple, de color naranja, con dos columnas. A los lados no había nada. Las casas del vecindario no estaban pegadas, como suele suceder en otros lugares, pero cualquier casa que estuviese cerca sería de algún amigo de Mara, porque ella era amiga de todo el mundo, y tenía ese don que la hacía llamar la atención en cualquier reunión. Era divertida, cuando hablaba daba gusto escucharla y siempre tenía una sonrisa. Era comprensiva y buena amiga, y si le hacían algo a alguien querido, era capaz de cualquier cosa.

Allí estaba, pensando en todo y tratando de apagar el calor de esa mañana. Fue en ese momento cuando se le ocurrió una nueva idea: anillos con forma de cactus, serían un *boom* en el colegio el año siguiente si lograba crearlos. Empezaba primer año, así que tenía la gran meta de dar a conocer su marca entre los más grandes de la escuela.

Levantó la vista y vio a Carolina, su mamá, que se acercaba hacia la casa. Venía sonriendo, algo que en realidad era muy común; tal vez lo de las sonrisas lo había heredado de ella. Sin embargo, Mara notó que la sonrisa tenía algo detrás, algo de emoción quizás. Estaba demasiado dormida como para

ponerse a atar cabos, así que se levantó del escalón de la puerta de casa y sacudió con las manos sus shorts de jean llenos de parches que había intervenido ella misma.

Carolina estiró las manos hacia ella. Tenía un sobre. Mara lo abrió y encontró dos pasajes a Buenos Aires.

—¡Nos vamos de vacaciones! —gritó Mara al borde de la felicidad.

—Armá tus valijas, nos vamos a vivir a Buenos Aires.

Nada podía hacerla más feliz que esa noticia y una de sus grandes virtudes era que no le tenía miedo a nada. De modo que desde ese momento hasta el día del gran viaje a Buenos Aires, no titubeó un instante. No tenía dudas de que quería

viajar y ya.

Había pasado una semana desde la gran noticia y era tiempo de dejar atrás Maimará. Sinceramente, Mara estaba agotada: había tenido unas diez reuniones en solo siete días con diferentes grupos de amigos. Ser tan popular a veces era agotador, sin embargo ella estaba feliz aunque iba a extrañar demasiado a sus amigos. Les había prometido que iban a tener largas charlas por WhatsApp y que iba a estar atenta a las redes sociales para ver las fotos del primer día de clase.

El último día y a última hora fue el momento exacto en el que Mara se dignó a preparar sus cosas. Carolina estaba estresada, no eran vacaciones, era una

mudanza a una ciudad lejana y Mara no había preparado absolutamente nada, así que tuvieron que hacer todo a las corridas. Dividieron tareas: Carolina se encargaría de todo lo de la casa y Mara de la ropa, así que después de vaciar su placard y poner todo en la valija, Mara fue a hacer lo propio en el cuarto de su mamá, que normalmente odiaba que le tocaran sus cosas.

Entró a su cuarto y sintió ternura al ver una cartelera repleta de fotos con ella. Carolina era todo lo que había tenido desde siempre. Era su mamá, su papá, su hermana y su amiga. Nadie la conocía más y agradecía siempre tener una madre tan dulce, divertida y comprensiva; no era fácil ser su mamá y

lo sabía. Se rio al pensar en unas cuantas de sus travesuras del último año y se dispuso a vaciar el placard, que por cierto no estaba tan lleno.

Sacó una por una las perchas hasta dejar el mueble absolutamente vacío. Hacía más de diez años que no hacía tanto ejercicio, así que resopló y cerró la valija. Antes de irse, se acercó una vez más al placard para confirmar que no se olvidaba de nada cuando algo le llamó la atención. En el fondo del placard, vio un papel enrollado con prolijidad. No pudo con la curiosidad y se agachó a recogerlo. Cuando lo vio, Mara se quedó perpleja: era una foto de ella recién nacida con su mamá y alguien más... era un hombre de tez blanca y

ojos color aceituna iguales a los suyos, tenía las mismas pecas y una expresión que le estrujó el estómago. ¿Estaba frente a una foto de su padre? ¿Estaba viéndolo por primera vez? Escuchó que su mamá se acercaba y se guardó la foto en el bolsillo. Era un tema sensible para Carolina y, sinceramente, si no conocía a su padre era porque ella misma se había negado a ver fotos siempre que su mamá se lo había propuesto.

Seguía nerviosa, sentía que la maldita foto le había arruinado su momento más importante, pero sonrió cuando su mamá entró.

—¿Siempre tan rápida y hoy tan lenta?
—le dijo Carolina con una sonrisa y Mara respondió:

—Estaba vaciando tu placard y de pronto me di cuenta de que este es un gran momento y que nada lo va a arruinar.

Carolina la miró y frunció el ceño tratando de entender, pero Mara ya se había ido al grito de: “¡¡Al aeropuertoooo!! Mi Buenos Aires querido, ¡¡allá voy!!”.

CAPÍTULO 5

Tres meses habían sido suficientemente insoportables para Cielo; detestaba ese colegio, esa ciudad y esos estúpidos compañeros de clase que tenía que ver todos los días.

Esa mañana se despertó con ganas de desaparecer del universo y antes de discutir con su mamá las razones por las que no quería ir al colegio, prefirió armarse de fque ser más sociable o sus compañeros de clase que lo único que hacían era burlarse de ella. Estaba cansada de interactuar con la gente. “¿Cómo puede ser que aún no se haya creado una ciudad *online* donde uno pueda hacer todo?”, pensaba.

Nunca había pensado que iba a extrañar Balcarce, la ciudad donde había vivido los últimos trece años, porque no tener ni siquiera un amigo le había parecido la excusa perfecta para no extrañar ningún lugar. Sin embargo hoy, camino al colegio, notaba un antes y un después en su vida desde aquella mañana de enero en la que su papá le había comunicado la gran noticia de la mudanza a Buenos Aires.

Había estado todo el último año pensando en lo insoportable que sería la secundaria, no le interesaban las fiestas de 15 ni salir a bailar y mucho menos tener un novio. Para ella, todo eso era el mismísimo infierno y su paraíso eran las redes sociales, sin duda.

Cielo usaba todas las redes sociales y tenía muchos seguidores. Podríamos definirlo así: todo lo introvertida que era en la vida real, lo tenía de extrovertida en Internet. Era usuaria de todo, desde Facebook hasta Instagram, Twitter, Tumblr, Snapchat y Wattpad. Circulaba por todas las redes sociales y las atendía con toda la responsabilidad que eso conlleva.

Estaba a pasos de la escuela cuando sintió un fuerte dolor de panza. “No quiero entrar”, pensó y giró decidida hacia la plaza de la otra cuadra. Se sentó, sacó su celular y tuiteó.

@pegaso_rosa
Cómo extraño mi

Laguna Brava.

Con tristeza, recordó los atardeceres en la laguna de Balcarce, donde iba cada día después de escalar para no pensar en nada. Amaba ver cómo atardecía y desde ningún otro lugar se veían las estrellas como allí. Hoy con suerte veía unas pocas, esquivando edificios e intentando no escuchar los bocinazos de la ciudad.

@pegaso_rosa

No sabemos lo que
tenemos hasta que
lo perdemos.

Durante el último mes, desde que había empezado el colegio, Twitter se

había transformado en el cable a tierra de Cielo. Siempre lo había usado pero ahora, en esta situación, era lo único que la alegraba. Tenía amigos con los que hablaba todos los días pero a los que no les conocía la cara; a ellos podía decirles lo que quisiera.

Se acostó en el pasto y puso la cámara del celular en modo *selfie*. Miró su reflejo, estaba peor que nunca. La humedad de Buenos Aires estaba haciendo estragos con su pelo, que a esta altura parecía una peluca. Tenía todo el *frizz* que existía en la Tierra y en cuatro meses viviendo en la ciudad no había encontrado la solución. Medía 1,60 m y estaba 100% acomplexada con cada rincón de su cuerpo. Usaba

anteojos grandes con marco negro y su *outfit* eterno eran jeans negros y camisetas negras. No importaba el calor que hiciera.

Estaba allí, con su maldito uniforme, sentada en la plaza de la esquina del colegio, prácticamente resignada a que la directora la encontrara haciéndose la rata cuando sintió que alguien se sentaba a su lado.

—Cielo, ¿qué hacés acá?

Era Bianca, su compañera de banco y la única persona que valía la pena de ese curso. Se había escapado en la mitad de la primera clase con la excusa de que necesitaba ir al baño para buscar a Cielo, que en un mes no había llegado tarde ni una sola vez.

—Pensé que te había pasado algo... y como nunca quisiste darme tu número de celular, no podía mandarte un WhatsApp —dijo.

Cielo estaba descolocada, ninguna persona de la vida real se había preocupado así por ella. Bueno, sus papás sí... pero un compañero de clase, jamás.

—¿Estás mal? ¿Es por Augusto? —le preguntó Bianca y Cielo entró en furia

—¿Por Augusto? No quiero hablar, no me interesa en lo más mínimo nada que tenga que ver con él.

—Cielo, hace un mes que lo conozco, igual que vos, pero está claro que no vale la pena y que lo único que busca es que todo el mundo vaya detrás de él

deseando ser su amigo.

—Bianca, yo seré callada y me aguantaré los insultos de Augusto y su grupito de amigos, pero que morís por él lo tengo bien claro, no hace falta que te hagas la tonta conmigo —dijo Cielo después de lanzar una carcajada fingida.

Bianca quedó perpleja. Claro, moría por él, pero jamás le había dirigido la palabra así que no entendía cómo Cielo se había dado cuenta.

—No le voy a decir a nadie, no te preocupes, no hablo con nadie —dijo Cielo y se rieron juntas.

Hablaron un largo rato de sus vidas antes de llegar a Buenos Aires. Bianca le contó todo sobre Clara y Agustina, y Cielo prefirió contarle algunas

anécdotas de Melón, su perro, en laguna La Brava. Se acordaron del día que se habían enterado de que dejaban su ciudad y recordaron con desilusión el día que habían comenzado las clases.

Cielo lo había vivido como una verdadera pesadilla porque tenía miedo de empezar la secundaria desde que había comenzado la primaria. El hecho de que todo fuera tan nuevo la había alterado más de lo normal.

@pegaso_rosa

Buen día, amigos,
hoy es el día de mi
muerte.

Eso había tuiteado Cielo esa mañana antes de salir hacia el colegio. Unos

minutos más tarde volvió a la red social y se encontró con un caos generalizado. Tenía trescientos mensajes directos en los que le preguntaban si estaba bien y miles de menciones con preguntas sobre su salud.

@pegaso_rosa

Empiezo la
secundaria, chicos.
Ojalá me muriera,
no se preocupen.

Terminó de desayunar y saludó a sus papás para irse a la escuela que quedaba muy cerca de su nueva casa. “Algo bueno —pensó Cielo—. En cuanto termine las clases, ya estoy en mi búnker”.

Se negaba a relacionarse con alguien, no pensaba hacer esfuerzos. No le interesaba.

La puerta del colegio estaba repleta de gente y eso la fastidió más. No entendía cómo alguien en este mundo podía estar contento de empezar las clases.

—Dale, Antejito —le dijeron desde atrás.

Se dio vuelta y vio al gracioso. Era Augusto, un rubio de ojos celestes, prácticamente turquesas, alto y hermoso, extremadamente hermoso. Jamás le habían gustado los rubios, pero sabía reconocer la belleza y este era el caso. Lo miró con cara de pocos amigos y ni siquiera le respondió. Solo se quedó unos cuantos segundos más estorbándolo

intencionalmente y al final lo dejó pasar.

@pegaso_rosa

Acabo de conocer a
mini Brad Pitt
versión maldita, por
eso me gustan los
morochos.

—Hey, tuitera —le gritaron.

Era increíble, pero cuando menos ganas tenía de interactuar con la gente, más personas le hablaban. Giró y vio a una chica más petisa que ella.

—Hola, soy Mara y soy nueva en la escuela. Vengo de Jujuy, ¿vos?

—Yo soy Cielo y estoy tratando de entrar al colegio, pero la gente no para de querer hacer amistades y

enemistades, así que no sé qué hacer.

Mara se quedó perpleja y no emitió sonido alguno. Cielo entró al colegio. Cinco malditos minutos y le había hablado medio país.

@pegaso_rosa

El universo
conspira para
hacerme sociable,
yo le doy batalla.

CAPÍTULO 6

Había vivido en distintas ciudades y se había adaptado a idiomas diferentes, climas extremos y muchas escuelas, sin embargo, esta vez la historia era diferente. No sabía bien por qué, la vida en Buenos Aires no estaba siendo fácil para ella, pero intentaba todos los días poner una sonrisa y comenzar una buena racha. No pasaba.

Básicamente, desde su llegada a Buenos Aires, lo mejor que le había pasado a Guillermina era conocer a Mara. Siempre había generado relaciones de amistad rápidamente, pero con ella había sido casi mágico. Mara era la persona más amable, divertida,

graciosa y sincera que había conocido en su vida y durante los últimos meses había significado un gran sostén para ella, que sin ir más lejos, la había salvado aquella primera mañana de clases cuando estaba por colapsar frente a los celos y tristeza de ver a Franco con Tamara.

Así fueron pasando los días y las semanas, y se fueron transformando en inseparables. Tenían el récord de la llamada de WhatsApp más larga de su historia: ocho horas. Habían almorzado y merendado al teléfono, y tuvieron que cortar cuando las mamás se cansaron y las mandaron a dormir.

Se entendían y la pasaban bien. Guillermina le enseñaba algunas

palabras en otros idiomas y Mara intentaba, pero no sabía decir ni *hello*. Habían planeado abrir un canal de YouTube donde enseñarían a hacer accesorios (a cargo de Mara, obvio) y donde Guillermina explicaría algunas recetas de cocina. Era un plan, faltaba ponerlo en práctica pero Mara estaba entusiasmadísima.

Pasaban gran parte del día hablando de su futuro canal de YouTube, pero Guillermina seguía triste por el ya asumido noviazgo de Franco. Para colmo, Tamara era la clásica chica popular del curso que todo el mundo persigue de acá para allá y que siempre pone en el blanco de sus burlas a otras chicas. Guillermina intentaba

mantenerse alejada de ella, lo único que le faltaba era un papelón, ya tenía suficiente con el hecho de ser casi la dueña del amor de su vida.

No exageraba, estaba enamorada. Pensaba en Franco las 29 horas que no tenía el día y Mara la retaba cada vez que viraba todo tema de conversación hacia algo relacionado a él. Estaba decepcionada, cuando conoció a Franco había sentido que era una persona especial; era tan dulce, tan sencillo... pero el solo hecho de ver a su novia derrumbaba todo el buen concepto que tenía de él.

Tamara era alta, tenía el cabello castaño oscuro igual que sus gruesas cejas. Sus ojos eran negros e intensos al

punto de darte miedo porque simplemente te mirara. Era una chica fuerte y con carácter que siempre se hacía escuchar en la clase. Tenía el pelo largo hasta la cintura y lacio. Podríamos describirla como todo lo opuesto a Guillermina.

Lo malo dentro de lo bella que era Tamara era su personalidad. Tenía el ego a flor de piel, e imponía a sus amigas que se vistieran como ella. Era casi una *top model*, tenía una buena delantera (esa que Guillermina aún estaba buscando en sueños), piernas largas, pestañas que parecían postizas y llevaba la falda del uniforme del colegio tan corta que daba miedo verla moverse. Era popular y lo aprovechaba en todo

sentido. Nadie le decía que no en el curso y los chicos de los años superiores la miraban pasar cual babosos en el recreo. Todo eso potenciaba su personalidad. Era la capitana del equipo de hockey, deporte en el que Guillermina era buenísima; sin embargo, le había pedido a la profesora no jugar por una lesión en el tobillo que había inventado para no tener problemas.

—¿Sos tonta? Tenés que jugar y demostrarle a Franco que sos mejor que su noviecita —le decía Mara.

Pero Guillermina solo quería pasar desapercibida, tenía miedo de que Tamara le hablara pestes de ella a su novio, que, recordemos, era el amor de

su vida.

Si eras baja, rellenita, callada, estudiosa, buena o mala... todo servía para agredirte. Así era Tamara, tomaba los puntos débiles de todas las personas que la enfrentaban para destruirlas.

¿Cómo podían Franco y sus hoyuelos estar con alguien así? Guillermina no lo entendía y tampoco entendía por qué él seguía acercándose a ella siempre que había oportunidad.

Franco

Guille, necesito tu ayuda.



Guille

mañana es el cumpleaños de mi mamá y necesito hacerle una torta, está en el trabajo ahora... ¿venís a ayudarme?

Franco

Primero se le paró el corazón, luego se le aflojaron las piernas y acto seguido pasó a enojarse. No entendía por qué no le pedía ayuda a su hermosa *top model* popular novia. Pero, claro, seguramente ella no sabía hacer tortas así que la estaba usando.

Decidió clavarle el visto mientras

buscaba ayuda y amparo en su amiga.

Guille S.o.s.

Mara Eu, ¿qué pasó?

Guille Franco me pidió que vaya a su casa a ayudarlo a hacer una torta.

Mara Calculo que me estás escribiendo mientras te subís a la bicicleta para ir a su casa... ¿no?

Guille jajajaja ok, entendido.

Corrió a su cuarto y se cambió cuatro veces hasta que definió que aunque amaba los vestidos la mejor opción era ir lo más simple posible, cosa de que no se notara que se había cambiado temblando unas cuantas veces.

Antes de salir, agarró el celular.

Guille

Claro, para eso estamos los amigos.

Franco no respondió, pero ella ya estaba en camino.

Cuando llegó a la casa de Franco ya estaba más tranquila, haber andado en bicicleta unas cuadas la había ayudado a descargar tensiones. Antes de tocar el timbre, sacó el celular y puso la cámara en *selfie* para chequear que estuviera dentro de todo bien. Estaba un poco colorada, era mayo y seguía haciendo calor. Eso en Ámsterdam no pasaba.

Se había puesto unos shorts de jean tiro alto con roturas y un top blanco que, últimamente y después de ver cómo le

quedaban los tops a Tamara, odiaba usar, pero bueno... era la cruel realidad.

Tocó el timbre y lo vio salir sonriendo. Así fue que murió todo el control mental que había elaborado en el viaje de su casa hasta la de Franco. Era tan lindo, pero sobre todas las cosas sentía que era el chico más bueno y dulce del universo. Si algo la derretía eran esos hoyuelos cuando la miraba sonriendo y su constante cabellera despeinada.

Entraron y pusieron manos a la obra. Guillermina era realmente buena cocinando, pero por sobre todas las cosas era rápida. Sabía qué ingrediente poner primero o cómo batir para que la masa quedara más aireada... era literalmente un genio de la cocina.

Franco la miraba atontado, le parecía linda, la sentía diferente al resto.

Una vez que pusieron la torta en el horno, se fueron al cuarto de Franco mientras pasaban los benditos 40 minutos de cocción. Guillermina hubiese querido que esos 40 hubiesen sido 400 minutos, claro.

Escucharon música y hablaron de muchas cosas. Guillermina le contó a Franco acerca de las distintas ciudades en las que había vivido y él le contó un poco acerca de su vida, que no había sido tan divertida como la de ella. Perdió a su papá cuando tenía nueve años en un accidente automovilístico donde su mamá y él salieron heridos, pero lograron recuperarse.

Conocerlo la estaba haciéndose enamorar más y más. Sentía que Franco la miraba diferente al resto de los chicos, pero la verdad es que controlaba la emoción cuando se acordaba de que era el novio de la chica más linda del colegio.

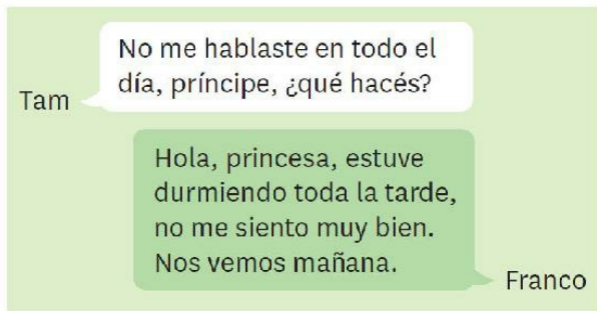
Una vez que sacaron la torta del horno, Guillermina le explicó a Franco cómo tenía que decorarla porque aún faltaba que se enfriara.

—Gracias, Guille, me salvaste. Sos como un genio en la cocina —le dijo.

—De nada, no soy un genio, simplemente es algo que me gusta hacer y bueno... eso hace que me sea más fácil.

En ese momento, sonó el celular de

Franco, lo sacó del bolsillo y Guillermina lo vio leer. Con sutileza echó una mirada al celular, estaba lejos, no pretendía leer nada porque por el momento no tenía ojos biónicos, pero para su sorpresa llegó a leer. Era un WhatsApp de Tamara.



Guillermina quedó perpleja. Le había mentado abiertamente. ¿Por qué negarlo? Claro... ¿a qué novia le gustaría que su

chico pasara la tarde con otra chica?
¿Había algo para ocultar?

Franco la miró con una sonrisa, la tomó de la cintura y le dio un beso en la mejilla.

—Disfruté mucho esta tarde, señorita.

—Nos vemos mañana —le dijo
Guillermina y se fue hacia su bicicleta.

No sabía si había sido positiva o negativa esa tarde, tenía que hablar con Mara. Todavía no sentía las piernas y no quería siquiera pensar en la mano de Franco en su cintura; por el momento, decidió focalizarse en borrar de su mente el tema del “príncipe y la princesa”.

CAPÍTULO 7

Cuando se levantó al día siguiente, pensó que todo había sido un sueño pero no, había sido real. El día anterior había pasado la tarde entera con Franco, la habían pasado tan bien. ¡Qué mezcla de sensaciones! No sabía si estar felizmente enamorada o ponerse triste porque Franco tenía de novia a la chica más codiciada del colegio.

También tenía miedo de acercarse de más a él, lo último que quería era transformarse en su amiga y tener que soportar que le contara todo acerca de los momentos felices con su novia.

Había pasado gran parte de la noche hablando con Mara por WhatsApp,

bajando la voz lo suficiente como para que ni sus papás ni la mamá de su amiga se dieran cuenta. Le había contado con lujo de detalles todo lo que había pasado en la casa de Franco.

—Si ocultás o mentís, es por alguna razón —sostenía una y mil veces Mara.

—Yo creo que lo hizo para evitar un problema, debe pensar que es ridículo que su novia sienta celos de mí.

—Qué negativa sos cuando querés, Guille. Vas a ver, Framina un día va a ser real.

Las chicas se rieron y se fueron a dormir, aunque Guillermina dio unas cuantas vueltas en la cama, pensando en que al día siguiente iba a verlos a ambos, a Tamara y a Franco.

Pasó a buscar a su amiga y la llevó en el manubrio de la bici las pocas cuerdas que las separaban del colegio. Entraron a último minuto, porque Guillermina no quería ni intercambiar palabras con Franco para no meter la pata.

Mara le había insistido hasta el hartazgo en que le preguntara a Franco por la torta delante de Tamara, pero no existía la más mínima chance de que lo hiciera. No quería problemas con Tamara y menos que menos generar algo que perjudicara a Franco.

No bien entró al aula lo vio, la profesora no había llegado y todos los alumnos estaban dispersos, excepto una chica que se la pasaba con auriculares en el último banco. Él estaba sentado en

la mesa, despeinado, con la camisa del uniforme arremangada y a medio salir de los pantalones. Sin lugar a dudas, la desprolijidad de este chico era la perdición de Guillermina. Él la miró y sonrió. Ella prefirió ir a sentarse con Mara, porque sentía que se estaba poniendo bordó.

Desde su banco y charlando con Mara lo veía a la perfección, estaba con sus amigos, Augusto y Federico, uno más insoportable que el otro, y ahí estaba ella... “su princesa”, abrazándolo y tocándole el pelo. Increíblemente en esa escena, Franco no dejaba de mirar a Guillermina, que se sintió incómoda y se dio vuelta.

—Ah, no, querida. Este chico tiene un

problema y se llama Guillermina —dijo Mara.

—Te pido por favor que te calles, Mara, tu voz se escucha desde la otra punta del universo, hablemos a la salida —le dijo Guillermina y cambió de tema.

En ese preciso momento, escuchó una serie de gritos en el aula, las chicas miraron y vieron claramente la escena. Tamara había tirado una lata entera de gaseosa sobre el uniforme de una de las chicas nuevas. Tamara se reía mientras Franco seguía mirando a Guillermina.

Mara estaba indignada, se paró para ir a enfrentarse a Tamara, pero se frenó. Sinceramente, no era de las personas que soportaban estas cosas, pero no quería complicar la situación de Guille

con Tamara, así que volvió a su lugar.

La víctima se quedó dura mirando a Tamara, mientras ella se reía con sus secuaces. Fueron unos segundos en los que la escena estaba congelada y Franco solo miraba a Guillermina como si nada estuviera pasando al lado suyo.

—Tamara, ¿no tenés algo más importante para hacer? —dijo Augusto a viva voz.

—¿Eh? ¿Estás loco? —le respondió Tamara.

—Hacé lo que quieras con el que quieras, menos con Bianca.

Tamara se quedó dura. ¿Su amigo de toda la vida y compañero de aventuras que siempre incluían *bullying* estaba defendiendo a la chica nueva? No podía

creer lo que estaba pasando.

Augusto se acercó a Bianca y le murmuró:

—¿Estás bien?

—¿A vos te parece que está bien o sos idiota? —le respondió la chica de auriculares del fondo, que resultó ser Cielo.

—Perdoname, Antejito, pero no estoy hablando con vos. Es más, no hablo con gente como vos... solo con hermosas doncellas como Bianca.

Bianca terminó por cansarse de la situación, empujó a Augusto, que estaba cual galán delante de ella, y se fue al baño con Cielo. Lo odiaba, pero era tan lindo... jamás le había pasado algo igual. Le había caído mal desde el

primer día. Era altanero y egocéntrico, además de que siempre que podía era cruel con sus compañeros. Pero al mismo tiempo, le fascinaba y mucho. Era una mezcla de sensaciones raras, todo lo que odiaba de él, al mismo tiempo la atraía, y no es que se tratara del físico, que le gustaría a cualquiera. En parte, su personalidad o su actitud ante la vida le gustaba. Cuando lo pensaba, le parecía irreal y estúpido, pero lamentablemente era lo que le estaba pasando.

El resto del día en el colegio fue complicado. Guillermina seguía incómoda, y a la vez estaba nuevamente decepcionada por el hecho de que alguien que consideraba tan bueno

tuviera una novia que se comportara así.

—Estaba al lado de Tamara y nunca la detuvo —dijo Guillermina.

—Guille, el pibe está harto de esa chica, ya le resbala lo que hace... te lo digo yo, que en otra vida fui hombre.

Guillermina se rio, no podía creer que Mara siempre tuviera una salida graciosa para cada situación. No dejaba de agradecer tenerla como amiga.

Bianca había pasado uno de los peores días desde que habían empezado las clases. Jamás le había pasado algo así en su antigua escuela. Claro que había visto cómo le pasaba a los demás, pero ella nunca se había sentido blanco de nadie y no sentía que hubiera algún motivo como para que Tamara la tuviera

en la mira. Jamás había hablado con ella, de hecho había intentado evitarla. La había visto siendo realmente mala con otras chicas y era amiga de Augusto, lo que significaba que su existencia era un peligro para cualquiera.

—Tamara es la típica idiota popular del curso que no es porrista porque en la Argentina no hay porristas —dijo Cielo indignada.

—¿Porrista? —Bianca se rio. Cuando Cielo se enojaba era cuando decía las mejores frases y ella las anotaba en la última hoja de su cuaderno. Algún día se iban a divertir leyéndolas.

—El problema es que era la reina de la belleza hasta que llegaste vos, Bianca, y encima sos buena... sabe que

tiene los días contados, sino fijate cómo lo tenés al rey Augusto.

A Bianca le parecía ridículo. Tamara era sin lugar a dudas una chica hermosa, sus cejas le hacían acordar a Cara Delevingne y no quería pensar mucho más, porque ya sentía ganas de dibujarla: a veces le pasaba que cuando dibujaba a las personas, encontraba secretos íntimos en sus rasgos y sus gestos.

La realidad es que no sabía cuál era el problema de Tamara con ella y sinceramente no planeaba preguntárselo, ya se sentía bastante en ridículo como para generar otra situación como esa. La actitud de Augusto la había hecho sentir aún peor. Le gustaba desde el primer

minuto que lo había visto y la descolocaba constantemente. Había días en que la ignoraba, otros en los que le hablaba y otros en los que la miraba sin parar o la piropeaba. Sinceramente era extraño, pero ella no podía con su genio, le encantaba.

Después del colegio, Cielo la invitó a comer a su casa para que se relajaran un poco. La visita fue rara. Melón le ladró por casi media hora hasta que de repente se fue a dormir, y la mamá de Cielo no paró de preguntarle cosas, hasta que Cielo la echó y entraron a su cuarto.

—Resulta que yo no tuve amigos jamás
—dijo Cielo.

—¿Cómo? ¿Ni un amigo?

—Tengo amigos, pero no físicos.

—¿Tenés amigos imaginarios? —
preguntó Bianca.

—No, tampoco estoy tan loca. Tengo amigos en Internet que jamás conocí ni vinieron nunca a mi casa, por eso mi mamá no sabe comportarse.

Cielo era activa en todas las redes sociales desde hacía dos años y eso le había dado amigos, enemigos y muchos seguidores. Jamás le había contado a nadie acerca de su vida paralela *online* hasta ese día, cuando le mostró todas sus cuentas a Bianca; incluso le contó acerca de las novelas que escribía en Wattpad y que no le mostraba a nadie. Eran su secreto mejor guardado. A pesar de que sabía que escribía bien y que miles de personas leían sus historias,

todavía no se sentía lista para mostrárselas a alguien de “la vida real”. Bianca leyó brevemente algo de su última novela y se entusiasmó, planeaba seguirla en su casa.

Después de Wattpad, pasaron a Twitter, la red social preferida de Cielo. La usaba a diario y la ayudaba a descargarse. Su principal actividad allí era fangirlear con One Direction y shippear “Larry” con otras fans de la banda. Bianca se rio con varios de los ocurrentes tuits de Cielo y se sorprendió por la cantidad de seguidores que tenía. Cielo le mostró los perfiles de todos sus amigos.

@pegaso_azul era su *Internet Best Friend*, se conocían desde hacía dos

años, aunque nunca se habían visto personalmente. Ella había cambiado su usuario hacía poco tiempo por @pegaso_rosa, igual al usuario de él, pero en versión femenina (incluso con el guion bajo que usaba su amigo en su usuario), lo que había tenido el efecto de una bomba en Twitter porque ambos eran bien conocidos en las redes sociales. Hablaban todos los días e incluso habían intercambiado algunos mensajes por WhatsApp. Lo más increíble era que no se conocían ni por foto y jamás se habían escuchado la voz. Lo único que sabía era que se llamaba Agustín y vivía en Buenos Aires, además de todo lo que pasaba en su vida, obviamente, porque hablaban a

diario.

—¿Nunca sentiste intriga por saber cómo es físicamente? —preguntó Bianca.

—Sí, pero lo más importante de él, que es su interior, ya lo conozco.

Bianca volvió a su casa caminando, pensando en la vida de Cielo y lo claro que veía todo ahora. ¡Era tan buena persona! Lo que había pasado hoy con Augusto era una muestra de que se sentía más cómoda en Internet porque tal vez el mundo no estaba listo para gente como ella, que valoraba lo importante, lo de adentro... lo que te hacía realmente especial.

Llegó a su casa y fue directamente a su cuarto. Estaba sensible y muy enojada

consigo misma. No podía dejar de pensar en Augusto, como si lo de hoy en el fondo le hubiera gustado. Agarró su *notebook* y su carpeta de dibujos, y se acostó en la cama. Fue directo a todas sus redes sociales para seguir a Cielo. La vio tuiteando con @pegaso_azul y sonrió.

Quiso despejarse la cabeza antes de dormir, así que tomó su carpeta de dibujos pero cuando la abrió, se sorprendió de sí misma. Los tres últimos retratos eran de Augusto. No había vuelta atrás, estaba enamorada del peor ser humano que había conocido en su vida.

CAPÍTULO 8

La verdad es que a Cielo la pregunta de Bianca le había despertado el bichito de la curiosidad; hasta había evitado pensar en cómo era su amigo Agustín. Habían estado hablando mucho por WhatsApp esos días, porque era habitual en sus vidas contarse todo.

Agustín había tenido unos días bastante malos, así que Cielo le había estado haciendo el aguante, pero a medias, porque no tenía en claro qué pasaba, solo sabía que la muerte de su papá cuando él tenía solo dos años había cambiado el rumbo de su vida, o al menos eso era lo que repetía siempre Agustín.

Cielo se identificaba mucho con él, era un chico de perfil bajo en la vida real y de perfil altísimo en la vida virtual. Tal vez por eso se habían hecho tan amigos, al punto de que no pasaban un día sin hablarse. Normalmente usaban los mensajes directos de Twitter para hablar, porque se habían conocido a través de esa red social, pero ese día Cielo tenía ganas de dar un paso más.

No sabía bien por qué se estaba poniendo tan nerviosa, era su mejor amigo... pero a la vez, tenía miedo de decepcionarlo. Se animó, abrió el chat de WhatsApp y escribió:

Cie

¿Estás?

Hola, Cielito lindo,
siempre estoy.

Agustín

Dudó, pero se animó. Le dio clic a la llamada por WhatsApp y se puso nerviosísima: era la primera vez que hablaría con su gran amigo.

—Ah, esta es una gran sorpresa —respondió Agustín del otro lado.

—Jajaja. Hola, Agus, quería saber cómo estabas y aunque por Twitter no me podés mentir, pensé que escuchándote todavía menos.

—No te puedo mentir porque sos una extensión de mí. Estoy mejor, son épocas, ya sabés... —dijo.

—Bueno, va a pasar como todas las demás veces que lo superaste.

—Sí, es solo dejar pasar un poco el tiempo, gracias por estar siempre conmigo, ojalá algún día pueda devolverte todo el apoyo que me diste en estos dos años.

—Bueno, sentimental, tenerte es un gran apoyo para mí, sobre todo con los mil cambios de este año —respondió Cielo.

—Sí, los mil cambios que incluyeron que vengas a vivir a la misma ciudad que yo y que sigas haciéndote la tonta. ¿No vamos a vernos? Quiero abrazarte en vivo y en directo.

—Ya sabía que ibas a empezar con eso. Me voy a dormir, tengo clases

mañana —respondió cortante Cielo.

—Ok, unicornio, te quiero.

Lo había llamado por teléfono.

Ustedes no comprenden el estado mental de Cielo después de esta conversación.

En estos dos años, Agustín se había transformado en su amigo, el único gran mejor amigo que había tenido en su vida, y sinceramente, no estaba en sus planes conocerlo. No quería que cuando la conociera, con sus anteojos, su tamaño mini, su poco sentido de la moda y lo aburrida que era, se espantara. Lo último que quería en su vida era perder a su mejor amigo. No iba a conocerlo.

Se acostó y pensó mucho acerca de su voz. Nunca había pensado cómo sería, lo tenía todo imaginado en su mente,

pero nunca lo había hecho de forma consciente. Su voz era gruesa, por momentos rasposa, y se escuchaba aún más amigable por teléfono.

Se notaba claramente que era más grande que ella. Esos casi tres años de diferencia se habían notado en la corta conversación que habían mantenido. Cielo se sintió mal por ser tan cortante, nunca más iba a llamarlo por teléfono y por eso no tenía que conocerlo, era extremadamente mala onda.

@pegaso_azul

¿Está ahí mi
pegaso rosado?

@pegaso_rosa

Es rosa, no rosado,
siempre lo mismo
xD

@pegaso_azul

Rosado queda más
dramático, más de
novela mexicana.

@pegaso_rosa

cambió su nombre
por

@pegaso_rosado

@pegaso_rosado

Listo, ¿conforme?

@pegaso_azul

Definitivamente
sos más simpática
por escrito, jajaja

@pegaso_rosado

Por eso no vamos a conocernos.

@pegaso_azul

Ya nos conocemos, Cielo, hace años...
sos mi mejor amiga, ¿vos creés que hay algo que pueda hacer que te deje de querer?

@pegaso_azul

Cielo, estás ahí, acabás de darle RT a un tuit de Harry Styles, dale...

@pegaso_rosado

No quiero hablar de eso.

@pegaso_azul

Contame por qué.

@pegaso_rosado

Porque somos amigos y nuestra relación es así, no cambiaría nada vernos personalmente, aparte mi mamá no deja que me vea con extraños.

@pegaso_azul

Jajaja. Cielo, tu

mamá me pagaría para que nos viéramos, lo que más quiere en el mundo es que te relaciones con otra gente. ¿Sabés que estás hablando con tu mejor amigo y que sé todo sobre vos?

@pegaso_rosado
@pegaso_rosado
No sé, la verdad es que creo que mi mejor amigo respetaría mi decisión.

@pegaso_azul

Ok, la respeto. Si querés verme mañana a las 18 voy a estar esperándote en el Planetario, en el banco que está más cerca de la entrada... si no venís, no me enojo, pensalo.

Maldito el momento en que se le ocurrió llamarlo por teléfono. Ahora estaba ante una situación que no quería: si iba, Agustín la iba a conocer y se iba a espantar por su mala onda y su aspecto

físico; si no iba, iba a pensar que a ella no le importaba. ¿Qué iba a hacer? Por el momento intentaría dormir.

Se levantó con dolor de cabeza, lo que presagiaba que iba a dolerle todo el día, completito. Estaba desanimada. Lo primero que pensó cuando abrió los ojos fue en todo el episodio con Agustín; no podía creer que había arruinado todo, pero estaba decidido: no iba a encontrarse con él.

@pegaso_rosado
premonición de un
día malo que
comienza: dolor de
cabeza desde el
minuto 1.

@pegaso_azul

@pegaso_rosado

si querés que algo
cambie no hagas
siempre lo mismo

;)

Había tenido la ilusión de que la noche le hubiese acomodado las ideas a Agustín, pero evidentemente todo seguía igual. No iba a hablarle más: podía vivir tranquilamente sin amigos, como antes de conocerlo.

Bajó las escaleras y se tropezó con Melón, que como siempre estaba durmiendo en el medio del camino.

—Cielo, ¿estás bien? —preguntó su mamá.

—Sí, rebién... estoy extasiada de felicidad por tener que ir a un colegio lleno de idiotas y, por sobre todas las cosas, estoy entusiasmadísima con ponerme a hablar con vos no bien me levanto —respondió.

—No es manera de responderme, Cielo. No te quiero ver en casa hasta la noche, andate a lo de alguna amiga o sentate en la plaza; te vas a frenar sola antes de responderme así la próxima vez.

—Mamá, perdoname.

—No, Cielo, dame tu celular... hoy no vas a tenerlo en todo el día.

No lo podía creer, no había peor castigo para Cielo que desconectarla. ¿En la calle y sin Internet? Agustín iba a

creer que no le estaba respondiendo a propósito. ¿Qué iba a hacer? Su relación con Agustín estaba llegando a su fin.

Eran las 17 horas y Cielo estaba en la casa de Bianca mirando el techo, mientras ella la sermoneaba por no estar yendo a su cita con Agustín.

—No es una cita, Bianca, somos amigos, ¿entendés?

—No, la verdad es que no entiendo. Si fuese tu amigo, estarías yendo a verlo sin ningún miedo.

—Yo nunca dije que tenía miedo, dije que no iba a ir porque nuestra relación es *online* —se justificó.

—Cielo, es obvio que tenés miedo y eso no está mal... todos tenemos miedos, lo importante es hacerles frente.

Yo te acompaño; si salimos ya, llegamos justo para la hora del encuentro. Si querés nos quedamos lejos y si no te animás, no te acercás.

Pasaron unos cuantos minutos en los que Bianca siguió insistiendo y nadie supo bien cómo la convenció, así que emprendieron viaje hacia el Planetario.

Hacía frío, era mitad de año y el día estaba bastante nublado. Había poca gente por la calle y ya empezaba a oscurecer. Bajaron del subte y caminaron unas cuantas cuadras bien largas hasta llegar al Planetario. Lo increíble de ese lugar es que siempre es lindo: de día, de noche, en invierno o en verano... algunos patitos aún andaban por los lagos y había poca gente. Bianca

estaba casi tan nerviosa como Cielo, pero intentaba que no se notara. Habían hecho una especie de *fashion emergency* antes de salir, con asesoramiento de Clara, la mejor amiga de Bianca con la que se habían comunicado por videollamada. Lo mejor de todo era que el pelo le había quedado impecable, cosa que Cielo no lograba desde los inicios de los tiempos.

Estaban en la esquina, a unos pocos pasos del Planetario, cuando lo vieron llegar. Cielo quedó perpleja y Bianca empezó a gesticular sin que saliera sonido de su boca. No existía explicación para lo que acababan de ver. Agustín era alto, de hombros anchos, atlético. Cielo atinó a retirarse

de inmediato, pero Bianca la detuvo:

—Dale, Cielo, es tu amigo... dijiste que lo importante era lo de adentro, ¿vas a discriminarlo por lindo?

Las chicas se rieron y Cielo le pidió a Bianca que la acompañara pero ella se negó. Prometió esperarla enfrente.

Los pocos pasos que separaban a Cielo de Agustín se le hicieron eternos, tenía ganas de llorar, ¡se sentía tan chiquita e indefensa frente a ese chico! Jamás había imaginado que podía ser así. Es cierto que era más grande, pero podría ser tranquilamente un poco más flacucho. Ella sabía que jugaba al rugby, pero nunca pensó... iba caminando lento y temerosamente ataba cabos jamás atados, cuando el chico giró y la miró

con una sonrisa.

—Sabía que ibas a venir, pegaso rosado.

—No quería, me obligaste —
respondió entre risas.

—No creo haberte obligado, todo lo contrario... ¿no viste mis mensajes? —
preguntó.

—No vi nada, mi mamá me castigó hoy a la mañana y me sacó el celular. Me prohibió entrar a casa.

—¿Vos te das cuenta de que tu castigo es el sueño de cualquier adolescente? —
se rio y contagió a Cielo.

—Bueno, sí, pero ya sabés...

—Sí, sé todo. Qué lindo tenerte cerca —
le dijo y la abrazó.

Pasaron alrededor de dos horas en ese

banco, charlando de lo mismo que solían hablar *online*, pero esta vez tuvieron muchas más sensaciones. Los nervios del primer instante se había desvanecido muy rápido, y Cielo no había sentido la clásica presión que sentía cuando se relacionaba con otras personas. Agustín era exactamente el mismo que había conocido de forma virtual, aunque verlo “en vivo y en directo” lo hacía más cercano.

CAPÍTULO 9

Habían pasado unas semanas desde el encuentro con Agustín y verdaderamente no había sido tan grave. Sacando la parte en que casi muere de un paro cardíaco cuando se acercó a saludarlo, una vez que empezaron a charlar todo fue simple. Eran amigos y Cielo estaba equivocada en pensar que el aspecto físico podía cambiar la relación con una persona; de hecho, desde ese día habían hablado mucho más.

Estaban en contacto todos los días, como siempre, pero habían sumado una charla telefónica por día, sobre todo porque Agustín no estaba pasando por un buen momento. Todos los años,

cuando se cumplía el aniversario de la muerte de su papá, caía en una especie de pozo depresivo. Era extraño, se tornaba más irascible que triste, pero Cielo ya lo sabía y manejaba la situación a la perfección, tratando de acompañar a su amigo.

Esa tarde habían quedado en verse, pero sobre la hora Agustín le avisó que se sentía mal y que no quería salir. Cielo no lo dudó, fue a comprar unos chocolates y se fue directo para la casa de su amigo que se sorprendió al verla llegar.

Pasaron gran parte de la tarde comiendo chocolates, y stalkeando a un par de personas en Twitter. Había una chica que estaba enamorada de él y por

esa sola razón odiaba a Cielo, al punto de perder su tiempo dejándole comentarios negativos en sus novelas o citando sus tuits con comentarios netamente negativos. Cielo la detestaba y él se reía, no le interesaba en lo más mínimo esa tuitera. Agustín tenía un gecko leopardo (un reptil pequeño pero simpático que se alimenta de grillos, cucarachas y gusanos), así que le dio un curso intensivo a Cielo por si en alguna oportunidad se lo tenía que cuidar.

—Nunca te vas de vacaciones, ¿por qué voy a tener que cuidarte el gecko? —le preguntó Cielo entre risas.

—No podemos saber lo que puede pasar —dijo con seriedad el chico.

—¿A qué te referís? —se preocupó.

—A nada puntual —dijo aliviando la situación—. Hace unas semanas atrás no sabíamos que ibas a estar acá en casa, así que en unos meses no sabemos lo que puede pasar.

Cielo entendió el concepto, pero no pudo evitar preocuparse. No era nuevo que Agustín estuviera raro en esa época del año, pero sinceramente lo que había dicho y sobre todo la expresión de su cara la habían hecho sentir que algo pasaba.

—Contame acerca de tu papá —dijo Cielo de repente.

—Cielo, sabés que te quiero, pero también sabés que no quiero hablar de lo que le pasó.

—No importa lo que pasó, quiero que

me cuentas acerca de él —insistió.

—Tenía dos años cuando murió, no llegué a conocerlo lo suficiente y recuerdo muy poco de él.

No quiso preguntar nada más, se sintió muy triste por su amigo y también se enojó en cierta medida consigo misma, nunca había valorado a sus papás. ¿Qué sentiría si no los tuviera? Se prometió ser mejor hija mientras miraba cómo Agustín alimentaba su gecko.

Era demasiado especial. El cuerpo y la cara parecían no ir con su personalidad. Tenía todo para ser el clásico chico popular de la escuela, el que sale con todas las chicas lindas de la clase, pero era todo lo opuesto. Inteligente, caballero, buen amigo y, por sobre todas

las cosas, sensible.

Haberlo conocido personalmente la había ayudado a entender más sus sentimientos. Ver su expresión al hablar de determinados temas le daba la pauta de cómo se sentía frente a ellos. A veces las palabras no eran tan claras como una mirada. Ahora Cielo entendía que los momentos de crisis anuales de Agustín eran realmente intensos y serios.

Momentos de tristeza se mezclaban con un odio que velaba sus ojos. Cielo sentía que su amigo se estaba guardando algo y pensaba que así no lo podía ayudar.

Con la excusa de ir al baño, salió de la habitación y dejó a su amigo y su gecko escuchando música. La casa era grande,

demasiado grande para Agustín, su mamá y su medio hermano, Julián, y vivían allí desde siempre. A Cielo le dolía pensar que allí había vivido su papá, aunque no lo sabía con certeza porque no se había animado a preguntar.

El baño estaba cerca de la habitación, lo cual no era bueno para alguien que había usado la necesidad de ir allí solo como excusa para ver un poco la casa y entender qué secreto guardaba su amigo; pero bueno, era su única opción ya que no era buena para tramar planes. Pasó un rato en el baño revisando todo lo que pudo, pero solo encontró desodorantes y cremas, así que se resignó y salió apurada porque había demorado mucho. No sabía si al intentar recorrer los

pocos metros que separaban el baño de la habitación, sus cortas piernas la habían traicionado y la habían hecho tropezar con una pequeña argolla, o si había llegado allí por casualidad. Estaba en el piso, frente a una pequeña trampilla.

¿Había una trampilla en el piso?

“Tal vez se trata de un sótano”, pensó la chica, y no dudó un instante. Así como se encontraba decidió abrir la trampilla, pero justo en ese momento fue sorprendida con las manos en la masa.

—¿Qué hacés, Cielo? —dijo Agustín desde la puerta de su habitación.

—Me caí, mejor dicho, me tropecé con esto —explicó nerviosa.

—¿Y por eso estabas abriendo la

trampilla?

—Perdón, es que me sorprendió que hubiera una puerta en el piso y no estaba pensando con claridad.

Agustín volvió a entrar al cuarto y Cielo fue detrás de él, preocupada. No podía creer que hubiera hecho semejante estupidez, solo quería ayudarlo.

—Perdoname, Agus, es que te veo mal y quería saber qué te pasaba para ayudarte.

—Ya sabés lo que me pasa, no tenés que abrir puertas para descubrirlo y tampoco tenés que hacer nada fantástico o heroico para ayudarme, el hecho de que estés conmigo me ayuda —
respondió el chico.

—Perdón, es que me caí y me llamó la

atención la trampilla, ¿es un sótano?

—Cielo, no te caíste, te estaba viendo desde acá. Saliste del baño, miraste la trampilla y en un microsegundo la estabas abriendo.

La chica quedó desorientada, se había caído, recordaba el momento de ir caminando y de repente estar en el piso. ¿Cómo había llegado hasta ahí si no fue con una caída?

—Cielo, tal vez no fue buena idea que vinieras, a lo mejor nuestra relación *online* era mejor —dijo Agustín.

Fueron esas palabras las que hicieron que el mundo de Cielo se derrumbara. No podía creer lo que estaba escuchando aunque siempre lo había sabido, tarde o temprano lo iba a

arruinar.

No respondió, simplemente agarró su mochila y su abrigo y caminó hacia la puerta del cuarto. Agustín seguía sentado en su cama, con una cara de decepción que Cielo nunca hubiese querido ver. Estaba segura de que se había caído, ¿por qué Agustín contaba otra historia? Tal vez era tan simple como buscar una excusa para dejar de verla. Era muy claro, un chico como él no tenía nada que ver con ella, de hecho, sentía que ninguna persona tenía nada que ver con ella.

Abrió la puerta del cuarto y salió. Miró hacia atrás, pero su amigo ni siquiera la acompañó hasta la puerta. Caminó por el pasillo donde había

cometido su peor error y vio la argolla, casi no sobresalía del piso; ni siquiera sabía cómo la había visto, era prácticamente invisible.

¿Qué le había pasado? ¿Por qué recordaba algo que no era lo que había sucedido?

Tuvo el impulso de retroceder para decírselo, pero si algo faltaba era que creyera que estaba loca. Continuó su camino hacia la puerta y antes de salir miró hacia atrás. Había una foto de Agustín con su papá: era igual a él, parecía que a medida en que crecía, se iba pareciendo cada vez más al señor de la foto. Cielo estaba destruida, había perdido a su mejor amigo y se estaba volviendo loca. No pensaba contárselo a

nadie, se merecía estar sola de por vida.

El camino a su casa fue una pesadilla, no podía creer lo que había pasado, sentía que quería volver el tiempo atrás para hacer todo de otra manera, pero era imposible. Su mejor amigo de los últimos dos años estaba pasando al recuerdo, justo en el momento en que estaban más unidos. Ella lo sabía, encontrarse no había sido el mejor plan y estaba tan triste que ni las veinte cuadras que había caminado le habían quitado las ganas de llorar.

Se sentó en una plaza que quedaba de camino a su casa y lloró. Hacía mucho tiempo que no lo hacía, había elaborado una especie de coraza que era difícil de quebrar, pero hoy estaba más triste que

nunca. Tenía una maraña de sensaciones que le molestaba, quería tanto a Agustín que era como un capricho atrevido en el pecho. Por un lado, deseaba volver corriendo a su casa a pedirle perdón, no quería ni podía soportar seguir adelante sin él, y por otro lado estaba avergonzada, había hecho una estupidez que ni siquiera recordaba. Era como si su cerebro se hubiese desconectado ante la percepción de que iba a hacer una tontería. Tenía un bache, pero lo que sí recordaba muy bien era la cara de Agustín. Decepcionado, triste... justo cuando lo único que tenía que hacer era apoyarlo. Cielo se sentía una basura y quería desaparecer de la tierra, pero en ese momento sonó su celular.

Agustín

Cie, perdoname, no te tendría que haber despedido así.

Me lo merecía, soy la peor amiga del mundo, pero solo quería ayudarte, te quiero mucho y no quiero perderte.

Cie

Agustín

Lamentablemente para vos no me perdiste, no podría vivir sin vos. ¿Dónde estás?

Estoy en un parque, no sé bien dónde, pero camino a casa.

Cie

¿En serio no te acordás de que te agachaste a abrir la trampa?

Agustín

No, me vi directamente en el piso y pensé que me había tropezado, yo sé que suena como si estuviera al borde de la locura, pero a veces me pasa, es como si mi cerebro se desconectara para no verme haciendo estupideces.

Cie

Agustín

Jajajajaja. ¿A qué hora naciste?



Cie

Agustín

Jajajajaja, nunca te conté mi lado astrológico, pero leo mucho sobre eso y tal vez tenés un Acuario de ascendente que te hace un poco colgada, ¿no te acordás?

Creo que a la medianoche,
porque mi mamá siempre hace
el chiste de que casi nazco un
día antes o algo así.

Cie

Agustín

Te quiero, Cielito, mañana
te visito yo, ahora volvé a tu
casa que está oscureciendo.

CAPÍTULO 10

Le había costado dormir. Si bien la historia con Agustín había terminado bien, se sentía en falta y enojada. No podía ser que no se controlara, si quería ayudar a alguien, lo último que tenía que hacer era empeorar las cosas. A veces pensaba que no socializar seguido hacía que cuando se daba la situación de relacionarse con alguien, ella hiciera todo lo que no debía. Ese era su peor problema: se castigaba cuando le fallaba a los demás y la decisión más fácil siempre era alejarse.

Nunca antes había llegado a tener amigos, pero siempre que se había acercado a alguien brevemente había

sentido que hacía las cosas mal y se había terminado distanciando. Por eso, últimamente ni siquiera intentaba entablar amistades.

Ese sábado después de desayunar, hizo una pasada rápida por las redes sociales. Había notado que hablar con Agustín fuera de Twitter la había mantenido un tanto alejada, y eso no le podía pasar: se estaba perdiendo información y sus seguidores reclamaban su presencia. Además, tenía que actualizar su novela de Wattpad. Había pasado una semana vacía de inspiración y la historia se había quedado congelada, lo que significaba que sus seguidores iban a matarla.

Finalmente, la visita que había

prometido Agustín se transformó en un encuentro en la plaza que estaba cerca de su casa. Era la decisión más coherente que podía tomar, porque solo imaginar cómo se pondría su mamá ante la visita de un chico le daba vergüenza.

No es que su mamá estuviese loca, es que ella era de esas personas que se hacían amigas de todo el mundo, y que su hija fuese tan “reservada” a veces la descolocaba. Su papá intentaba tranquilizarla diciéndole que él de chico tampoco era muy sociable, pero ella seguía firme con la idea de que Cielo debía tener más amigos. Además, la única vez que Bianca había ido a su casa, su mamá prácticamente lo había publicado en el diario. Si llegaba a

visitarla un chico, y encima con las características físicas de Agustín, era capaz de empapelar el barrio con la noticia.

Se encontraron en un banco de la plaza; Cielo todavía sentía vergüenza por el episodio del día anterior, pero Agustín parecía haberlo superado muy bien y llegó con una sonrisa.

—¿Mejor, Cielito?

—Sí, perdoname, Agus. No sé qué me pasó —dijo avergonzada.

—¿Querés contarme? ¿Qué querías ver? —preguntó Agustín con dulzura.

—Estaba preocupada por vos.

Siempre me preocupo cuando está cerca el aniversario de la muerte de tu papá, pero esta vez lo viví distinto. Te vi

realmente mal y quería ayudarte —le explicó.

—¿Y creías que revisando mi casa me podías ayudar? —trató de entender.

—No sé exactamente qué pretendía, quería ayudarte y no soy la mejor haciendo planes. Sentí que me estabas escondiendo algo y la verdad es que sin saber todo, a veces me cuesta más ayudarte —se descargó.

—Puede ser que no cuente la historia completa, pero no te estoy ocultando algo porque no confío en vos. Sos muy importante para mí; sos un gran apoyo desde hace dos años y quiero tenerte muchos años más cerca.

—Vos también sos importante para mí, por eso tal vez la desesperación me

llevó a hacer una estupidez —dijo apenada.

—Siempre tenés que recordar que tu sola presencia me ayuda, me acompaña y me hace feliz —le dijo acariciándole la mejilla.

—Si te pasa algo o si necesitás algo, quiero saberlo para poder ayudarte —insistió.

—¿Te caíste? ¿Qué fue lo que pasó? —preguntó.

—Tengo un bache... Me pasa muy de vez en cuando —afirmó.

—¿A qué te referís?

—En determinadas situaciones me acuerdo de lo que pasó, pero se me borran algunos segundos. Recuerdo ver la trampilla, por ejemplo, pero no cómo

llegué a ella —explicó.

—Decís que te pasó otras veces...

¿Qué tienen en común todas esas ocasiones? —ahondó.

—Supongo que me pasa cuando estoy nerviosa, pero no lo sé.

—Ok, ya vamos a saberlo —dijo

Agustín sonriendo y abrazándola.

—¿Tengo ascendente en Acuario? —se rio.

—No, pero seguro tenés algo mejor, que te hace mágica para mí.

La conversación la había ayudado, con él estaba tranquila y confiada y se sentía libre de decir o hacer lo que pensaba, algo que no le pasaba comúnmente con las personas. Ni siquiera podía sentirse así con sus papás.

La gente siempre le exigía que fuera de una determinada manera: le decían cómo ser o qué decir, cómo comportarse ante determinada situación, qué opinar o qué sentir, y Cielo tenía necesidad de ser y hacer lo que quisiera. Deseaba tener sus propias ideas y opiniones, y no temía expresarlas cuando el que estaba enfrente estaba abierto a aceptarla como era.

Agustín la aceptaba, y en la vida de Cielo eso no era lo más común.

Una vez que volvió a su casa, tuvo que retomar su novela y lo hizo con la tranquilidad de haber resuelto ese tema con Agustín que tanto le preocupaba. Estaba justo en la mitad de la historia y ver los comentarios la llenaba de dudas.

Por un lado, tenía que cumplir con las expectativas de los lectores, pero por otro quería que la historia tomara el camino que ella deseaba. Como en la vida, estaba frente a la misma encrucijada.

Agustín

Cielo, tengo 47 mensajes en Twitter de personas que me preguntan por vos.

Estoy atrasada con la novela y la gente no me tiene paciencia.

Cie



Agustín

Agustín

Creen que te pasó algo.

La gente está acostumbrada a que no tenga vida y cuando estoy ocupada no lo toleran...

Cie

Agustín

Eso te pasa por ser una tuitstar.

Vos sos un tuitstar y a mí no me mandaron 47 mensajes preguntándome por tu salud...

Cie

Porque la gente está acostumbrada a mis desapariciones.

Agustín

Claramente, estoy desapareciendo por tu culpa.

Cie



Agustín

Gracias por lo de hoy.

Agustín

Gracias por perdonar mis momentos de estupidez extrema.

Cie

Valés mucho, Cielo. Si vos supieras lo que sos, te tratarías con más cariño.

Agustín



Cie

¿Me regalás una sonrisa que voy a responder 47 mensajes sobre la salud de mi amiguita?

Agustín



Cie

Te quiero.

Agustín

Yo más.

Cie

CAPÍTULO 11

Llegó el día de la primavera y para Mara todo era felicidad. Amaba el mes de septiembre porque detestaba el invierno, y las cosas en el colegio y la ciudad nueva marchaban mejor, así que no había de qué preocuparse.

El paso de los meses había ido revelando la mejor versión de Mara, que a esta altura ganaba popularidad a pasos agigantados en el colegio. Su mejor amiga era Guillermina, sin dudas, pero ya se había hecho una gran cantidad de amigos en el curso y también en otras divisiones y años. Tenía amigas hasta en quinto año, y se llevaba de maravilla con los hijos del encargado del buffet

del colegio: Fabrizio y Antonella.

Era pequeña, pero traía consigo una caja de sorpresas: era divertida, alegre, justiciera, pasional, creativa y buena amiga. Así que, para esa época, Tamara ya la tenía en la mira porque le quitaba protagonismo, más del que ella hubiera pensado posible.

El problema era que a Mara no le interesaba en lo más mínimo lo que hiciera esta chica, podía burlarse de ella, mojarle las hojas de la carpeta con jugo de naranja o pegarle un bochazo en el tobillo en pleno partido de hockey, que a la chica de Jujuy no le generaba temor ni reparo alguno. Increíblemente y sin intención, Mara había encontrado la forma de quitarle poder a Tamara. La

ignoraba y no le temía en absoluto.

Ese día se levantó entusiasmada por la primera fiesta de la primavera que se organizaba en el nuevo colegio. Había hecho coronitas de flores para ella y Guillermina, y se había puesto la ropa más colorida del mundo.

—Mara, me parece un exceso ponernos esto, es una simple fiesta en el patio del colegio —le dijo Guillermina, sacudiendo lentamente la corona

—Dale, Guille, no seas amarga, es el día de la primavera. Chau, maldito invierno, noches frías, lluvia, días grises... ¡Soy feliz! —gritó.

—No entiendo tu emoción por la primavera, Mara, pero bueno... —dijo entre risas Guillermina, que lo que

menos quería en la escuela eran momentos de libertad donde tuviese que ver a Franco con Tamara.

—Ya sé lo que estás pensando: Tamara y Franco... sos emo, no lo puedo creer.

Las chicas se rieron y entraron al colegio. Guillermina decidió llevar la corona en la mano, le parecía demasiado.

La fiesta se organizaba en el patio más grande y había unas largas mesas donde cada alumno ponía comida o bebida, dependiendo de lo que le hubiese tocado llevar. Guillermina se había tomado este asunto muy en serio y su “algo dulce” se había transformado prácticamente en un arsenal de comida que incluía *cupcakes*, galletitas y una rica torta de chocolate y

dulce de leche.

—Veo que te pusiste manos a la obra —le dijo Franco, mientras ella acomodaba las delicias en la mesa.

—Me fue bastante bien en las últimas pruebas, así que estoy con tiempo libre —se rio.

—¡Qué suerte! ¿Podrías usar algo de ese tiempo libre para ayudarme a estudiar para los recuperatorios con unas ricas *cupcakes*?

—La verdad es que antes de pasar una tarde con vos, Tamara y Augusto, me tiro de un décimo piso.

—¡Wow! Veo que la primavera sacó toda tu sinceridad —dijo frunciendo el ceño.

—No es la primavera, siempre pensé

así... solo que nunca surgió el tema.

—Pero nunca propuse que estudiáramos con Augusto y Tamara, te pedí que me ayudaras a mí —dijo con una sonrisa pícaro.

—Estás siempre con ellos, supuse que hablabas en general, porque le fue bastante mal a todos, por lo que vi —dijo.

—Creo que sí, pero no es el punto. ¿Estudiamos juntos y solos con unas *cupcakes* de por medio? ¿Qué decís?

Guillermina no llegó a responder, en primer lugar porque estaba nerviosa y la invitación le resultaba fascinante, y en segundo lugar porque en ese preciso instante vio a Tamara acercarse con sus aires de grandeza, así que se dio vuelta,

acomodó los dulces y se fue en busca de Mara. No soportaba más la situación. Si Franco estaba con Tamara, no iba a permitirle que coqueteara más con ella, si era milagrosamente lo que estaba haciendo.

Estaba más que claro que, para Cielo, toda la pantomima de la fiesta de la primavera era un evento patético e irrelevante al que solo asistía porque era más soportable que quedarse en su casa escuchando a su mamá tratarla de antisocial.

Le había costado mucho levantarse de la cama, y solo lo había hecho porque Bianca había pasado temprano a buscarla, con la clara sospecha de que si no lo hacía, su amiga no iba a pisar la

fiesta.

@pegaso_rosado

Hoy voy a traicionar mis ideales en una patética fiesta escolar de la primavera, ¡un arma, por favor!

@pegaso_azul

@pegaso_rosado

PUM :P*

Llegar al colegio y ver todas las paredes repletas de flores de papel crepé le revolvió el estómago, pero no dijo nada porque vio el entusiasmo en la cara de Bianca. A veces le resultaba

increíble lo pura, sencilla, humilde e ingenua que podía ser su amiga. Eran tan diferentes que eso las volvía inseparables.

Habían dado aproximadamente diez pasos cuando Augusto apareció en escena. A esta altura, Cielo ya no lo soportaba más, pero tenía que medir su odio porque sabía que Bianca sentía algo por él, y ella no quería ser una traba aunque le pareciera un imbécil. El chico se subió al escenario y tomó el micrófono, mientras llamaba la atención de todos los presentes.

—La flor más bella ha llegado —dijo.

Cielo dio unos pasos hacia atrás con la excusa de que tenía que dejar la bebida, mientras que Augusto se bajaba

rápidamente del escenario con una flor en la mano.

—Una flor bella para la más bella —le dijo a Bianca.

—Gracias, pero no hacía falta llamar tanto la atención —contestó Bianca ruborizada.

—Quería que vieras lo que se siente, así me siento yo siempre que te veo entrar, tenés que llamar menos la atención.

—¿Yo? No hago nada para llamar la atención —respondió ingenua.

—Bueno, tenés que ser un poquito más fea; no podemos dejar de mirar a las chicas tan lindas —le dijo con una sonrisa.

Se hacía querer de una forma extraña.

Era arrogante, pero cuando quería podía ser el más tierno. Eso era lo que mantenía a Bianca de un lado para el otro, desorientada, enojada y enamorada. 100% confundida.

Era el clásico rubio, alto y de ojos azules que llamaba la atención fuera a donde fuera; el típico chico “perfecto” cuya belleza nadie ponía en discusión. Podías enamorarte o no, pero pasara lo que pasara, incluso si lo odiabas, ibas a considerarlo hermoso.

Tenía un estilo bien deportivo: bermudas y gorras, sobre todo de equipos de béisbol y básquet, que traía de sus viajes a Estados Unidos todos los años. Por debajo de la gorra se llegaban a ver algunos mechones rubios que junto

con sus ojos armaban una combinación perfecta. Bianca se quedaba embobada cada vez que lo miraba y desde que lo seguía en Instagram era peor, conocía todas sus fotos de memoria y tenía un 50% de ellas dibujadas y bien escondidas para que Cielo no las viera.

—¿Qué tengo que hacer para que no me odies? —preguntó Augusto.

—No te odio, solo que a veces no te entiendo.

—Podríamos pasar una tarde juntos, o una semana, o unos años, así me entendés —dijo con una sonrisa.

—Hoy me hablás, mañana me tratás mal... Serían muy raros esos años que proponés —dijo Bianca.

—Es que vos me ignorás. ¿No valorás

que hoy te haya esperado con esta flor especialmente para vos? Me lo merezco —dijo y guiñó un ojo.

Bianca se rio, había decidido darle una oportunidad. Estaban creciendo y ella misma se sentía rara últimamente. Tal vez Augusto aún no se daba cuenta de que su manera de divertirse a veces era cruel para la gente que lo rodeaba. A lo mejor ella podía ayudarlo, ganas no le faltaban.

Se sentaron en una de las gradas; el resto de los chicos estaba disperso por el patio. En un grupo alguien tocaba la guitarra, otros estaban comiendo o, como en el caso de Cielo, estaban sentados en un rincón... tuiteando.

@pegaso_rosado

Ese dilema entre decirle a tu amiga que el chico que le gusta es un idiota o dejar que sea feliz momentáneamente.

CAPÍTULO 12

La fiesta de la primavera era uno de los eventos más esperados de la escuela, no solo porque era un día sin clases, sino porque a la gran mayoría (excluyendo a Cielo) le encantaba pasar tiempo con sus amigos y compañeros. Sin embargo, había otra cosa que hacía de este día algo aún más especial: la postulación de la reina y el rey de cada uno de los cursos de la secundaria, que luego competirían por el trono en la fiesta de fin de año. Una antigua tradición de la escuela, tal vez un poco extraña, pero que todos los alumnos aguardaban.

Tamara había soñado con ser la reina

desde chiquita y no podía tener mejor rey: Franco, el chico del que se había enamorado y con el que deseaba casarse y tener hijos. Eran la pareja perfecta y Tamara no tenía dudas de que ganarían. Ella era popular y Franco era, después de Augusto, el chico más lindo del colegio. Incluso para Tamara (y no porque fuese su novio), Franco tenía mejores razones para ser elegido rey: era buena persona y todos lo querían.

Estaba entusiasmadísima. Lo que más le importaba de la secundaria era poder ser finalmente la reina del colegio y no podía creer que el día había llegado.

—¿Qué hacías hablando con Ricitos de Oro? —le preguntó a Franco después de encontrarlo hablando con

Guillermina.

—Nada, le estaba preguntando por las cosas que había cocinado.

—¿Cocinado? Seguro se las hizo la mamá.

—No, en verdad cocina muy bien —respondió Franco distraído.

—¿Cocina bien? ¿Y vos cómo sabés eso?

—Yo creo que lo comentó en clase alguna vez, no sé muy bien. ¿Me estás vigilando?

—No te estoy vigilando, lo que pasa es que si vas a ser mi rey, vas a tener que cumplir con algunos requisitos mínimos.

—¿Rey? ¿Seguís con eso? Soy tu novio, Tami, esto no es un reinado y no

tengo ninguna regla que cumplir.

—¿A qué se debe la mala onda? Hace semanas o meses, no sé cuánto, que vengo tolerando tu mala onda. Si no te mando un WhatsApp, no te acordás de que existo y hoy, que es un día especial para mí, me tratás así —dijo casi a los gritos.

Franco se dio vuelta y se fue sin hacer un solo comentario. Tamara, al borde del llanto, tuvo la desagradable sorpresa de ver que Mara estaba al lado suyo y había visto toda la escena

—¿Qué mirás? —preguntó y agregó rápido con tono amenazante—: Te voy a decir una cosa, enana ridícula, más te vale que tu amiguita no se acerque más a mi novio porque la van a pagar las dos.

No ella, las dos... y vos no sabés de lo que soy capaz.

—¿De qué sos capaz? —respondió Mara.

—Ah, ¿sos chistosa? Si querés saber de qué soy capaz, seguí siendo igual de metida que ahora y que tu amiga siga haciéndose la linda con Franco.

—Ok, dale, ahora le aviso... muero por ver de qué sos capaz —dijo Mara y se alejó.

Guillermina quería matarla, no podía creer que le hubiera respondido así a Tamara, pero por sobre todas las cosas, no podía creer que no le hubiese negado que ella “se hacía la linda” con su novio.

—¿En ningún momento se lo negaste?

—insistió.

—No, Guille, ¿cómo se lo voy a negar si acá todos sabemos que le querés robar el novio? No nos hagamos las tontas —dijo mientras comía un *cupcake* de chocolate y dulce de leche.

—No le quiero robar el novio...

—Ah, ¿no? Yo pensé que estabas enamorada de Franco, lo que significa que te gustaría ser su novia. Eso en mi mundo se llama robar el novio y en este caso no tiene nada de malo, porque le estarías robando a una persona que se lo merece.

—Ok, no suena tan lindo como pensaba —dijo Guillermina con cierta preocupación en el rostro.

—No tiene nada de malo, los

sentimientos no se eligen, no fue intención tuya enamorarte de un chico con novia. A todo el mundo le pasa, menos a mí, porque no quiero tener novio, pero bueno...

—¡Qué suerte la tuya! Ojalá nunca hubiese conocido a Franco —respondió, y Mara la miró con una sonrisa.

—¿De verdad te estás preocupando por Tamara, la chica que tortura a medio colegio todos los días? ¡Andá! ¡Robale el novio! ¡Hacé justicia por los caídos! —dijo mientras gesticulaba con el puño hacia el techo.

Las chicas se rieron justo cuando la directora tomaba el micrófono para anunciar que comenzaba la fiesta y que ya podían votar por las parejas que iban

a pasar a la final para transformarse en reyes. Pero la sorpresa fue grande cuando en la pantalla aparecieron las dos parejas de primer año por las que había que votar. Se leía bien claro:

TAMARA Y
FRANCO
BIANCA Y
AUGUSTO

La cara de Bianca se transformó y la de Tamara aún más. Franco se rio sacudiendo la cabeza y mirando hacia el piso, y Augusto, sonriente, rodeó a Bianca con el brazo.

—Vamos a ganar, hermosa —le dijo.

—Yo no quería participar de esto,

pidamos que no nos voten y que ganen Tamara y Franco —suplicó Bianca.

—No, vamos a ganar, necesitamos pasar tiempo juntos, como reyes, planificando cosas para la escuela, así me entendés y dejás de odiarme.

—No quiero hacer esto. Tamara me va a odiar.

—Tamara odia a todo el mundo, ¿no te alcanza con mi amor? —le dijo sonriendo tan cerca de su boca que Bianca no pudo respirar, aunque insistió.

—No es un juego, Augusto, no me gustan estas cosas. Solo es una lucha con Tamara para ver quién tiene más poder, ¿no? ¿Me usaste para esto?

—No, Bianca, yo tengo más poder que Tamara, no hay nada que debatir —dijo

con soberbia y aflojó su mirada rápidamente—. Pensé que iba a gustarte la idea; dejando la soberbia de lado pero siendo realistas, cualquier chica de la escuela sueña con postularse conmigo como reina. Me olvidé de que no eras como el resto. Dame la oportunidad de mostrarte que puedo ser distinto también. Ganemos, lleguemos a fin de año y si seguís sosteniendo esto, renunciamos en la fiesta.

Si bien Bianca estaba enojada, quiso darle una oportunidad. Ciertamente Augusto no la conocía y no tenía por qué saber que odiaba esas cosas, el problema iba a ser explicárselo a Cielo, sabía que iba a sermonearla y con justa razón.

Levantó la vista y ahí estaba. Se acercó mientras todo el colegio la miraba. La chica nueva, perfil bajo, bella, había sido la elegida de Augusto, que jamás se había acercado a ninguna chica en busca de algo serio.

—Yo no sabía —le explicó a Cielo no bien la tuvo enfrente.

—Bian, ya sé que te gusta y también sé que te confunde, no me parece mal que le des una oportunidad. Vos sabés que yo no le daría la oportunidad ni de que me regale un 0 km pero te entiendo, y si te hace feliz, te apoyo.

—Gracias, Cielo, pensé que te ibas a enojar.

—Nunca me voy a enojar por nada que decidas hacer, no estoy para reprochar,

solo para apoyarte y acompañarte en lo que decidas —dijo Cielo y se sorprendió al escucharse a sí misma siendo tan buena amiga.

—¿Qué habré hecho para merecer una amiga como vos? —le dijo Bianca mientras la abrazaba.

—Sinceramente no lo sé y entiendo que a nadie le importa, estoy segura de que el tema de conversación del 99% de los presentes en esta fiesta es qué hiciste para merecerte al rey Augusto, no mi amistad.

Las chicas se rieron mientras veían que Tamara se acercaba a Augusto, que estaba sentado en las gradas con Franco y Federico. No lograron escuchar lo que decían porque para Bianca había sido

suficiente exposición por un día, y decidieron olvidarse por un rato del tema probando algunos de los dulces que había en la mesa.

—¿En qué estabas pensando cuando te pusiste a competir contra tus dos mejores amigos? —le dijo Tamara a Augusto con violencia.

—Estaba pensando en que muero por esa chica. Sos Tamara, podés ganarme sin problemas.

—Claro que puedo ganarte, pero sabiendo lo que nos importa esto, no deberías haberte metido en el medio —insistió.

—¿Dijiste “nos” importa? Porque a Franco no lo veo muy preocupado por el asunto —se burló.

—Franco no se preocupa por nada y menos ahora, que se hizo amigo de Ricitos de Oro y hablan de cocina en sus ratos libres —respondió.

—Tamara, si tenés ganas de pelear, no cuentas conmigo. No me importa el reinado y no voy a pelearme con mi mejor amigo por una tontería como esta —le dijo suavemente y la vio irse sin responderle.

—¿Quién es Ricitos de Oro? —le preguntó entre risas Augusto.

—Después te cuento —prometió, mientras lo acompañaba en las risas.

A Mara no le alcanzaban las manos para manejar la información que estaba recibiendo a través de WhatsApp por la elección de los reyes, pero Guillermina

estaba en otra historia. Como casi todos los últimos días del último semestre, estaba triste. No extrañaba Mendoza porque no había sido del todo su hogar, no sabía qué extrañaba o qué sentía, lo único que le sacaba ese nudo de tristeza era la sonrisa de Franco, y tal vez ese era justamente el problema.

Nunca le había gustado nadie y no estaba pudiendo controlar la situación. Por un lado, quería que dejara de importarle, porque tenía novia y era imposible; por otro, no quería dejar de pensar en él porque era lo que más le gustaba hacer.

Estaba justamente en ese dilema cuando Mara rompió el hielo:

—Dicen que Tamara está enfurecida

con Bianca porque la quiere destronar.

—Primero que gane el trono, antes de preocuparse porque se lo roben —
respondió Guillermina.

—¡Eu, así te quiero, eh! ¡Me gustó esa respuesta! —le dijo Mara y la invitó a que chocara los cinco.

—Hablando en serio, dudo que Bianca quiera ocupar su lugar, nunca hablé con ella pero parece una chica de perfil bajo, tenía cara de sorpresa cuando se vio en la pantalla.

—¿Le viste la cara? No puedo creer que hayas pasado un segundo sin mirar a Franco —dijo irónicamente y cambió de tema—. ¿Qué esperás para decirle a Franco lo que me dijo Tamara hoy?

—Nada, Mara, no le voy a ir con el

cuento. Ya está, decidí no hablar más con Franco.

Mara se rio fuerte porque claramente no le creía ni media palabra. Cuando se dio cuenta, estaban todos mirándola. Tenía que controlar el volumen de sus carcajadas con urgencia.

CAPÍTULO 13

Augusto y Franco se habían conocido en la misma escuela a la que iban actualmente, justamente cuando ambos habían empezado el jardín de infantes. Se habían hecho amigos al instante y el paso de los años los había mantenido juntos aunque habían cambiado lo suficiente como para ser absolutamente distintos a pesar de su amistad.

Franco era sencillo, humilde, buen amigo y apegado a su mamá, con la que había tenido que superar la pérdida del papá. Era inteligente, pero reacio a estudiar, por lo que era un clásico que se llevara materias, y ahora que estaba en la secundaria el panorama era peor.

Estaba resignado a verse en febrero con el caluroso uniforme rindiendo las mil y un materias que no había aprobado durante el año.

Normalmente pasaba las tardes en su casa, escuchando música y tocando la guitarra, aunque muchas veces los chicos hacían un partido de fútbol en la plaza y él se sumaba con entusiasmo. Le gustaba hacer deportes y había practicado todos con Augusto. Desde los tres años, cuando se habían conocido, sus mamás habían entablado una relación de amistad tan cercana que los había unido más. Así fue que compartieron clases particulares de inglés, natación y todo tipo de actividades extracurriculares.

Augusto, por su parte, era egocéntrico y extremadamente seguro de sí mismo. Su aspecto físico había moldeado sin dudas su personalidad. Todas las chicas de la escuela morían por él, y se daba el lujo de señalarlas con el dedo y usarlas el tiempo que le pareciera adecuado. Siempre se jactaba de haber sido el primer beso de muchas chicas y Franco se horrorizaba: su amigo era machista, pero en el fondo sabía que era buena persona. Bien en el fondo.

Augusto era un fiel amante de los deportes. Además de jugar al fútbol, tenía un aro de básquet en el jardín de su casa donde practicaba tiros y soñaba ser como Manu Ginóbili, su gran ídolo. También seguía las ligas de béisbol y

fútbol americano de Estados Unidos, país que amaba y al que deseaba mudarse cuando fuera mayor.

Franco y Augusto compartían todo, hasta llegaron a tener una banda en la que Augusto tocaba la batería y Franco la guitarra, pero finalmente se disolvió porque Augusto se llevaba mal con el resto de los integrantes. Así era la vida de Franco: ser amigo de Augusto lo había hecho perder a muchas personas y otras lo señalaban, como si el hecho de ser amigo de alguien te hiciera idéntico a él.

En el amor, por ejemplo, eran absolutamente opuestos. Mientras Augusto hacía listas de todas las chicas con las que salía, Franco solo había

salido con Tamara, y desde hacía un año su relación era seria. Incluso el comienzo de esa relación había sido difícil para Franco, porque por esa época era mucho más tímido y Tamara le gustaba desde que tenía recuerdos. Ahí el nexo había sido Augusto, que era amigo de ella desde pequeño gracias a sus padres. No había costado mucho, Franco era atractivo y cualquier chica le hubiese dicho que sí.

Ese día, después del clásico partido de fútbol en la plaza, pasaron un rato en la casa de Augusto, tomando unas cervezas a escondidas porque eran chicos y si sus mamás los veían, eran hombres muertos.

—¿Vos sabías que Tamara iba a querer matarte cuando te postulaste al concurso,

o no? —preguntó Franco.

—Sí, obvio —se rio—. Pero quiero a esa chica como sea y además, te hacía un favor a vos.

—¿A mí? —preguntó.

—Está claro que no querés ganar ese concurso y está claro que ya no sentís por Tamara lo que sentías cuando me rogaste que te ayudara a conquistarla.

—Sí, es que fueron muchos cambios... Pero estoy bien con Tami —negó.

—Ok, te creo. Yo quiero estar bien con Bianca. Quiero estar excelente. ¿Viste lo que es? —preguntó mientras tomaba un sorbo de cerveza.

—Es linda. Tamara la odia y hoy, todavía más —se rio.

—Es que Tamara es hermosa, pero

Bianca... —Cortó la oración para dar otro sorbo.

—Parece buena, y viene del sur.

Controlate.

—¿Hay que tener un trato especial si viene del sur? —preguntó entre risas.

—No, pero tené en cuenta que seguramente no trató con porteños como vos —dijo.

—Nadie trata con porteños como yo hasta que tienen el honor de conocerme.

—Guiñó un ojo.

—Bueno, ya sabés a qué me refiero, una cosa es que seas como sos con otro tipo de chica... —intentó hacerlo entrar en razón.

—Siempre tan caballero —se burló.

—No es de caballero, un día se van a

rebelar todas las chicas del colegio y yo no te voy a poder salvar.

—Obvio que me vas a salvar —lo desafió.

—No sé —se rio.

—En serio me gusta —insistió.

—¿Cuántos besos hasta cambiarla por otra? —preguntó Franco.

—Miles, me pongo de novio si es necesario.

—¡Ah! ¡No lo puedo creer! —se sorprendió.

—Te prometo que vas a ser el padrino de bodas —dijo seriamente Augusto y se rieron juntos—. No me dijiste quién es Ricitos de Oro, no te hagas el tonto —reclamó.

—Guillermina, otra de las chicas

nuevas.

—No la conozco —dijo pensativo.

—Bueno, mejor —se rio Franco.

—¿Por qué mejor? ¿Te gusta?

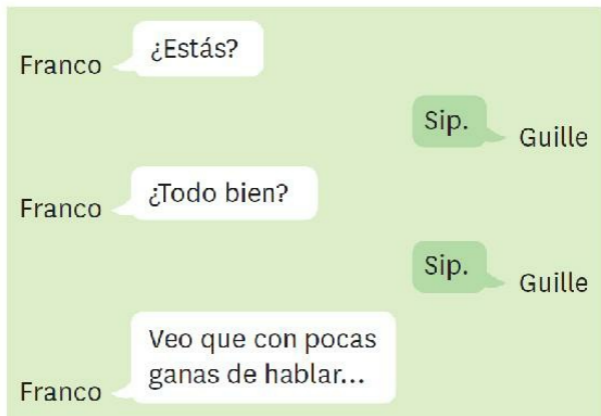
—No, pero así le sos fiel a Bianca —le dijo y agarró su mochila—. Me voy a casa, si mi mamá me huele el aliento, le digo que fuiste vos.

—Sí, decile que tomé cerveza y después nos besamos —bromeó su amigo.

Así era su amistad, verdadera a pesar de las diferencias. Mientras Augusto se burlaba de Franco por ser tan bueno, Franco intentaba aconsejar a su amigo para suavizarlo. Eran opuestos que se ayudaban a mantener el equilibrio, o al menos eso intentaban.

Pasara lo que pasara, siempre se iban a apoyar.

Cuando Franco llegó a su casa tuvo suerte, porque su mamá había salido con una amiga, así que no hubo riesgos por el aliento a cerveza. Fue a su cuarto, tocó la guitarra y pensó en la conversación con Augusto.



No, todo bien...

Guille

Franco

Ok.

Franco

Te escribo otro día mejor.
Solo quería recordarte que
quiero una tarde con vos y
tus *cupcakes*.

No sabía por qué hacía lo que hacía, pero ella no le respondió. Así que se entregó a su guitarra y tocó *I'm a mess*, su canción preferida de Ed Sheeran.

CAPÍTULO 14

Los días posteriores a la fiesta de la primavera fueron intensos. Tamara estaba insoportable y Guillermina no aguantaba un minuto más verla con Franco en los carteles de postulación. Faltaba exactamente un día para que se dieran a conocer los resultados de las votaciones que iban a confirmar a las cinco parejas (una de cada curso) que competirían a fin de año. Fue difícil, pero Guillermina y Mara no dudaron un instante: votaron a Bianca y Augusto y rogaron que fuera la pareja ganadora.

—Doy lo que no tengo por ver la cara de Tamara cuando se anuncie que perdió —dijo Mara mientras volvían del

colegio en la bicicleta de Guillermina.

—Estoy segura de que va a ganar, todas sus súbditas van a votarla, no quiero pensar en los próximos meses de reinado de Tamara y Franco —dijo Guillermina al borde del llanto.

—Vos tendrías que ganar, pero el reinado de la negatividad, querida. Ya hablé en todos mis grupos de WhatsApp y todos votaron por Biangusto. Tenemos el triunfo asegurado.

Guillermina seguía oscilando entre la necesidad que tenía de Franco que le dictaba su corazón y la responsabilidad de quitarlo de su vida que le imponía su cabeza. Había elaborado muchos planes y había googleado muchas veces “cómo olvidar a un ex”. No era su ex, pero

aplicaba, porque no sabía cómo googlear la necesidad de olvidarse de alguien que nunca había sido nada.

Hizo calendarios donde marcó los días que no lo había mirado ni le había hablado, porque la teoría decía que era un buen método para olvidarse, pero no le había funcionado, así que optó por bloquearlo de todas las redes sociales y de WhatsApp. Lo desbloqueó cuando se dio cuenta de que iba a quedar sospechoso. No sabía qué más hacer, lo había evitado durante dos semanas y Franco seguía ahí, en su mente y en su corazón. Guillermina tenía muy clara la realidad: estaba enamorada y moría por ser su novia, pero la inquietaba que Franco le coqueteara cuando se estaba

postulando como rey con otra chica.
Tenía un torbellino en la cabeza y fue
peor cuando sonó su celular.

Franco

Guille, necesito tu ayuda.

Siempre que me escribís es porque necesitás ayuda, esto no es una línea de autoayuda.

Guille

Franco

No, si fuese de autoayuda sería para ayudarme a mí mismo.



Guille



Franco

¿Me vas a ayudar? Yo sé que sos mi heroína.

Franco

¿Qué necesitás?

Guille

No quiero ganar las elecciones, ¿me ayudás a hacer algo?

Franco



Guille

¿Por qué no querés ganar?

Guille

Franco

No me gustan esas cosas.

No te hubieses postulado.

Guille

Franco

Son cosas de Tamara, ella sueña con eso hace tiempo... le hubiese roto el corazón si le decía que no.

¿Y boicoteando la votación no le rompés el corazón? ¿No querías romperle el corazón o no querías que se supiera que se lo estabas rompiendo?

Guille

Tenés razón, Guille. Perdón por molestarte, no creas que siempre te busco porque sí. Siento que realmente podés ayudarme, me siento bien cuando hablo con vos.

Franco

Fran, voy a ayudarte en lo que necesites, decime qué querés que hagamos... lo que te dije fue para que lo pienses, tal vez es mejor ser sincero con tu novia. ¡Es tu novia! ¡Tienen confianza!

Guille

Esto es importante para ella, nunca lo hubiese entendido, y yo le había prometido que íbamos a postularnos, lo que pasa es que ahora es diferente.

Franco

¿Qué es diferente?

Guille

No sé, ¿me ayudás?

Franco

Ok, ¿qué hacemos?

Guille

¿Podés pedirle a Mara que hable con sus amigos para que voten por Augusto? Tiene muchos amigos en la escuela, incluso más que yo que voy desde jardín.

Franco



Guille

Contá con eso, Mara
ya habló con todos.

Guille

Franco

¿Ya habló? ¿Por qué?

No sé, creo que tiene algún
tipo de problema con Tamara,
viste cómo es tu novia... no es
muy amigable con las chicas
que no son sus súbditas.

Guille

Ok, gracias, entonces tenía razón en que eras mi heroína, me ayudaste antes de que te lo pidiera.

Franco

Yo no, Mara.

Guille

Vos, quiero que me salves vos.

Franco

Guillermina decidió no responder a ese último mensaje. Si lo hacía, podía terminar proponiéndole matrimonio o podían ser sus últimas palabras antes de morir de amor. No podía creer lo que le había dicho: no quería ganar el reinado con Tamara, se había postulado por compromiso y “algo había cambiado”. Se quedó un rato mirando el techo,

pensando en lo hermoso que era Franco y en la necesidad que tenía de decirle lo que sentía. Por momentos le daba vergüenza lo que pensaba, nunca le había pasado. Tenía ganas de besarlo y no había besado jamás a nadie. ¡Qué horror! Pensaba en Tamara y se comparaba, y le daba pánico imaginar lo tonta que le parecería a Franco si un día sucedía el milagro de besarlo.

Abrió Instagram y miró sus últimas fotos: en ninguna estaba con Tamara. Había una con su mamá, dos de Torbellino, el perro, y muchas con Augusto. Nunca había visto dos amigos tan diferentes. Franco era simpático, buena persona, y Augusto era arrogante y mujeriego, pero algo hacía que fueran

amigos... tal vez no era tan malo.

Siguió observando las fotos desde la primera hasta la última y se quedó mirando la que había subido ese mismo día. Era una *selfie* en la cama y tenía los auriculares puestos. “I’m a mess right now, inside out” había escrito, lo que significaba “Ahora mismo soy un desastre, estoy al revés”. Era parte de una canción de Ed Sheeran que Guillermina conocía de punta a punta. Dudó, dudó, dudó tanto... pero tuvo uno de esos momentos impulsivos que no solían suceder en la vida de Guillermina. Comentó la foto con el resto de la estrofa de la canción: “Searching for a sweet surrender, but this is not the end. I can’t work it out,

how going through the motions, going through us”. No lo tradujo en la foto pero sabía lo que significaba: “Busco una dulce rendición, pero este no es el final. No puedo solucionarlo, cómo hacer lo que hay que hacer, cómo llevar adelante lo nuestro”.

Cinco segundos bastaron para que Guillermina se diera cuenta de que había tenido un impulso claramente desubicado; volvió rápidamente a la foto para borrar lo que había comentado cuando una notificación le avisó que Franco había likeado su comentario. No había vuelta atrás, la única excusa que tenía, si en algún momento le preguntaba por su comentario, era que era fanática de Ed Sheeran y que solo había querido

continuar la canción. Pero en el fondo, Guillermina sabía que había dejado un mensaje muy fácil de interpretar.

CAPÍTULO 15

Guillermina estaba con la cabeza en otra cosa, así que Mara decidió dejar el plan del canal de YouTube para más adelante, pero se abrió una página de Facebook para empezar a subir fotos de sus accesorios, porque cada vez más personas le preguntaban por los que ella usaba.

Todos los días llegaba al colegio con pulseras, anillos y aros. Además, reemplazaba los zapatos por zapatillas y se arremangaba las medias y las mangas de la camisa para “ponerle un poco de onda al uniforme”, como le explicaba a su mamá todas las mañanas cuando la sermoneaba por ir desarreglada.

—Mamá, el estilo personal es clave, no hay que renunciar a él.

—Yo estoy de acuerdo, pero estás yendo al colegio y hay ciertos códigos que cumplir. Sabés que Buenos Aires no es como Maimará y en el colegio son exigentes con esas cosas —le dijo su mamá esa mañana.

—No pasa nada, ma, lo tengo todo bajo control. Aparte, la hija de la directora es mi amiga, no me van a echar.

Carolina no dejaba de sorprenderse por la personalidad de su hija. Su vida no había sido fácil, pero entendía que todo tenía una razón y admiraba que fuera tan fuerte y tan positiva. Su papá la había abandonado cuando tenía un año y

jamás había preguntado nada al respecto. De hecho, siempre se había negado a saber más. Lo que más feliz la hacía es que lo hubiera superado; era una chica alegre que siempre veía el lado positivo de las cosas. Era buena amiga y buena hija, y todo el mundo la quería. No sabía a quién había salido de esa manera. “Por suerte no salió al padre”, pensaba todos los días.

Las mañanas de Mara eran parecidas: se levantaba, tomaba leche chocolatada y pasaba por la casa de Guillermina para ir a la escuela en bicicleta. Se había acostumbrado a la ciudad, la percibía tan bella como la había soñado. En el colegio la pasaba bien, aunque odiaba estudiar, pero para ella siempre

era positivo ir a clases porque eso significaba ver a sus amigos.

Ese día llegaron a la clase y vieron la escena de siempre: sus compañeros hablaban entre sí a los gritos, claro, y la chica del fondo, siempre ahí, con auriculares. Se sentaron e inmediatamente notaron que algo raro pasaba. Levantaron la vista y vieron a Tamara con tres de sus súbditas saludándolas con la mano irónicamente.

Eso bastó para que Mara se diera cuenta. Habían puesto pegamento en sus asientos y no podían levantarse salvo que rompieran o se quitaran la falda del uniforme que estaba literalmente pegada al asiento.

Mientras el resto de la clase miraba

entre risas y preocupación, algunos amigos de Mara le dijeron que iban a avisarle a Arturo, el dueño del buffet del colegio, para saber si tenía algún método para despegarlas del asiento. Mara estaba endemoniada y Guillermina no emitía sonido: los chistes de Tamara ya le habían colmado la paciencia.

Levantó la vista y vio cómo Tamara se reía: no soportaba más la situación. Había tratado de controlarse porque Mara estaba más enojada que ella y la pequeña era explosiva, pero la travesura podía terminar en algo grave si le daban razones. Sinceramente, su cara decía todo. No aguantaba más y ver a Franco al lado de Tamara mirando la escena la sacaba de sus casillas. ¿Era su heroína?

¿Tenía que salvarla del reinado de Tamara? ¿Y ahora? Franco seguía mirándola como si fuera una persona más de la clase. De repente, toda la angustia de los últimos meses se esfumó. Guillermina se había cansado de esta historia y no le importaba si alguien salía lastimado: ella no iba a ser más la víctima de nadie.

Por suerte, el episodio duró menos de lo pensado porque Arturo ayudó a las chicas a sacar el pegamento y el uniforme sobrevivió. No bien se solucionó el asunto, Guillermina fue hasta la otra punta del aula donde Tamara todavía se reía.

—No te conozco ni me interesa conocerte. Lo único que te voy a decir

es que vos tampoco me conocés a mí. Dedicate a tus estupideces de potencial reina y no te metas más conmigo ni mi amiga —le dijo justo cuando Mara la interrumpió.

—Dijo potencial reina, ¿escuchaste? Tenés menos chances de ganar que yo de llegar al metro sesenta.

Tamara se quedó perpleja y las chicas volvieron a sus asientos mientras unos cuantos compañeros les dedicaban unos aplausos.

Guillermina estaba alterada. Otra vez había tenido un ataque impulsivo y no sabía dónde estaba Franco, ¿la había escuchado? Mara tampoco lo había visto, así que se resignó; si lo del papelón de la canción de Ed Sheeran

había sido poco, esta patética amenaza a su novia era su perdición.

En medio de su maraña mental, notó que de pronto la clase hacía silencio: había entrado la directora y detrás de ella, algunos de los chicos que estaban fuera del aula. Nadie sabía bien cómo, pero se había enterado del episodio y cerró la puerta luego de indicar a los que estaban afuera que se sentaran. Fue un momento de tensión y más aún para aquellos que habían sido parte de la travesura.

—Alumnos, estoy al tanto de todo lo que viene sucediendo desde comienzo de año. Esta no es la escuela primaria, tienen que estudiar y dejar las travesuras de lado. A partir de hoy se van a

castigar todo tipo de acciones que rompan con la paz de la escuela.

Tamara, en este momento quedás fuera de la elección de reina de este curso. La elección de reyes es en parte para incentivar a los alumnos a dar un buen ejemplo, y ese no es tu caso.

Tamara rompió en llanto mientras Augusto le hacía gestos de triunfo a Bianca desde su asiento. Guillermina no lo podía creer: por fin se había hecho justicia. Miró a Franco, que estaba metido en su celular como si no estuviera pasando nada; en ese momento, vibró su teléfono.

Gracias, heroína, yo sabía que me ibas a salvar.

Franco

Guillermina levantó la mirada y lo vio sonriéndole cuando su celular volvió a vibrar.

Así sigue nuestra canción: "I've known it for the longest time, and all of my hopes, all of my own words are all over written on the signs, but you're on my road, walking me home, home...".

Franco

No tenía que pensar demasiado, el inglés era su segunda lengua y *I'm a Mess* era su canción preferida. Franco

había usado la parte de la canción que continuaba el fragmento que ella había dejado en su foto de Instagram. Esa parte era perfecta para esta situación, tan perfecta que la asustaba: “Lo he sabido todo el tiempo y todas mis esperanzas, todas mis palabras están escritas en las señales, pero tú estás en mi camino y me acompañas a casa, a casa...”.

El día continuó sin sobresaltos, porque ya había sucedido demasiado. Bianca estaba en la misma encrucijada de siempre: la relación con Augusto iba encaminada, aunque eran solo amigos o un intento de amigos, porque ella todavía no confiaba del todo en él.

Ahora eran potenciales rey y reina, y

debían enfrentarse a la votación a fin de año, junto con las parejas de los otros cuatro cursos. Nada más lejos del perfil bajo que ella buscaba habitualmente.

Cielo la había apoyado mucho durante esta etapa de su relación con Augusto, que no iba más allá de un intercambio de palabras en los recreos. Se había descargado con Agustín, que la había felicitado por controlar sus instintos y apoyar a su amiga, pero en el fondo tenía miedo. No confiaba en Augusto y era muy posible que lastimara a Bianca. Aunque por suerte, el enamoramiento de su amiga era bastante racional, ella estaba muy atenta a no caer en su trampa.

—Mi reina, es tiempo de que nos

unamos para ser los reyes que esta escuela necesita —le había dicho a Bianca en medio de la clase.

Bianca se puso colorada como un tomate y Cielo lo miró con cara de pocos amigos.

—Acá el único rey es el rey Arturo que salvó el uniforme de las chicas —dijo Cielo, mientras todo el curso la miraba asombrado por escuchar su voz por primera vez.

@pegaso_rosado

La sociedad está sacando el animal que hay en mí, hoy tuve un exabrupto y dije más de tres

palabras en la
clase.

CAPÍTULO 16

No podía dejar de pensar en Augusto, lo había dibujado un millón de veces y sin embargo, todavía desconfiaba. Le escribía por WhatsApp todos los días y Bianca trataba de evitar sus coqueteos para no caer en sus redes.

Ese día Augusto la había invitado al cine y ella no sabía qué hacer. No podía seguir evitándolo, pero el cine era un paso demasiado grande. Había visto miles de películas y series donde el chico llevaba al cine a la chica para besarla; ella, por el momento, prefería que eso no pasara. Tenía miedo de enamorarse más y que la desilusión posterior fuese más fuerte.

Lo pensó tanto que se hizo tarde: Augusto ya estaba en la puerta de su casa esperándola para ir al cine, así que no tuvo opción. Después de pasar por una serie de preguntas de rigor que hizo su papá, Bianca salió de su casa y fueron al cine que quedaba a solo unas cuadras del colegio, muy cerca de la casa de ambos.

—Estás muy linda —le dijo con esa sonrisa de seductor serial que acostumbraba utilizar cuando le hablaba a Bianca.

—Gracias, es básicamente mi *look* de todos los días —dijo ella.

—Nadie puso en duda que sos hermosa todos los días.

Por un momento, Bianca pensó que su

respuesta había sido un poco cortante, pero la verdad era que era cierto, no se había producido en absoluto. Solo había usado máscara de pestañas y un labial casi imperceptible. Se había puesto sus clásicos jeans negros con roturas en las rodillas, unas zapatillas blancas y una camiseta básica del mismo color. Se sentía cómoda así y estaba realmente linda con sus piernas largas y su pelo lacio, tan oscuro que destacaba sus ojos y el color blanco de la piel.

Él también era alto, pero rubio, aunque se veía muy poco pelo por debajo de la gorra. Esta vez había reemplazado las bermudas de todos los días por unos jeans y una camiseta blanca debajo de una camisa abierta. Era realmente

hermoso y juntos eran la pareja perfecta.

Todavía no podía creer que estaban en una especie de cita. Estaba nerviosa y Cielo no le respondía los mensajes, lo que significaba una sola cosa: había retomado su novela de Wattpad y no iba a responder hasta que se le agotara la inspiración. Guardó el celular y dejó su suerte a la buena de Dios.

Sacaron las entradas para una comedia romántica y compraron pochoclo mientras esperaban que se hiciera la hora de entrar a la sala. Hablaron de muchas cosas; Bianca se enteró de que la mamá de Augusto era española y había conocido a su papá en un viaje de estudios que había hecho a Buenos Aires cuando eran adolescentes. Bianca le

contó todo sobre su vida en Bariloche.

Para cuando llegó la hora de que empezara la función, estaba más relajada. Sinceramente, no había sido tan grave y había descubierto que Augusto era muy diferente cuando no estaba rodeado por sus amigos. Como si fuera su “poder” en la escuela lo que lo obligaba a ponerse una máscara.

Sin embargo, las sospechas de Bianca no eran tan desacertadas: en medio de la película, Augusto se acercó más y más a ella hasta abrazarla. Se puso muy nerviosa. Jamás había besado a nadie y claramente Augusto, con casi 14 años y toda la popularidad escolar que alguien pudiera desear, tenía más experiencia en la materia de lo que ella hubiese

querido. Moría porque la besara, pero al mismo tiempo tenía miedo de no saber qué hacer. Lo bueno es que no tuvo que pensar ni analizar demasiado porque cuando se dio cuenta, ya la estaba besando.

Fueron cinco minutos en los que Bianca pasó por todos los sentimientos imaginables. Primero estuvo unos segundos dura, nerviosa y sin saber qué hacer. Después analizó profundamente el beso: jamás había pensado que sería así. Por último, disfrutó de algo que deseaba en secreto hacía meses. No podía creer que la estuviera besando el chico más lindo sobre la faz de la tierra. ¿Cómo había pasado todo esto?

Llegado un momento perdió el hilo de

la película, porque lo que siguió fueron besos cada tres minutos y estaba muy dispersa. No le preocupó demasiado: en realidad lo que menos le importaba era la película, así que le dio rienda suelta a su primera cita con el “mini Brad Pitt maldito”, como lo llamaba su mejor amiga.

Cuando salieron del cine ya estaba haciéndose de noche, así que Augusto la acompañó hasta su casa y la despidió con un beso en los labios. En realidad, siguiendo la lógica de los acontecimientos, no debería haberse sorprendido, pero Bianca no había contado con eso, así que rezó unas cuantas oraciones antes de entrar a su casa suplicando que su papá no hubiera

visto la escena. Tuvo suerte, no había moros en la costa.

Subió a su habitación tan agitada que no lograba entender qué sentía. Por un lado estaba feliz, estaba enamoradísima de Augusto, pero por otro lado estaba asustada, no estaba preparada para que todos supieran lo que había entre ellos. Antes de hablar con Cielo decidió escribirle a él, era más fácil por WhatsApp:

Bian

Hola.

Hola, ¿ya me extrañas? ;)

Augusto

Bian



Bian

Quería pedirte algo, espero que no te enojés.



Augusto

¿Podemos mantener lo de hoy en secreto por un tiempo? En la escuela al menos...

Bian

¿Te doy vergüenza?

Augusto

No te sale hacerte el humilde... Un tiempo nada más, hasta que estemos seguros.

Bian

¿No estás segura?

Augusto

¿No estoy segura de qué?

Bian

De ser mi novia.

Augusto

??

Augusto

Quiero conocerte más.

Bian

Cierto que no me entendías.
Ok, vamos a ver algunas
películas más hasta que me
gane tu confianza. Yo estoy
seguro de que sos la más
hermosa

Augusto



Bian

Con esa típica intuición que tienen las madres, Isabel pasó por el cuarto de Bianca para saludarla antes de irse a dormir. Hablaron un largo rato. Su mamá le preguntó por la escuela, por sus compañeros y por Augusto. Lo había visto cuando se estaban yendo y que Bianca saliera con chicos no era parte de la rutina. Ella le dijo que eran amigos

y obvió todo el asunto del beso porque le daba vergüenza el solo hecho de pensar en contárselo a su mamá. De todos modos, Bianca estaba segura de que ella se lo imaginaba.

Casi era hora de irse a dormir y seguía dando vueltas por la habitación intentando que Cielo le contestara los mensajes. Era fundamental hablar de esto con ella, no tenía a nadie más; sus amigas de Bariloche seguían siendo importantes, pero no era lo mismo. Pasaba todos los días con Cielo y ella conocía a Augusto y toda la historia.

Estaba a punto de llamarla, cuando finalmente le contestó. No bien mencionó que había salido con Augusto, Cielo la llamó: no era algo para

conversar por chat. Hablaron más de una hora y Bianca le contó todo con lujo de detalles. Cielo no preguntó demasiado porque era Cielo, pero estuvo de acuerdo con su plan de no decir nada en la escuela todavía; ya se imaginaban a Tamara con un ataque de locura cuando se diera cuenta de que estaba perdiendo popularidad. Después de analizar cómo sería la situación al día siguiente, se fueron a dormir, aunque Bianca estaba más que desvelada.

Seguía con esa rara sensación de felicidad mezclada con nervios e incertidumbre. Augusto le había mostrado su mejor versión, pero Bianca seguía sintiendo una amenaza. Tal vez eran muchas cosas nuevas en poco

tiempo. Nueva ciudad, nuevos amigos, nueva escuela y un potencial novio que no había estado en sus planes.

Se puso a pensar en el concurso y no pudo creer todo lo que había pasado en tan poco tiempo. Jamás se hubiese imaginado con alguien como Augusto. Había muchos chicos en el curso, pero había sido él quien la había descolocado y la había elegido. No tenía otra opción más que seguir su corazón y que pasara lo que tuviera que pasar.

CAPÍTULO 17

Si le daban a elegir entre el lunes o el viernes, a esta altura y sin ninguna duda, Bianca elegía el lunes. Se despertaba cada día de la semana de buen humor y si tenía sueño no le importaba, todo era color de rosa y no veía la hora de llegar al colegio para encontrarse con Augusto.

A pesar de que hablaban todo el día y solían verse por la tarde, Bianca se desesperaba por ir al colegio para tenerlo cerca. El uniforme le quedaba tan bien como cualquier otra cosa que se pusiera. Era rebelde y no tenía problema en llegar al colegio con gorra, ni en volver a ponérsela mil veces a pesar de que lo retaran. A Bianca le encantaba

eso. También amaba que comiera chicle en todo momento.

Desde que llegaban a la escuela, Augusto no le sacaba los ojos de encima. En clase, en el recreo, a la salida o cuando llegaban... la miraba todo el tiempo y siempre que podía le mandaba algún WhatsApp.

No le había caído del todo bien que Bianca le hubiese pedido no blanquearlo con sus compañeros y más de una vez le había dicho que era tiempo de contarle, pero Bianca no se animaba. Tenía miedo de que algo fallara.

—¿Hasta cuándo vamos a escondernos? —le dijo esa mañana cuando logró interceptarla en un pasillo.

—¿Tan importante es que lo sepan los

demás? —se enojó Bianca.

—No es por los demás, es por nosotros. No me gusta sentir que no querés contarlo.

—No entiendo por qué es importante decirlo —insistió.

—¿Y por qué es importante no decirlo? Siento que por algún motivo no querés que nadie se entere —le reclamó y agregó—: ¿Te gusta otro chico?

—¿Es un chiste? —se rio Bianca—. ¿Desde cuándo sos inseguro?

—Desde que mi novia me da besos a escondidas —le dijo y la besó, empujándola hacia una de las paredes del pasillo—. Siempre y cuando me beses, soporto lo que sea.

No es que le gustara otro chico o que

no estuviese segura. Bianca sabía lo que sentía por él desde antes de que pasara algo entre ellos, pero algo la impulsaba a manejarse con cautela. Tenía miedo de desilusionarse; Augusto era especial y a pesar de que se veían y hablaban seguido, todavía no lo conocía del todo. Mientras pudiera, prefería mantenerlo así, al menos hasta que lo conociera un poco más.

Cielo había opinado al respecto, le parecía sensato esperar, sobre todo conociendo a Augusto. “No es una persona de fiar”, le decía a Bianca, que siempre se reía cuando su amiga se ponía tan seria.

Fuera de esa encrucijada, Bianca estaba viviendo en un universo de nubes

y las últimas semanas sus notas habían tenido un franco descenso. No le importaba demasiado, aún había tiempo de recuperarse. Mientras tanto, estaba haciendo lo posible porque sus papás no se dieran cuenta, sobre todo porque su papá ya le había llamado la atención porque estaba saliendo mucho.

Llegaba del colegio, hacía la tarea y siempre tenía algún plan con Augusto o Cielo, es decir que la clásica frase “Esta es una casa, no un hotel” se aplicaba perfecto a su realidad.

Augusto

No sabés qué hermosa
te ves desde acá.



Bian

Augusto

¿Cómo te fue en el examen?



Bian

Augusto ¿Desaprobaste?

Me saqué un 3. Bian

Augusto Si venís a casa a la tarde, te enseño y te ejemplifico todos los resultados con besos.

 Bian

¿Cómo puede ser que no te encontré en Bariloche todas las veces que fui?

Augusto

¡Qué pérdida de tiempo!

Augusto

Qué lindo sería pasar un rato en el lago.

Bian



Bian

Augusto

Te prometo que vamos a hacerlo alguna vez.



Bian

Augusto

Faltan dos minutos para el recreo, te espero en el pasillo para robarte un beso.



Bian

Lo que más le molestaba de no haber blanqueado su relación con Augusto era ver cómo todas las chicas intentaban acercarse a él constantemente, incluso las más grandes. Le daba bronca, quería gritar a los cuatro vientos que estaban

juntos, pero al mismo tiempo tenía miedo, así que prefería renunciar a su orgullo por si acaso.

Esa tarde la excusa fue estudiar, pero esta vez Augusto fue a la casa de Bianca, porque la situación con sus papás estaba sensible como para irse otra vez.

Augusto le explicó los temas del examen que había desaprobado y claramente ella entendió poco: estaba con la cabeza en otro lado.

Antes de empezar a estudiar, él le había contado que jamás había tenido una novia. Había salido con muchas chicas, claro, podía tener a la que quisiera, sin embargo nunca había estado solo con una, como esta vez.

—Nunca sentí ganas de estar solo con una chica y de verla tanto —le explicó—. Es más, siempre me pareció una locura lo de Franco con Tamara.

—¿Ellos están juntos hace mucho?

—Desde el año pasado. Franco logró concretar en el viaje de egresados —serio—. ¡No sabés lo que le costó! Tuve que darle una mano.

—¿Por qué?

—Porque Franco es demasiado tierno para estas cosas. Imaginate que fue su primer beso y se puso de novio —dijo—. Yo tuve práctica antes de llegar a la más importante —le guiñó el ojo.

La declaración había sorprendido a Bianca, que claramente tampoco había tenido ningún novio antes, pero había

creído que la situación de Augusto era otra. Le mandó un WhatsApp a Cielo, que otra vez no le respondió. Estaba en una de esas semanas en las que la inspiración estaba a flor de piel y tenía que aprovechar para avanzar con la novela, porque con la mudanza y los mil cambios se había estancado.

Bianca lo pensó, dudó, pero internamente se animó. Iba a esperar solo unos días más, después iba a darle rienda suelta a la relación. Ya no le importaba lo que pensarán los demás, así que si Augusto quería contarle, ella no se iba a oponer.

CAPÍTULO 18

Habían pasado unas cuantas semanas y la relación entre Bianca y Augusto iba por buen camino. Los únicos que sabían el secreto eran Franco y Cielo, ni siquiera Tamara estaba al tanto y por el momento era positivo, porque ya bastante suerte había tenido Augusto de que le perdonara lo de postularse por el reinado.

Tamara y Augusto eran amigos desde muy chiquitos, porque sus papás mantenían una amistad de muchos años, incluso desde antes que ellos nacieran. Tenían muchas cosas en común y si, bien para Augusto su mejor amigo era Franco, para Tamara su mejor amigo era

él, sobre todo porque ella no tenía amigas reales y de confianza, sino simples súbditas que buscaban su aprobación.

Ese viernes tenían clase especial de ciencias y Bianca notó que Augusto estaba más distante de lo normal. Decidió esperar al final de la clase para preguntarle qué le pasaba, porque siempre corrían el riesgo de que los escucharan.

El profesor les había pedido que formaran grupos para la clase especial y el aula era un caos cuando Augusto dijo a viva voz:

—Quiero a Bianca en mi grupo como sea.

—¿En tu grupo la querés nada más? —

dijo Tamara riéndose mientras Bianca y Cielo miraban la escena sin entender qué pasaba.

—Por el momento la quiero solo en mi grupo, cuando la quiera en otro lado también la voy a tener —dijo Augusto, que a esta altura había acaparado la atención de toda la clase y también la del profesor.

—Bianca, te solicitan en la mesa tres —dijo Tamara imitando una voz de locutora mientras Franco miraba su celular sin prestar atención a lo que pasaba alrededor.

—¿Podés acercarte, querida reina, a mi mesa? Sin tu amiga, por favor, a ella podemos usarla de sapo cuando tengas ganas —dijo Augusto mientras a Bianca

se le llenaban los ojos de lágrimas—. ¿Vas a venir a mi mesa o te vas a quedar con tu sapo-amiga? —insistió, acercándose cada vez más.

Bianca lo empujó y él la agarró con fuerza intentando darle un beso, pero en ese instante Mara lo empujó y Guillermina corrió hacia donde estaba Cielo para ver si estaba bien. El profesor dio por terminada la escena, pero Bianca sintió cómo se le rompía el corazón en mil pedazos. ¿Qué había pasado? ¿Lo de las últimas semanas había sido una mentira para usarla como trofeo y burlarse de ella? Necesitaba que terminara la clase de ciencias con urgencia, se sentía triste, quería llorar muchas horas seguidas y pedirle

disculpas a su amiga por exponerla a esa situación. Le habían dicho sapo en medio de la clase solo por ser su amiga, estaba destruida.

Los cuarenta minutos de clase a Bianca le parecieron cuarenta horas. Estaba tan deprimida que le costó aguantar las ganas de llorar en medio del salón. Por momentos miraba a Augusto que se reía con Franco y Tamara como si nada hubiese pasado. No podía creer que había caído en su trampa. Lo que más daño le hacía era ver la cara de Augusto en ese momento, era otro... era el Augusto que había visto mil veces, pero no aquel con quien había pasado momentos especiales las últimas semanas. ¿Cuál era el verdadero? Para

Bianca no había dudas, nadie finge ser malo. La había engañado todo este tiempo solo para demostrar en la escuela que podía tener a la chica que quisiera.

Tenía que asumirlo: era una más de las miles que morían por Augusto. Sus pensamientos iban de un lado al otro, del cine al primer día de clases, y de la última tarde que habían pasado juntos al momento de la burla que había sucedido recientemente. Era una más de las miles y como una tonta se había creído especial. Había desperdiciado su primer beso en un idiota. Siempre había pensado que las chicas que daban su primer beso a chicos como Augusto lo desperdiciaban, se lo daban a alguien

que jamás iba a valorarlo y lo único que les quedaba era un mal recuerdo. Había confirmado todas sus teorías. ¿Qué le había pasado ese día en el cine que no se había acordado de todo esto? Estaba enamorada, se había dejado llevar, le había creído y había amado esa versión que Augusto había montado como una perfecta obra teatral.

Ahora estaba ahí, contando los minutos para poder irse a su casa, con su amiga pegada como abrojo al lado suyo y esas dos chicas con las que jamás había intercambiado palabra, pero que habían sido las únicas que se habían puesto de su lado y la habían defendido sin condiciones. Se sentía mal por Cielo, sabía que detestaba a Augusto y en el

último tiempo se había esforzado en aceptarlo solo por ella. Ahora había quedado mal ante todos sus compañeros por su culpa. No paraba de repetírselo mentalmente: había cometido una cadena de errores solo por haberse enamorado de alguien que desde siempre había sido un imposible.

La campana rompió con la concentración de Bianca, que aún sentía cómo se le estrujaba el corazón. Tomó sus cosas y se fue del aula tan rápido como pudo mientras Cielo se apuraba detrás de ella junto con Guillermina. Mara se acercó a la mesa que compartían Augusto, Tamara y Franco.

—Siempre estuve interesada en el periodismo, pero realmente no sé si es

lo que quiero hacer para siempre, así que voy a hacer una prueba piloto con ustedes y les voy a ofrecer una noticia bien fresquita: son tres idiotas.

—¿No te cansás de meterte en todo?
—le dijo Tamara mientras Augusto se revolcaba de risa en la mesa irónicamente.

—Me voy a cansar el día que vos te canses de molestar a la gente. Sos débil, tan débil que lo único que podés hacer es meterte con los demás —dijo Mara y miró a Franco—. Y vos das lástima, vivís la vida de dos idiotas sin saber qué hacer ni qué decir, no te la jugás ni por ellos ni por los demás, te vas a quedar sin nada.

Franco la miró y no supo qué

responder, aunque de todos modos no hubo tiempo. Mara se fue detrás de las chicas que ya estaban cerca de la salida. Habían decidido comprar unas pizzas e ir a la casa de Cielo. El único objetivo era que Bianca no estuviera sola en su casa torturándose por lo que había pasado.

Las chicas aprovecharon las pocas cuadras que separaban el colegio de la casa de Cielo para conocerse un poco más. Decidieron tocar temas que no tuvieran que ver con Augusto, pero fue en vano: Bianca no podía dejar de volver a lo que había pasado. El incidente la había tomado por sorpresa y todavía no comprendía cómo una persona podía fingir durante semanas,

solo para fastidiarla en medio de la clase. Nada tenía coherencia, pero ella en el fondo había presentido cómo era Augusto; en ese momento lo único que podía pensar era que se había engañado a sí misma, se había convencido de algo que sabía que no era real.

Después de comer las pizzas (que Bianca ni tocó) y soportar que Melón les ladrara a las chicas por más de quince minutos, la mamá de Cielo les sirvió helado. Estaba feliz, no podía creer lo que estaba pasando: su hija había llegado del colegio con tres amigas y habían almorzado en su cuarto charlando. Estaba extasiada. Finalmente confirmaba que el viaje a Buenos Aires no había sido tan grave.

Bianca puso en tema a Mara y Guillermina contándoles todos los detalles de lo que habían sido sus últimas semanas con Augusto. Las chicas estaban sorprendidas, tenían muy claro que Augusto era un idiota y nunca se habían imaginado que realmente había algo entre ellos.

—No lo puedo creer, yo que pensaba que te había salvado del beso —dijo Mara para romper el hielo y logró hacer reír incluso a Bianca.

—Me salvaron todas, chicas, gracias. Me sentí muy sola en ese momento, pero que estuvieran conmigo lo hizo menos grave.

La tarde transcurrió en la casa de Cielo y las chicas aprovecharon la

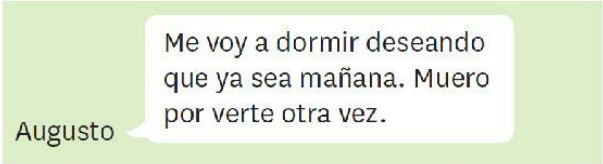
experiencia en primeros besos de Bianca para hacerle algunas preguntas. Hasta Cielo y Mara, que tenían cero interés en el tema, preguntaron algo. Bianca respondió a todas y cada una de sus dudas con un dejo de tristeza; estaba mal, no podía asimilar lo que había pasado, pero la peor parte era que todavía quería verlo. Deseaba con toda su alma estar con Augusto, hablar como las semanas anteriores, besarlo, tocarle los mechones que se le escapaban por debajo de la gorra y reírse viendo alguna película bizarra de Netflix. Todos esos momentos que habían pasado juntos la habían marcado, y considerar que ya formaban parte del pasado le rompía el corazón.

Por suerte, más allá del momento oscuro que estaba atravesando, toda la situación había sido menos seria gracias a estas chicas que la estaban acompañando como si la conocieran de toda la vida. Así lo sentía Bianca, estaba entre amigas, en confianza y se sentía en casa.

Pasó la tarde y se hizo de noche, pero las chicas decidieron seguir acompañando a Bianca e improvisaron una pijamada donde cada una contó su historia. Mara habló de su vida en Maimará y les mostró la página de Facebook que había abierto para vender sus accesorios. Guillermina contó todo acerca de los países en los que había vivido e intentó enseñarles algunas

palabras en otros idiomas; Cielo, presionada por Bianca, tuvo que leerles algunos capítulos de su novela de Wattpad.

Cuando estaban todas dormidas, Bianca seguía dándole vueltas al asunto con Augusto, no podía aceptar que todo había terminado. Agarró el celular y leyó el último mensaje por WhatsApp que él le había enviado la noche anterior:



Augusto

Me voy a dormir deseando que ya sea mañana. Muero por verte otra vez.

Bianca dejó caer algunas lágrimas hasta que se quedó profundamente

dormida.

CAPÍTULO 19

Las mañanas siguientes transcurrieron en el aula. Mara, Cielo, Bianca y Guillermina se mantuvieron juntas en la clase y en los recreos en el patio, donde se sentaban en un rincón a hablar de miles de cosas. Se llevaban tan bien, que ahora que estaban juntas se sentían más fuertes.

Tamara las tenía en la mira, pero eso no les preocupaba, incluso habían decidido hacerle frente. Guillermina iba a hablar con la profesora de educación física para poder sumarse al equipo de hockey y Mara estaba planificando un *fashion emergency* para las cuatro para quitarle protagonismo.

Mientras tanto, Augusto y Bianca no habían intercambiado ni siquiera una mirada. Ella estaba concentrada en ignorarlo, necesitaba olvidarse de él con urgencia y cualquier tipo de contacto podía arruinarle el plan.

Guillermina no había dicho nada durante los últimos días, porque la idea general era apoyar a Bianca para que superara la situación lo más pronto posible, pero por dentro estaba más decepcionada que nunca de Franco.

No podía tolerar que hubiera estado en la misma mesa viendo cómo Augusto maltrataba a Bianca. No podía entender cómo no lo había frenado si sabía que tenían una relación en secreto y no se cansaba de rememorar esa última

imagen: Franco riéndose con Tamara en medio de la fatídica clase de ciencias. Volvía al tema una y otra vez y no podía creer que ni siquiera le hubiese respondido a Mara cuando lo había acusado. Era un cobarde, su amiga tenía razón.

Lo había evitado de forma permanente y había notado más de una vez que Franco intentaba acercarse a ella. No planeaba caer en sus redes, no tenía la menor intención de terminar triste y angustiada como Bianca. Le resultaba imposible confiar en él después de lo que había hecho.

El problema era que de todas maneras no se lo podía sacar de la cabeza, estaba ahí las veinticuatro horas del día, así

que había decidido distraerse haciendo cosas que le gustaran. Finalmente, se había anotado en un curso *online* de italiano. Cursar en modo virtual tenía varias ventajas: podía tomar las clases en el horario que quisiera y rendir los exámenes cuando estuviera lista, en vez de hacer la prueba en una fecha preestablecida, como ocurría con el curso presencial. Tenía facilidad para los idiomas y en general le iba bien en todas las materias del colegio, incluso a veces se aburría por lo largas que se le hacían las explicaciones de los profesores.

Estaba en plena clase de italiano *online* cuando sonó el celular. Podía ser una señal de alarma, porque habían

armado un grupo de WhatsApp con sus amigas para estar disponibles todo el día en caso de que alguna necesitara algo. Dejó todo lo que estaba haciendo y agarró el teléfono, pero no era ningún pedido de SOS.

Franco ¿Estás?

Sí.
Guille

Franco Necesito que hablemos.

Franco ¿Te puedo llamar?

Estoy en medio de
una clase de italiano,
no puedo hablar.
Guille

Franco

Guille, tu clase de italiano es online.

¿Y eso quiere decir que porque vos quieras llamarme yo tengo que dejar mi clase?

Guille

Franco

No, obvio que no. Pero es importante y hace días que me evitás en la escuela.

Guillermina no respondió por varias razones. En primer lugar, porque no sabía qué decirle y en segundo lugar, porque lo quería seguir evitando. Intentó continuar con la clase, pero lamentablemente tenía la cabeza en otro lado.

Guille ¡Hola, grupo!

¿En qué andan?

Bian

Guille Estaba intentando estudiar, pero Franco me mandó un WhatsApp y no pude seguir.



Bian

¿No te cansás de ser tan traga? ¿Qué hacés estudiando un viernes a las cuatro de la tarde, Guillermina?

Mara

Estudia italiano y la interrumpen admiradores, yo estoy comiendo un yogur con cereales con Melón. 😊

Cie

No sé qué es peor. 😊

Bian

No sé qué es peor. 😄

Bian

No sé, dijo que necesitaba hablar conmigo, quería llamarme.

Guille

Mara

¡Mentime que te llamó!

Guille

No, le dije que no podía porque estaba estudiando italiano.



Mara

Mara

Decime que no le dijiste eso.



Bian



Cie

Cielo, no hay emoji más mala onda que ese, me encanta que lo uses, es re vos.

Mara



Cie

Córtenla. Guille, ¿no hablaste al final?

Bian

Guille No, me dijo que hacía días que quería hablar conmigo y que yo lo estaba evitando.

Guille Chicas.

Guille Franco está en mi casa, acaba de tocar el timbre.

Mara Ah, re stalker resultó.

Guille ¿Qué hago?

Decile que estás estudiando tailandés.

Cie

Mara



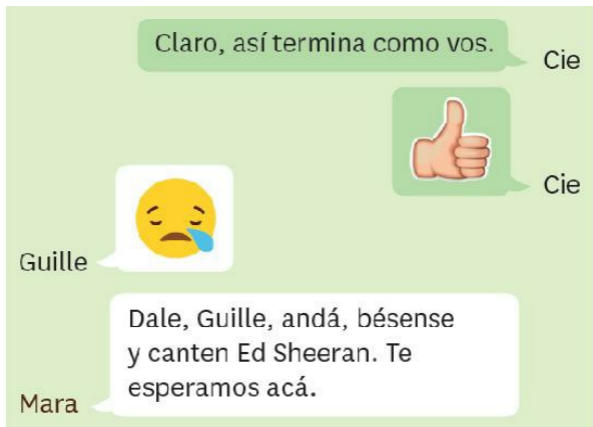
Cie

Guille, habla con él. No es Augusto, es Franco.

Bian

Dale la oportunidad de que te cuente su versión.

Bian



No le quedó otra opción más que bajar, no sin antes pasar por el espejo para lamentarse por no estar siempre lista para situaciones como esta. Estaba descalza, con calzas y top deportivo. Nadie sabía el porqué del look *sporty*, no hacía deporte desde hacía veinte años, o sea, desde mucho antes de nacer.

Bajó las escaleras hasta quedar a solo tres escalones del living y lo vio. Su mamá lo había invitado a pasar y él estaba ahí, mirándola justamente con esa cara de tierno que Guillermina estaba evitando ver hacía semanas. No había alternativa, no lo podía echar, así que subieron a su cuarto para tener la bendita charla.

Todo comenzó con un silencio largo e intenso. Guillermina decidió esperar a que Franco rompiera el hielo, a fin de cuentas el que necesitaba hablar con ella era él.

—Estás rara, me evitás... quiero saber qué pasa —dijo Franco.

—¿Realmente no sabés qué pasa? —respondió Guillermina con cierto grado

de enojo que a ella misma la sorprendió.

—Sospecho que es por lo mismo que Mara se enojó conmigo el otro día, pero quiero que me lo digas. Mara no es mi amiga, es solo una compañera, si me importa o me afecta lo que me dice es porque es amiga tuya, nada más que por eso.

—No te importa lo que te diga Mara porque no es tu amiga, pero yo sí lo soy —dedujo Guillermina con cierta tristeza que intentó disimular.

—Quiero saber qué pasa, no quiero perderte por el solo hecho de no saber lo que sentís, soy todo oídos. —Se sentó en la cama de Guillermina y la miró esperando una explicación.

—Franco, creo que somos distintos y

no es que no acepte que lo seamos, pero para mí son importantes los sentimientos de los demás. Jamás podría sentarme en la misma mesa donde dos personas se burlan de otras inocentes. No podría tener un amigo como Augusto, que denigra delante de toda la clase a la chica con la que está saliendo, y no podría salir con una persona como Tamara, que centra todas sus acciones en lastimar a los demás. Pensé que podías ser diferente aunque te relacionaras con ellos, pero ahora lo dudo.

—¿O sea que te alejas de mí porque creés que soy como ellos?

—No sos como ellos, pero aceptás a gente como ellos, sos parte de lo que hacen. Estás siempre ahí permitiendo

que se burlen de los demás, decís que no querés perderme, pero te quedás mirando cuando tu novia me pone pegamento en el asiento...

—¿Vos me viste mirando cuando Tamara puso pegamento en tu banco? ¿Estuve siempre ahí? —preguntó frunciendo el ceño.

—Vos estabas ahí cuando llegamos y nos sentamos con Mara sobre los asientos con pegamento.

—Sí, estaba... hasta que vi lo que pasó y fui a buscar a la directora y acusé a Tamara por lo que te había hecho. No era justo y no me quedé mirando lo que hacían, simplemente hice justicia sin que ella supiera.

Guillermina solo atinó a mirarlo y no

emitió sonido. Todo encajaba, ella lo había visto entrar al aula casi al mismo tiempo que la directora. No podía creer lo que había descubierto. No era gran cosa, pero no estaba en sus planes recibir esa respuesta.

—A veces no se trata de hacer una revolución, lo que importa es hacer justicia y siempre que puedo lo hago —dijo Franco y agregó—: Augusto es mi amigo desde que tenemos cuatro años, no va a cambiar, ningún Franco ni ninguna Bianca lo van a cambiar. Es lo que es y ser su amigo a veces es aconsejarle, no cambiarlo.

—Entiendo, es como pretender que Cielo sea sociable —se rio.

—A veces simplemente hay que

aceptar a los demás aunque sean diferentes, no todos tienen la suerte de tener un diálogo con una canción de Ed Sheeran y que encaje a la perfección.

Guillermina se rio nerviosa y después siguieron hablando del colegio, de las materias que Franco tenía que rendir y de cómo se había salvado de ser el rey de la escuela. Antes de irse, volvieron a hablar de lo que había pasado entre Augusto y Bianca. Guillermina no podía mencionar a Augusto sin sentir ganas de acogotarlo, pero Franco insistió en que reaccionar de forma extraña en determinadas situaciones era parte de su personalidad. Para él, Augusto realmente sentía algo por Bianca, el problema era que no lo sabía controlar.

Obviamente, lo primero que hizo Guillermina cuando Franco abandonó su casa fue escribirles a sus amigas en el chat grupal. Les contó todo y se sorprendieron cuando se enteraron de que el misterioso chico que había acusado a Tamara había sido su propio novio.

Dudó mucho en contarles la parte de la conversación sobre Augusto y sus sentimientos por Bianca, tenía miedo de ilusionarla, pero tampoco podía guardarse el secreto, así que se lo dijo y para su sorpresa, no la notó tan triste como días atrás.

Poco a poco y a pesar de los tropiezos, Guillermina sentía que su nueva vida se iba acomodando. Estar acompañada por

tres amigas que estaban viviendo prácticamente lo mismo la impulsaba a ver el lado positivo de las cosas. Así que tomó su palo de hockey y lo dejó listo junto a la mochila. Mañana iba a ser su primer día en el equipo de hockey. Iba a brillar, por sus amigas.

CAPÍTULO 20

El recorrido hasta el colegio todavía empezaba en la casa de Bianca, que era la primera en despertarse y todos los días pasaba a buscar a Cielo. Pero ahora habían agregado dos paradas más en el camino, porque juntas iban a buscar a Mara y a Guillermina, que había abandonado la bicicleta porque prefería ir con todas caminando.

Ese día era especialmente importante hacer la última parada en la casa de Mara, para prepararse. Era la prueba del equipo de hockey para el campeonato interescolar y todas iban a presentarse. Al final de la mañana la profesora iba a informar quiénes

quedaban en el equipo y quiénes no.

A decir verdad, no todas eran buenas, pero Guillermina les había dado unas clases intensivas para que estuvieran mejor preparadas. Por suerte tenían facilidad, así que en la última semana habían mejorado muchísimo.

Antes de salir, mientras tomaban la gloriosa limonada de Carolina, Mara las peinó a todas: a Bianca le hizo dos trenzas cosidas, un rodete con bandana a Guillermina, una trenza cosida al costado a Cielo y como ella tenía el pelo más corto que las demás, solo se hizo una media colita al estilo Ariana Grande.

No se podía ir con maquillaje al colegio, pero no les importó.

Guillermina había llevado un neceser lleno de labiales de colores a la casa de Mara, así que eligieron algunos tonos claros casi imperceptibles y los aplicaron en sus labios.

Cuando se estaban yendo, Mara sacó del cajón de su habitación cuatro pulseras que había hecho con sus propias manos, una para cada una, con dijes que las identificaban a la perfección. Un *cupcake* para Guillermina, un copito de nieve para Bianca, un cactus para Mara y una nube para Cielo. Se las pusieron y salieron apuradas hacia el colegio. Llegaban tarde y en la primera hora era la prueba de hockey.

Cuando entraron al aula más de uno se

sorprendió, pero Tamara fue la primera en reaccionar.

—No me digan que quieren pasar vergüenza presentándose para el campeonato —dijo sacudiendo la cabeza.

—No, para pasar vergüenza ya te tuvimos a vos intentando ser reina —respondió Mara con esa rapidez que la caracterizaba.

—Si no soy reina es porque algún perdedor de este curso me acusó con la directora, ya voy a descubrir quién fue y me las va a pagar.

—Suerte con eso, no vaya a ser que te sorprendas —dijo Mara, que inmediatamente recibió un codazo de Guillermina que la dejó sin respiración.

Las pruebas para el campeonato las tenían muy nerviosas, pero lo hicieron y la profesora quedó sorprendida por el buen juego de todas. Sobre todo la impresionó Guillermina, que había hecho muchos goles a pesar de que se la había pasado en el suelo porque Tamara y sus amigas se habían dedicado a empujarla.

Por suerte la espera no fue larga y mientras llegaba la profesora de matemáticas para la siguiente clase, recibieron el correo del colegio notificando quiénes serían parte del equipo que los representaría en el torneo interescolar.

El mail decía:

“Estimados, a continuación compartimos el listado de jugadoras titulares que serán parte del equipo de hockey. Por favor, presentarse por la tarde para la primera charla con la profesora.”

AGUSTINA

CHIARA

BIANCA

CAMILA

MARA

ANA

***CIELO** (ARQUERA)*

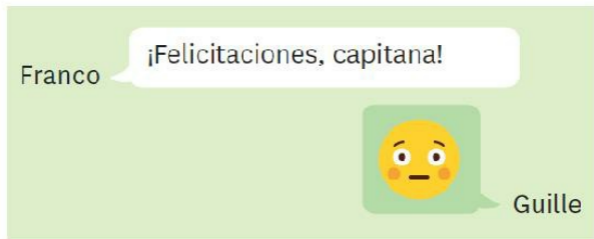
MAGALÍ

TAMARA

MARÍA EUGENIA

***GUILLERMINA** (CAPITANA)*

En la clase hubo un instante de silencio: Guillermina acababa de quitarle el puesto de capitana a Tamara. Mara se tiró debajo de la mesa para festejar, mientras Cielo y Bianca intentaban no reírse. Guillermina se mantuvo seria y cuando levantó la mirada, la vio. La estaba mirando con una expresión que era mejor olvidar. Por suerte, el sonido de su celular la salvó:



Por suerte, la profesora de matemáticas era lo suficientemente

exigente como para que Tamara no pudiera sacar la vista del pizarrón durante las dos horas de clase que siguieron al anuncio. Guillermina estaba atónita, sabía que jugaba bien, pero no había imaginado que llegaría a ser capitana.

Habían escuchado cómo Augusto se burlaba de ella chistosamente, y también lo habían visto echando miradas furtivas hacia Bianca después de advertir que estaba en la lista. Era muy difícil no confundirse con él.

Esa tarde tenían que volver a la escuela para la primera reunión de equipo. Se encontraron a almorzar en la casa de Cielo: a esta altura se había transformando en su lugar de reunión.

Aprovecharon las horas previas a la reunión para reírse abiertamente de la cara de Tamara al ver la lista y de la felicidad de Cielo cuando supo que era arquera. Dijo que lo mejor de su puesto era que, al estar tan tapada, nadie iba a querer hablar con ella. Por supuesto, también agregó que la máscara era una desventaja porque no iba a poder asustar a las jugadoras del equipo contrario con su horrible rostro, pero eso no le causó gracia a nadie. Detestaban que Cielo hiciera comentarios de ese tipo: no era fea, simplemente no se arreglaba, no resaltaba sus mejores rasgos. Sin embargo, era más linda y especial que muchas otras, aunque ella insistía: “Chicas, acéptenlo, soy su sapo-amiga”.

Cada vez que Cielo hacía ese chiste, el recuerdo de lo que había pasado con Augusto resurgía en la mente de Bianca. No había pasado mucho tiempo, pero la situación era extraña. Habían estado perfectamente bien con Augusto hasta esa escena y nunca más habían vuelto a dirigirse la palabra. Por momentos, Bianca sentía la necesidad de entender qué había ocurrido, pero cada vez que la asaltaba ese impulso, se contenía. Sabía que desde hacía unos días él estaba intentando acercarse y eso no le daba miedo, le daba pánico.

—¿Cómo algo relacionado con el amor puede darme miedo? —le había preguntado a sus amigas esa tarde.

—Las cosas nuevas siempre producen

miedo —dijo Guillermina, que era experta en cambios.

—Lo sé, pero no estoy segura de que sea algo nuevo lo que me da miedo, supongo que es Augusto como persona lo que me genera temor, me asusta no saber qué puede hacer o cómo va a reaccionar —explicó.

—Es muy fácil, siempre va a actuar como un idiota —resumió Cielo y todas estuvieron de acuerdo.

Como si realmente existiera la ley de atracción, en ese momento sonó el celular de Bianca.

Augusto

¿Estás?

Sip.

Bian

Augusto

¿Podemos vernos?

¿Para qué? ¿No te alcanzó con la escena del otro día?

Bian

Augusto

Es justamente por eso, quiero explicarte lo que pasó.

No necesitás explicarme nada. Pasó lo que era obvio que iba a pasar, sos un idiota.

Bian

Augusto

Ya lo sé, pero necesito que hablemos. Estoy en la plaza, te espero acá hasta que vengas, sea la hora que sea.

CAPÍTULO 21

Después de meditarlo demasiado y debatir el tema con sus amigas, Bianca llegó a la conclusión de que moría por verlo, pero por sobre todas las cosas necesitaba una explicación.

Todos los días en algún momento recordaba todo el episodio y no le gustaba la idea de no poder cerrar el tema. Necesitaba saber qué había pasado para poder dejarlo atrás para siempre.

Antes de salir de la casa de Cielo hacia la plaza que quedaba a dos cuadras, decidió pintarse los labios y cambiar su *look* clásico. Quería demostrarle que aunque se había salido

con la suya, la había lastimado, la peor parte era que la había perdido para siempre.

Mara le hizo una vez más unas trenzas cosidas y le prestó el top que llevaba puesto. Estaba cansada de verla todos los días con una camiseta blanca básica. Ahora parecía otra persona. El top violeta le quedaba increíble porque ese día justamente había salido de su zona de confort y se había puesto unos jeans celestes que destacaban mucho más su figura.

—¿Quién te conoce, Tamara? —gritó Mara a los cuatro vientos cuando vio a su amiga tan linda.

Bianca soltó una carcajada, estaba insegura porque no se sentía del todo

ella misma, pero estaba satisfecha con el cambio. Sus amigas de Bariloche le habían insistido mil veces que probara, pero hasta ese momento no lo había creído necesario.

La verdad era que estaba contenta con quién era y cómo era, siempre se había sentido segura, pero las últimas semanas habían sido duras. El hecho de que Augusto la hubiera usado la hacía sentirse fea y triste, así que creyó que era el momento de hacer un cambio mínimo que la ayudara a sentir más confianza.

Cuando llegó a la plaza, esperó encontrarse con mil cosas, desde Tamara riéndose de ella hasta a Augusto con otra chica. Pero no, ahí estaba Augusto,

sentado debajo de un árbol,
esperándola.

¡Qué bronca le daba que fuera tan lindo! A la distancia ya veía lo hermoso que era, le gustaba desde la punta del pelo hasta el dedo gordo del pie. No tenía un solo defecto, o al menos, el enamoramiento no le permitía verlos.

Caminó nerviosa pero segura, se sentó junto a él y no dijo nada. Así pasaron unos minutos, tal vez una hora, en la que ni Bianca ni Augusto pronunciaron palabra, ni siquiera se miraron. Permanecieron apoyados en el tronco del árbol, estudiando el paisaje.

La plaza del barrio era chiquita y casi nunca había gente, solo algunos chicos en los juegos y alguna pareja besándose,

lo que no era su caso porque Bianca y Augusto no estaban en su mejor momento.

—Sé que no es suficiente, pero quiero pedirte disculpas por lo que pasó. Pensé solo en mí y nunca me di cuenta de que podía lastimarte —dijo Augusto, que seguía mirando hacia delante.

—¿En cuál de las posibilidades que analizaste existía la chance de que no me doliera lo que hiciste? —preguntó Bianca enojada, y dirigió su mirada directamente a los ojos de Augusto.

—No sé, no es que hubiera planificado hacer algo, estábamos bien pero odiaba no poder contárselo a todo el mundo, creo que por eso exploté.

—¿No era más fácil hablarlo

conmigo? —preguntó con el mismo tono severo e insistió—: ¿Preferías que todo el mundo te viera tratándome mal a ocultarles que estábamos juntos?

—Bianca, no sé qué estaba pensando, hice lo que hice y cuando me di cuenta, ya era tarde.

—No te creo, no creo nada de lo que estás diciendo, no fue un acto impulsivo, seguiste riéndote durante toda la clase de ciencias y nunca más me dirigiste la palabra —le reprochó.

—No te dirigí la palabra porque sabía que estabas enojada, estaba intentando que me conocieras y conociste lo peor de mí.

—Conocí lo que todos conocemos: disfrutás haciéndole daño a la gente y no

te detenés a pensar que tal vez ahora hay alguien llorando en su casa por algo que vos le hiciste en el colegio —dijo Bianca terminante.

—No soy así, dame una oportunidad —rogó y por primera vez desde que había comenzado la charla, la miró a los ojos—. Estás hermosa, sos hermosa, no puedo dejar de pensar en vos.

—¿Te acordás de que esto comenzó conmigo dándote una oportunidad? —preguntó Bianca, pero con un tono más tranquilo—. ¿Cómo puedo creer que esta oportunidad no va a terminar como la anterior?

—Ahora que sé lo que es tenerte y no tenerte, voy a estar más consciente de lo que hago, te prometo que es la última

oportunidad que te pido —le dijo acercándose a su boca y besándola suavemente en los labios.

Eran aproximadamente 876 las mariposas que aleteaban en el interior de Bianca, que quería seguir con su discurso de chica enojada y se moría por decirle que lo perdonaría una y mil veces. Hubo otro silencio largo, fueron más de treinta minutos, pero esta vez, tomados de la mano.

—El sábado es mi cumpleaños —dijo Augusto para romper de nuevo el silencio.

—Qué bueno, no sabía. —Intentaba ser más cordial que unos minutos atrás, pero no lo lograba del todo.

—Hay muchas cosas que no sabés de

mí —dijo acercándose y besándola una vez más—. ¿Me vas a dar una última oportunidad?

—Ok, vas a tener una nueva oportunidad, pero de a poco, no es tan fácil olvidarse de lo que hiciste.

—Te puedo esperar toda la vida.

—¿Por qué no escribís un libro de poemas? Te sale perfecto decir cosas lindas, pero en la práctica no te va muy bien.

—Vos tendrías que practicar ser más fea cuando te enojás, así no me incentivás a hacerte enojar.

Bianca se rio. Por dentro tenía nuevamente miles de sentimientos encontrados, todavía estaba un poco inquieta por haberlo perdonado, sus

amigas la iban a matar. Pero al mismo tiempo, cuando él estaba a su lado era cuando se sentía mejor.

—¿Vas a venir a mi cumpleaños? Es una fiesta de disfraces en el *country*, vamos a tener transporte que nos lleve y nos traiga, y mi novia no puede faltar — dijo con una sonrisa.

—Primero dejemos en claro que no voy a ser tu novia hasta que pases la prueba de ser bueno no solo conmigo, sino con la gente en general.

—Ok, prometo ser un poco más bueno, pero tampoco me cortes las alas —se rio.

—Alas tienen los ángeles, vos no.

—Bueno, ¿te espero en mi cumpleaños?

—Solo con la condición de que invites a mis amigas y le pidas disculpas a Cielo.

—Me cae mal —dijo negando con la cabeza, pero se detuvo cuando vio la cara de Bianca—. Ok, lo hago por vos nada más, porque me cae mal.

—Es mi mejor amiga. Si querés una oportunidad conmigo, lamentablemente vas a tener que ganártela a ella. Además, ni siquiera la conocés.

—¿Vos elegís con algún método especial a tus amigas? —preguntó con una sonrisa—. Entre Cielo que es mala onda, Mara que está loca y Guillermina que anda cocinando tortas por la vida, no sé quién es peor.

—¿Vos viste a tus amigos? Tamara no

se cansa de fracasar y Franco tiene miedo hasta de respirar.

Se rieron, se besaron, hablaron de cómo iban las series que habían mirado juntos antes del desastre de la clase de ciencias y definieron ciertas reglas de convivencia.

—¿Esta vez voy a poder estar con vos delante de todo el mundo o me voy a tener que seguir escondiendo?

—Sí, vas a poder, porque estoy apostando a que eso fue el disparador de lo que pasó, pero a la primera oportunidad que me hables mal delante de los demás, te olvidás de mí para siempre. —Bianca sabía que estaba loca por perdonarlo, pero al menos quería dejar las cosas claras para sufrir lo

menos posible.

—Te prometo que voy a pensar antes de hablar, pero tratá de controlar a tu amiga por favor.

—No voy a controlar a mi amiga, ella es la persona que más me importa, vos tenés que adaptarte a ella.

—¿Cielo te importa más que yo? — preguntó sorprendido.

—Claro que sí, ella nunca me haría llorar, en ese solo punto ya vas perdiendo.

—Ok, pasame el celular de tus amigas, yo mismo las voy a invitar a mi cumpleaños —dijo sacando el celular del bolsillo—. No te olvides de que es una fiesta de disfraces, si Cielo quiere disfrazarse de sapo con una camiseta

verde ya está bien.

Bianca se quedó en silencio y él se rio.

—Era un chiste.

—No es gracioso.

—Ok, ¿tampoco puedo hacer chistes?

—Burlarse de la gente no es chistoso

—dijo enojada.

—Ok, lo tengo en cuenta, todo sea por mantener a mi reina al lado mío —dijo y durante la hora que siguió, no se cansó de besarla.

Camino a su casa Bianca no sabía qué pensar: le había resultado muy sencillo perdonar la humillación de Augusto y había estado con él en la plaza de la mano como si nada hubiese pasado. Realmente no entendía lo que estaba haciendo, pero hacía semanas que no

estaba tan contenta. Lo había extrañado mucho y sentía que necesitaba esos besos para seguir viviendo.

Pensó en sus amigas. Esta vez sí iba a tener que escuchar el sermón de Cielo, porque iba a tener razón, y lo peor de todo era que iban a recibir un mensaje de Augusto invitándolas personalmente a su cumpleaños. Por un lado, le causaba gracia imaginar el instante en que recibirían el mensaje, pero por el otro, no quería enfrentarse a sus reproches. Eran sus amigas, la habían apoyado mucho los últimos días, pero estaba demasiado feliz con lo que acababa de pasar; no quería que le pincharan el globo, así que llegó a su casa y decidió ponerse a estudiar un rato. No entró a

WhatsApp para que no vieran que estaba *online*.

Estuvo aproximadamente dos horas tratando de estudiar, pero no le resultó nada fácil: se la pasó recordando cada palabra que había dicho Augusto.

¿Realmente era posible que una persona actuara así frente a alguien que quería? No tenía ganas de amargarse, así que agarró lápiz y papel y empezó a dibujar.

Últimamente le costaba mucho dibujar; no sabía bien por qué, pero no lograba concentrarse. Lo intentó un rato hasta que se dio cuenta de que ningún plan que no incluyera a sus amigas era bueno, así que agarró el celular y vio que tenía 348 mensajes no leídos de WhatsApp. Eran 346 del grupo y dos de Augusto

preguntándole si había llegado bien.

Bian

Chicas, volví.

¡Al fin! ¡Pensamos que Disgusto te había secuestrado!

Mara

Bian

¿Disgusto? 😊

Sí, es el nuevo apodo.
Estoy pensando otro para Tamara pero no estuve muy inspirada hoy.

Mara

Guille

Holaaaa, ¿cómo te fue?

Bian

¡Hola, Guille!

Dale, Bian, contanos cómo fue que lo perdonaste.

Cie

¿Qué? ¿Lo perdonaste?

Mara

Guille



Bian



Bian

No me reten.

¡Yo las voy a retar a las dos!
¿Por qué hablan por privado?

Mara

Guille

No da.

Bian

No hablé con Cielo.

No hablamos, pero la conozco. Disgusto hace estragos con esta chica.

Cie



Cie

Bian

Me pidió perdón y aunque no le creo, lo perdoné.

Qué coherente.

Mara

Guille

Contanos bien, Bian, ¿qué pasó?

Bian

Eso, me pidió disculpas, dijo que había explotado por la impotencia de no poder contarle a todo el mundo que estábamos juntos.

Le dije todo lo que pensaba,
pero me pidió una última
oportunidad y se la di.

Bian



Cie

Basta, Cielo.

Bian



Cie

Está bien, Bian, vos sabés lo que querés. Está perfecto que le hagás caso a tu corazón.

Guille

Estamos con vos, así que si Disgusto se manda otra, ya va a ver...

Mara

Bian Hay algo más.

El sábado es su cumpleaños y el viernes hace una fiesta de disfraces, estamos todas invitadas.

Bian

Siiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii 🎉

Mara

Decime que es un chiste.

Cie

Guille, seguro va Franco.

Mara

Guille Obvio que va a ir.

Guille Con Tamara. 🖱️

Bian ¿Vamos, no?

No cuenten conmigo.

Cie

Bian Dale, Cielo, necesito que vengas.

Yo te acepto a Disgusto sin problemas, pero tampoco voy a ir a cortar la torta a su cumpleaños.

Cie

Bian Realmente quiere que vayan, les va a escribir él personalmente.

¿Le diste mi celular?

Cie

Bian Sí, Cielo, es tiempo de que superes eso de no darle el celular a nadie.

Es verdad, Cielo.

Mara



Mara

¿De qué nos vamos a disfrazar?

Mara

Eu.

Mara

Ok, se durmieron.

Mara

CAPÍTULO 22

Había llegado el día de la fiesta y el único motivo por el que habían decidido ir era por Bianca. Augusto las había invitado personalmente y no les había quedado otra que ser amables con él, aunque tampoco habían sido un derroche de simpatía.

Durante la última semana, Bianca y Augusto habían pasado prácticamente todos los días juntos y ella había llegado a la conclusión de que hacer pública su relación era positivo. Ahora que todos estaban enterados, podían hablar y estar juntos todo el tiempo que quisieran sin esconderse.

De todos modos, Bianca pasaba casi

todas las mañanas con sus amigas, le hacía bien conversar con ellas. En poco tiempo se habían transformado prácticamente en sus hermanas y muchas veces se había atrevido a imaginar qué difícil hubiese sido vivir en Buenos Aires si el destino no las hubiese reunido en el momento justo.

Con Augusto todo iba bien, aunque trataba de alejarse cuando Tamara estaba revoloteando cerca. Lo bueno era que no se había tomado muy bien lo de la relación, así que estaba un tanto alejada y pasaba más tiempo que nunca encima de Franco o con sus súbditas haciendo maldades.

Obviamente, Mara se había encargado de los disfraces sin siquiera preguntarle

al resto. De todas formas, accedieron cuando se enteraron de que los tenía casi listos. El problema fue persuadir a Cielo de que usara el disfraz que le había diseñado Mara. Insistía en ir disfrazada de tortuga ninja y tuvieron que hacer intervenir a su *Internet Best Friend* para que la convenciera.

Finalmente, se reunieron en la casa de Cielo para prepararse. Guillermina había llevado su maquillaje y Mara había llegado cargadísima con todos los disfraces. Mientras Bianca chateaba con Augusto, Cielo actualizaba su novela de Wattpad porque había tenido un brote de inspiración.

El disfraz de Guillermina era un sueño hecho realidad. Cuando lo vio, abrazó a

Mara e inmediatamente se lo probó. Era un conjunto de top y falda corta acampanada de color fucsia y traía como accesorios una peluca fucsia, botas con peluche de colores y una vincha con orejas y cuerno de unicornio con los colores del arcoíris. Aprovechó que había llevado mucho maquillaje para aplicarse purpurina y pestañas postizas de colores.

Mientras Guillermina se preparaba, Mara hacía lo propio. Había decidido vestirse de cowboy, así que fue muy simple armar el disfraz: shorts de jean, camisa a cuadros, dos trenzas, botas texanas de cuando su mamá era adolescente, bandana en el cuello y sombrero. Guillermina la ayudó con el

maquillaje: un poco de máscara de pestañas y labios bien rojos.

Era el turno de Cielo, que todavía estaba indignada porque le habían vetado el disfraz de tortuga ninja, pero de todos modos la idea de Mara no le disgustaba. Iba a ir vestida de indígena, así que después de ponerse el vestido con flecos, las botas y los mil accesorios que había hecho Mara, Guillermina le hizo dos trenzas y la maquilló a la perfección, marcando unas líneas de color blanco y rojo en las mejillas.

Como Bianca estaba en otro mundo, fue la última en prepararse. Mara le había conseguido un vestido blanco corto y una peluca del mismo color para

que se disfrazara de la Reina Blanca. Tenía unas botas blancas al tobillo y cuando Guillermina terminó de pintarle los labios de morado, Mara la llenó de accesorios. Estaban listas.

Fueron a la plaza desde donde salían las camionetas hacia el *country*. Estaba prácticamente todo el curso, nadie quería perderse la fiesta de Augusto. Todo el colegio hablaría de eso la semana siguiente, era importante no quedarse afuera.

La casa de Augusto era un sueño. Mucho jardín, que para esa época era perfecto porque empezaba a hacer calor, una pileta y bebidas para todos los gustos. Las chicas estaban fascinadas, todas excepto Cielo, que fantaseaba con

estar en su casa viendo alguna serie en la cama.

Además de los compañeros del colegio, estaban los amigos de Augusto del club, de la clase de inglés y del barrio. Era mucha gente y todos iban disfrazados. La música empezó a sonar.

Guillermina había intentado ignorar a Franco durante el viaje, porque por esa maldita suerte que la acechaba últimamente habían coincidido en la misma camioneta con él y su novia. Estaban disfrazados del Joker y Harley Quinn, y Cielo estaba furiosa porque lo consideraba muy cursi. Guillermina se lo tomaba más a pecho: que se hubieran puesto de acuerdo en el disfraz, le daba la pauta de que estaban más unidos que

nunca.

Allí estaba, casi deprimida junto a Cielo que no dejaba de tuitear. No entendía cómo lograba armar tuits de todas las situaciones de la vida.

@pegaso_rosado

¿Algo más cursi que ponerte de acuerdo con tu novio para ir disfrazados como pareja a una fiesta?

Guillermina miró el celular de su amiga y se rio al leer el tuit, pero Cielo cerró abruptamente la app y le hizo un gesto. Franco estaba al lado.

—Lindo disfraz, siempre tan colorida —dijo Franco con una sonrisa.

—Sí, es un poco más alegre que el tuyo.

—Y menos clásico, pero bueno... es mi disfraz de cabecera, a todas las fiestas voy de Joker.

—Qué bueno, así tu novia y vos no tienen que ponerse de acuerdo cada vez que hay una fiesta.

—En realidad, de haber sabido que se iba a disfrazar de Harley Quinn, hubiese cambiado el mío. Es medio cursi esto de venir los dos vestidos como pareja.

—La coherencia ante todo, me parece muy bien —interrumpió Cielo—. Perdón, es que sinceramente lo cursi me hace mal a la salud, es como si me quemara por dentro. Voy a buscar algo para tomar.

Los chicos se rieron y continuaron la charla.

—Me debés los *cupcakes*, no me olvido —dijo él.

—No recuerdo habértelos prometido.

—Tampoco me los negaste. Con el estudio ya estoy mejor, pero los *cupcakes* y un rato con vos todavía los estoy necesitando.

—Un rato conmigo para hacerme cocinar, ¿no? —se rio.

—No, un rato con vos me alcanza, podemos escuchar música y descubrir con cuántas canciones nos identificamos.

—Tengo sed —dijo Guillermina, porque no sabía cómo responder a las indirectas de Franco.

—Vamos a buscar algo para tomar y

mientras tanto, me contás un poco más sobre las ciudades donde viviste. Mi sueño es viajar mucho.

—Bueno, viajar es lindo, y vivir en distintos lugares te enseña muchas cosas, tenés que aprender por obligación, así que la motivación es mucha.

—¿Cuál de todas las ciudades extrañas más? —le preguntó mientras le servía jugo de naranja.

—Un poquito de cada una, pero siento que me quedó algo pendiente con Ámsterdam. Era chiquita y me costó acostumbrarme, hacía mucho frío en invierno y si bien después viví en Chicago, donde el frío es peor, la pasaba mal —confesó.

—Bueno, tal vez tenés que volver para amigarte con la ciudad.

—Sí, me encantaría, nos tuvimos que ir de un día para el otro. Nunca supe bien qué había pasado, tenía seis años y mis papás no nos explicaron por qué lo trasladaban de la noche a la mañana.

—¿En Buenos Aires vas a estar poco tiempo también? —interrumpió.

—Lo dudo, mi papá dijo que ya no va a hacer traslados. Por un lado estoy contenta, no me gustaría dejar a mis amigas. No me cuesta hacer amigos nuevos, pero ellas son especiales.

—Gracias por la parte que me toca. Guillermina se rio hasta que una vez más vio que Tamara se acercaba. No tuvo mejor idea que darse vuelta e irse

hacia donde estaba Cielo, tuiteando.

@pegaso_rosado

Yo les prometo que
un día me voy a
disfrazar de tortuga
ninja.

CAPÍTULO 23

Mucha gente, buena música y anécdotas divertidas equivalían a una fiesta que iba viento en popa, pero que se podía desbarrancar en cualquier momento.

Bianca repartía el tiempo entre Augusto y sus amigas, pero le resultaba insoportable estar cerca de Tamara, que era soberbia, fastidiosa y además, siempre hablaba a los gritos para ser el centro de atención.

Lo peor era que cada vez que estaban juntos, se sumaba para hacer comentarios con el único objetivo de demostrarle a Bianca que conocía a Augusto mejor que ella. No la toleraba.

Podía aceptar que Augusto y Tamara tenían una larga relación de amistad, pero no entendía el porqué de la competencia.

Estaba cansada de soportarla, así que le dijo a Augusto que se divertiera con sus amigos mientras ella iba un rato con las suyas. Bailaron, comieron y tomaron, y luego bailaron un poco más. Cielo intentaba hacer algún movimiento con el pie cada dos o tres horas, porque odiaba bailar, pero al menos le ponía ganas.

Mara había tenido que dividirse entre los miles de amigos que ya tenía en esa fiesta y los muchos futuros amigos con los que había estado hablando.

—Yo no puedo creer las ganas que tenés de interactuar con la gente —le

había dicho Guillermina sorprendida.

—Me encanta conocer gente nueva.

—Sinceramente, te admiro —dijo

Bianca entre risas y Cielo la interrumpió.

—¿Admirarla? ¿Vos sabés el trabajo que le debe llevar estar al corriente de las últimas novedades de la vida de todos sus amigos? Pensá el tiempo que invierte en ir a cumpleaños y en agendarlos todos en el celular, entro en pánico de solo pensarlo.

Justo en ese momento, Guillermina se dio cuenta de que había estado todo el tiempo sin el teléfono, lo había dejado en la cartera y se había olvidado por completo de avisar a sus papás que había llegado bien. Salió corriendo

hacia la casa para buscarlo en la cartera, que ni siquiera sabía dónde estaba.

Buscó por todos lados hasta que logró dar con una habitación donde estaban todos los abrigos. Allí estaba su celular con mil y una llamadas perdidas. Se sentó en el piso para no perder tiempo y le escribió a su mamá para avisarle que estaba todo bien.

—Quiero que me digas cuánto te importo del 1 al 10. —Escuchó Guillermina que decía alguien en el cuarto de al lado, donde claramente estaba todo oscuro. Se acercó gateando para escuchar mejor.

—¿Qué te pasa? Me voy a ir de acá ahora —respondió la otra persona. Guillermina se acercó, quería ver

quiénes eran.

Augusto se estaba yendo de la habitación y Tamara iba detrás. Se escondió, no podía arriesgarse a que la vieran, algo andaba mal.

—Augusto, no podés estar con ella, no te puede gustar más que yo —le dijo.

—Tamara, cualquier chica me gusta más que vos. Sos mi amiga y la novia de mi mejor amigo, vos no estás bien —le dijo acercándose, pero se echó hacia atrás cuando escuchó unos pasos.

Tamara y Augusto se fueron, pero había alguien más y Guillermina no podía arriesgarse a que esa persona la viera, así que esperó unos minutos hasta que vio salir a alguien corriendo. Entre tanta gente que había en la fiesta, no

pudo ver quién era, solo llegó a notar que tenía una capa roja.

Guillermina esperó unos segundos más antes de salir, no podía creer lo que acababa de escuchar. ¿Tamara sentía cosas por su mejor amigo? ¿Y Franco?

Volvió hacia donde estaban sus amigas con una cara que denotaba que algo estaba pasando. Miró para todos lados y los vio. Augusto estaba en la otra punta, hablando con Federico, y Tamara estaba sentada con sus súbditas cerca de la pileta, pero lo suficientemente lejos de ellas como para que no hubiera riesgos de que escuchara.

—Acabo de presenciar algo terrible —dijo Guillermina en voz baja—. Tamara le estaba diciendo a Augusto que

no podía estar con vos —relató señalando a Bianca—, que no podías gustarle más vos que ella.

Las chicas se quedaron paralizadas, estaban estupefactas.

—Yo les dije que estaba insoportable, que quería demostrarme que lo conocía más que yo —dijo Bianca.

—Perdón, pero yo no puedo creer que a un idiota como Augusto lo persigan tantas chicas. La juventud está perdida —dijo Cielo mientras las demás se reían.

Fueron solo unos segundos de charla, pero el daño estaba hecho y fue total. Augusto se plantó frente a Cielo y no midió ni una sola palabra.

—¿Qué hacés en mi cumpleaños si

pensás que soy un idiota? —gritó y llamó la atención de todos.

—Estoy en tu cumpleaños para acompañar a mi amiga. Si dependiera de mí, no estaría acá —respondió.

—Como podrás ver, yo no invito sapos a mi cumpleaños. Lo hice prácticamente por obligación hacia tu amiga, que quería hacerse rogar.

—Augusto, ubicate —dijo Bianca bruscamente.

—No tengo la menor intención de ubicarme, ¿qué clase de novia sos que tu amiga dice que soy un idiota y te reís?

—Augusto, fue una conversación en la que no estabas, quien te haya ido con el cuento, te contó las cosas de otra manera —explicó Bianca.

—Nadie me vino con el cuento, yo mismo lo escuché.

—¿Cómo podés haberlo escuchado si estabas en la otra punta de la fiesta?

Augusto se quedó un rato mirando al grupo y se fue. Después de unos pasos se dio vuelta y les pidió que se fueran. No podían esperar a la camioneta. Vaya a saber cómo iban a llegar a sus casas.

No tenían alternativa: tuvieron que llamar a Carolina. La mamá de Mara era la más compinche y la única que iba a entenderlas sin sermones de por medio.

La esperaron en una estación de servicio cerca de la fiesta, hasta que llegara en remís a buscarlas. Bianca no hablaba, estaba muy decepcionada, otra vez le había hecho lo mismo. La había

invitado a su cumpleaños y, como la Cenicienta, había terminado con la carroza hecha calabaza. No podía creer lo estúpida que había sido.

Mientras se lamentaba, por la cabeza de Guillermina, Mara y Cielo pasaba otra cosa. Estaban seguras de haberlo visto a Augusto en la otra punta, él no podía haber escuchado la conversación, la única posibilidad era que alguien le hubiera ido con el cuento, pero... ¿quién? No recordaban quién estaba cerca, pero Guillermina aún tenía en la cabeza el episodio de Tamara, Augusto y la persona misteriosa de la capa roja.

Siguieron dándole vueltas al tema hasta que llegó Carolina, que les propuso que se quedaran a dormir en su

casa. Sus papás ya estaban al tanto de todo.

La vuelta en el remís fue uno de los momentos más tristes que Bianca había vivido desde que estaba en Buenos Aires. Realmente había pensado que Augusto podía cambiar, que iba a poder controlarse.

No podía creer que el cumpleaños que tanto había esperado, para el que se había preparado con tanto entusiasmo, hubiera terminado así. La había llevado como su novia y la había echado de su fiesta por una estupidez. Sin embargo, lo que más bronca le daba era que estaba mintiendo. Cualquiera de los presentes podía darse cuenta de que no había la más mínima chance de que hubiera

escuchado esa conversación.

Bianca estaba segura de que estaba utilizando el episodio como excusa. Tal vez se había cansado de ella. ¿Y si la declaración de Tamara tenía algo que ver? Estaba yendo en círculos, no podía dejar de volver al mismo punto. No había avanzado, había retrocedido mil casilleros.

Sus amigas habían descartado las teorías conspirativas y se mantenían en silencio, porque sabían que la cabeza de Bianca era un torbellino. Sacó el celular y tenía varios mensajes en WhatsApp.

Augusto Metí la pata otra vez.

Augusto ¿Te fuiste?

Augusto Respondeme, por favor. Perdoname, no me pude controlar.

Augusto Necesito que me digas que me vas a dar una oportunidad.

Perdiste tu oportunidad y más rápido de lo que pensaba.

Bian

Augusto Volvé, hablemos.

Ya son las 12. Feliz cumpleaños, borra mi número y no me escribas nunca más.

Bian

CAPÍTULO 24

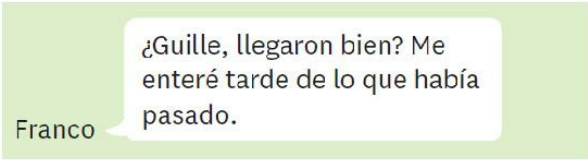
El día siguiente fue de esos para olvidar. Bianca se había dormido llorando y cuando se despertó, le estallaba la cabeza. Cuando abrió los ojos y recordó lo que había pasado no lo podía creer. Sentía que estaba atrapada en un constante *déjà vu*. Por suerte, estaban ahí sus amigas y Carolina había hablado con sus papás, de modo que no tenía urgencia alguna en volver a su casa.

Desayunaron calladas y Bianca releyó varias veces la última charla con Augusto. Lo último que quería era borrarlo de su vida, pero era tiempo de actuar con la cabeza y no con el corazón,

no podía seguir más así.

Definitivamente, Augusto no era lo que esperaba y tampoco iba a serlo. Solo podía estar con una persona como Tamara, soberbia y cruel como él.

El celular de Guillermina rompió el silencio:



¿Guille, llegaron bien? Me enteré tarde de lo que había pasado.

Franco

Sí, estamos bien.

Guille

Franco

¿Cómo está Bianca?

Mal.

Guille

Franco

Augusto está arrepentido, fue un impulso, le molestó que Bianca se riera cuando Cielo dijo que era un idiota.

No fue así, estábamos hablando en broma, por eso se rio. Sacaron la frase de contexto.

Guille

Igualmente Augusto no escuchó nada, porque estaba en la otra punta de la fiesta.

Guille

Franco

Él dice que la escuchó.

Te debo miles, voy a averiguar todo lo que pueda. Sabés que contás conmigo para lo que necesites y que podés confiar en mí para lo que sea.

Franco

Igualmente, gracias, hablemos más tarde.

Guille

La culpa que sintió Guillermina con el último mensaje de Franco no tenía nombre. Confiaba en ella mientras ella le ocultaba lo que pasaba entre su novia y su mejor amigo. No sabía qué hacer, con el lío generalizado que había, en lo último que había pensado era en el secreto que había descubierto sobre Tamara y Augusto. ¿Quién era el de la capa roja?

Pasaron la tarde juntas y decidieron continuar con una pijamada, pero esta vez en la casa de Cielo. Era un fin de semana atípico y Carolina había hecho de intermediaria para que sus papás fueran más comprensivos de lo normal.

El objetivo central era levantarle el ánimo a Bianca, pero la realidad era que

también tenían que hablar de lo que había pasado, así que después de horas de ver series y pintarse las uñas, Guillermina sacó el tema:

—¿No opinan que más allá de que Augusto es un idiota ayer pasaron cosas raras?

—No sé si fueron cosas raras, pero pasaron cosas y estoy segura de que más de las que sabemos —dijo Bianca.

—En todos los grupos de WhatsApp en los que estoy se comentó que pasaron cosas raras, había mucha gente, eso siempre trae problemas —agregó Mara mientras revisaba las conversaciones.

—Yo creo que todo empezó con el episodio de Tamara y Augusto, aunque no sé cómo unirlo con lo que pasó

después —analizó Cielo mientras Guillermina asentía.

—Para saber qué pasó tenemos que conocer la historia completa y el único que puede contarla es el de la capa roja.

—Lindo sería saber quién era —dijo Cielo desanimada.

—Tenemos que organizarnos. Mara, pedí fotos de la fiesta en todos tus grupos mientras Cielo busca en Twitter lo que pueda haber subido alguien.

Guille, nosotras dos miremos en Facebook, algo tenemos que encontrar —dijo Bianca repentinamente activa.

Hicieron una búsqueda exhaustiva y encontraron cinco disfraces que incluían capa roja: un Superman, un Thor, una Caperucita Roja, un diablo y un

vampiro. Solo identificaron a uno: Caperucita Roja era Chiara, una chica del curso que recientemente había sido incluida en el equipo de hockey. ¿Lo más curioso de todo? Era una de las súbditas de Tamara.

Con esta pista estuvieron atando cabos hasta tarde y llegaron a la conclusión de que si era Chiara quien había escuchado la conversación entre Tamara y Augusto, nunca se iba a enterar nadie.

Por otro lado, no terminaban de entender cómo habían ido tan rápido a contarle a Augusto lo que había dicho Cielo. No había margen de tiempo, la única posibilidad era que realmente las hubiera escuchado, pero claramente era imposible.

@pegaso_rosado

¿Existe realmente el
oído biónico?

Mientras Cielo hacía *brainstorming* en Twitter, Mara estaba buscando datos acerca de Chiara. Si tenían en cuenta que era amiga de Tamara, irle con el chisme a Augusto para que se peleara con Bianca tenía sentido. Pero si eran honestas, estaban acusándola solo por haber estado dentro de la casa en el momento justo y eso nada tenía que ver con la conversación que había desencadenado la pelea de Bianca y Augusto.

A raíz de los acontecimientos que habían sucedido ese amargo fin de

semana, Cielo llevaba varios días sin hablar con Agustín que, para su sorpresa, la llamó por teléfono riéndose por su último tuit.

—Estuve todo el fin de semana entretenido con tus tuits, Cielito.

—Tengo que confesarte que fuiste el único que se divirtió, vivimos un desastre — resumió Cielo con dramatismo.

Hablar del tema con Agustín era interesante porque era más grande y era varón, les brindaba una perspectiva diferente. De todos modos, en parámetros generales pensaba lo mismo que ellas: Augusto era un idiota, no se merecía a Bianca y había que mantenerse lejos de Tamara.

Formularon algunas teorías juntos sobre Caperucita Roja y llegaron a la misma conclusión que antes: si era Chiara la misteriosa invitada de la capa roja, no iba a traicionar a su amiga. Que Franco todavía no se hubiera enterado de nada confirmaba sus sospechas de que el testigo de la escena estaba cubriendo a Tamara.

—Yo creo que el tema central es que le dijiste idiota a Augusto y te escuchó —dijo Agustín entre risas.

—¿Te das cuenta de que no es gracioso?

—Sí, lo sé, pero es que sos tan Cielo que a veces me sorprendés —se puso serio—. ¿No probaste pedirle perdón? Tal vez se excedió en agredir a Bianca,

pero se merecía tus disculpas.

Cielo no podía entender cómo no se había dado cuenta antes, en ningún momento se le ocurrió pedir disculpas, solo se escudó en que no podía ser que la hubiera escuchado. Tenía que disculparse en primer lugar con Bianca y después con Augusto. De todas maneras, seguía insistiendo en que era imposible que la hubiera escuchado a esa distancia.

—Nada es imposible, un día te lo voy a demostrar —le dijo Agustín.

CAPÍTULO 25

Agustín había nacido en Viedma, al sur de la Argentina, pero cuando solo tenía un año con su familia se habían mudado a Buenos Aires, así que todos sus recuerdos eran de esta ciudad.

Su vida había sido compleja desde el principio. Había perdido a su papá a los dos años y lo peor era que no lo recordaba. Solo tenía fotos, algún video y lo que le contaba Fabiola, su mamá.

Máximo era médico y según su mamá era amable, sincero, comprensivo y, por sobre todas las cosas, muy buena persona. Todos los que lo habían conocido coincidían en que era una de las personas más inteligentes que habían

encontrado jamás. Decían que estaba abocado a su trabajo, pero que su mayor interés siempre había sido ayudar a los demás. No por nada era médico.

El paso de los años había transformado a Agustín en una fiel réplica del padre. Él también era inteligente y una buena persona, pero el parecido físico, sobre todo, era sorprendente, motivo por el cual desde pequeño había visto el asombro en el rostro de los amigos de sus padres a medida que lo veían crecer.

Ambos eran altos, de hombros anchos y cabello negro. Los ojos eran casi tan negros como el pelo, y la nariz parecía dibujada con un pincel. Tenían pestañas mucho más largas que la media y cejas

gruesas, labios carnosos y una mirada imponente. Sus manos eran grandes y sus dientes pequeños. Tenían rasgos idénticos, como si Agustín solo hubiese heredado la carga genética de su padre. Eso le gustaba, sentía que no lo había podido conocer a fondo, pero que llevaba algo de él fuera a donde fuera.

Sin embargo, lo peor de su historia pasó cuando tenía 10 años. Era un 14 de febrero de mucho calor y el mejor plan era pasar la tarde entera en la pileta.

Ese día estaba con Baltazar, uno de sus mejores amigos, hijo de Clara y Marcos, los mejores amigos de sus papás. Ellos habían sido una fuente inagotable de apoyo para Fabiola cuando Máximo había muerto en el trágico accidente

automovilístico.

Habían pasado un buen rato en la pileta cuando Agustín decidió ir a su cuarto en busca de algunos elementos que necesitaban para un experimento acuático que estaban haciendo. Ese fue el momento exacto en que descubrió que había vivido diez años en una telaraña de mentiras.

—¿Vas a decirle la verdad alguna vez?
—le estaba diciendo Clara a su mamá.

—Es muy complejo y es muy chico todavía.

—Va a enterarse, es mejor que lo sepa por vos —le aconsejó su amiga, mientras Agustín escuchaba detrás de la puerta.

—Ya habrá tiempo de que se preocupe

por estas cosas, mientras tanto quiero que sea un niño feliz.

—Entiendo, pero son muy parecidos, nadie que haya conocido a Máximo podría no reconocerlo —insistió.

—Lo sé, pero todavía no es el momento —dijo su mamá e intentó de cambiar de tema, pero Clara insistió.

—Cuando sepa realmente qué pasó con su papá, el reproche y el enojo van a ser solo hacia vos; sé que es duro hablarlo, pero es importante que lo hagas.

Agustín estaba duro, arrodillado detrás de la puerta escuchando una conversación en código que no entendía del todo. Sin embargo, lo más importante quedaba claro: su mamá lo

había engañado durante diez años, ¿qué había pasado con su papá? No sabía qué pensar, todo indicaba que había algo que los amenazaba en silencio. No podía confiar en su mamá, iba a tener que investigar hasta dar con la verdad.

Dedicó los cuatro años siguientes a averiguar todo lo necesario para revelar el misterio. Los primeros meses fueron los más difíciles. No tenía datos concretos, así que solo le quedó buscar indicios en cualquier cosa que tuviera a mano. Buscó fotos de su padre e investigó a cada una de las personas que aparecían en ellas. La gran mayoría eran amigos, pero también había otras personas que todavía no lograba identificar. Guardó las fotos y un diario

con miles de anotaciones que había ido tomando en una caja de cartón que había encontrado en la casa. Con frecuencia cambiaba la caja de escondite: nadie podía encontrarla.

Cada vez que su mamá salía, aprovechaba la oportunidad para buscar entre las pertenencias del padre datos que lo ayudaran a encontrar la verdad y gracias a esto, lo había conocido mucho más. Anotaciones, cartas, fotos y tarjetas lo habían ayudado a entender mejor de quién se trataba: una persona muy querida y, por sobre todas las cosas, muy valorada por su trabajo.

La pesquisa se transformó en su obsesión: el tiempo pasaba y no lograba unir las piezas del rompecabezas. Pasó

por momentos de frustración y cayó muchas veces en la tentación de abandonar todo y resignarse. Necesitaba más información y el método de la caja no le estaba funcionando, así que aprovechó el sótano abandonado, al que su mamá no entraba jamás, para montar una especie de búnker. Allí ataría los cabos sueltos y tendría una visión más coherente y sólida de lo que había indagado.

Era pequeño pero perfecto para él. Desplegó las fotos por toda la pared y unió a quienes tenían algo en común con un hilo rojo. Resaltó con marcador indeleble rojo a aquellas personas que le resultaban extrañas e hizo una tilde de marcador negro en las fotos de quienes

conocía y confiaba.

En el escritorio dejó todo el material que tenía: las agendas de su papá, los diarios, números de teléfono y algunos elementos de medicina que había encontrado en cajas que guardaba su madre. Se tomaba el trabajo muy en serio, había empezado con la investigación a los diez años y estaba a tres días de cumplir los 14, era tiempo de dar un paso adelante y volver a revisar todo lo que había reunido de su papá.

Pasó los tres días que lo separaban de su cumpleaños buscando información. Tenía altibajos: momentos de entusiasmo cuando creía haber encontrado algún dato, y momentos de decepción cuando

no lograba dar una respuesta a los interrogantes que se le presentaban.

Su *break* era Twitter; cada vez que necesitaba despejarse, abría la red social y se descargaba. Tenía muchos seguidores y, sin dudas, se relacionaba más con seguidores de Twitter que con personas del colegio o del club. Hacía algunos días había conocido a una chica que se había transformado en su principal distracción. Cielo tenía 12 años y era de Balcarce; se trataba de una chica muy especial que le había llamado la atención de inmediato. Incluso había dedicado más tiempo del que disponía realmente a conocerla.

Aunque no le había contado nada de su investigación, Cielo lo ayudaba en esos

momentos de frustración y sorprendentemente lo empujaba a seguir con entusiasmo.

@cielitolindo0o0

Feliz cumpleaños
al único que
entiende mi mala
onda

@pegaso_azul

@pegaso_azul

@cielitolindo0o0

¡Gracias, ya es
hora de cambiar
ese nombre de
usuario!

Había sido la primera en saludarlo. En ese momento solo se había preguntado

cómo se habría sentido su papá el día que había nacido. Buscó en la agenda de ese año e intentó encontrar alguna señal, pero lo único que encontró fueron cuentas. Miles de cuentas y solo unas palabras escritas el día de su nacimiento que decían: “Mi heredero no alterno”.

¿Heredero no alterno? Había leído esa expresión muchas veces en distintos diarios y papeles. ¿Qué significaba? Enfocó la investigación en esa única frase, tal vez no era nada, pero había que agotar todas las posibilidades. Fue así que llegó a un diario que nunca había visto antes. Era de color marrón, viejo y gastado. No había un solo centímetro de sus hojas sin anotaciones. Había nombres de personas, algunas marcadas

con una A y otras con una A tachada.
¿Alternos y no alternos? Agustín no entendía nada, pero se sentía más cerca que nunca. Fue de Google al diario y del diario a Google hasta que lo supo. Había llegado al meollo de la cuestión. Al corazón del enigma que trataba de esclarecer hacía cuatro años.

Se dio cuenta de que había hecho el mismo recorrido en la investigación que su papá y había llegado al mismo punto, con una sola diferencia: su papá era un alterno, pero él no.

Faltaba poco, solo entender cómo, cuándo y qué le había pasado a su papá. Tenía toda la información que necesitaba y ya sabía qué regalo de cumpleaños quería de su mamá: respuestas.

CAPÍTULO 26

Ya no podía negarse más, Franco le había insistido demasiado, así que ese día se había dignado a hacer los famosos *red velvet cupcakes*, su gran especialidad, para ir a merendar a la casa de Franco.

Había hecho una docena con la intención de que le quedaran algunos para que probara su mamá. Eran esponjosos y de color rojo, con un leve sabor a vainilla en la masa y una crema de queso que le salía a la perfección.

Los dejó un rato en la heladera mientras se preparaba e intentaba concentrarse para no meter la pata. No podía decir nada de lo sucedido en la

fiesta entre Tamara y Augusto. No se sentía bien ocultárselo, pero tampoco quería meterse en más problemas.

Se puso un short floreado y una musculosa negra y como siempre partió en su bicicleta, tratando de hacer equilibrio con una sola mano porque en la otra llevaba la bandeja de *cupcakes*.

La recibió Torbellino ladrando. Era el cocker más gracioso que había visto, estaba siempre de mal humor y gruñendo, pero era hermoso y estaba prolijamente peinado.

Subieron a la habitación con los *cupcakes* y jugo de naranja que había hecho Franco que quedó asombrado cuando probó los pastelitos.

—Vos tenés algún tipo de magia

oculta, ¡no podés cocinar tan bien! — dijo después de dar el primer mordisco.

—Mucho tiempo libre para leer recetas y ver videos en YouTube —se rio.

—¿Cómo está Bianca? —dijo cambiando radicalmente de tema.

—La verdad es que no está bien del todo, pero sí mejor que el fin de semana pasado.

—Augusto está cada vez peor, realmente está arrepentido —comentó mientras sincronizaba su celular con el reproductor de música.

—Sinceramente no me interesa cómo está. ¿O acaso vos avalás cómo trató a Bianca?

—Claro que no, yo nunca hubiese

hecho eso, pero el último tiempo Augusto me demostró que aunque tiene muchas cosas malas, también tiene otras buenas.

—A Bianca solo le demostró cosas malas, y no merecía nada de lo que le hizo, menos en la fiesta.

—Bueno, la fiesta estuvo muy lejos de ser perfecta —dijo por lo bajo.

—¿Pasó algo más cuando nos fuimos?

—No, pero muchos dijeron que no había estado tan buena como esperaban. ¿Vos cómo la pasaste hasta que pasó la pelea? —La miró a los ojos y el corazón de Guillermina se aceleró.

—Bien, todo normal —dijo cortante.

—Por un momento pensé que estabas dedicándote canciones con alguien más,

habías desaparecido —insistió, mientras Guillermina intentaba disimular el mal momento que estaba pasando.

—No, estuve con mis amigas todo el tiempo, no conocíamos a nadie, esto de ser nuevas... —Los nervios se le notaban demasiado, no podía fingir más así que intentó cambiar de tema, pero no lo logró.

—¿Y qué buscabas en el cuarto de Augusto? —preguntó.

Guillermina quedó unos instantes en silencio, en realidad no había nada que ocultar, pero lo que seguía era algo que le había estado escondiendo y se sentía incómoda. ¿Sabía entonces lo de Tamara y Augusto?

Franco la miraba mientras Guillermina

pensaba qué hacer o decir, pero no hizo falta que agregara nada más.

—Estabas con tus amigas y te vi correr hacia la casa; pensé que te había pasado algo, así que fui detrás de tuyo para alcanzarte.

—No te vi.

—No, porque cuando entré vi a Tamara y Augusto, y me escondí —dijo con tono serio, mientras Guillermina pensaba qué decir.

—¿Llegaste a ver a alguien más? Había una persona con capa roja que no llegué a identificar.

—Era yo, dos minutos antes de que entraras corriendo le había sacado la capa a Chiara y me la había puesto.

Todo encajaba y era más simple de lo

que había imaginado, pero jamás hubiese sospechado que justamente era Franco el que había visto la escena.

—¿Nunca me lo ibas a decir?

—¿Qué? —preguntó para ganar tiempo mientras pensaba una respuesta.

—Lo de Tamara y Augusto.

—La verdad es que no me correspondía. Me sorprendió pero con tanto lío, lo que menos quería era generar más problemas —se excusó.

—¿No generabas lío y yo mientras tanto seguía creyendo que mi novia me quería cuando en realidad intentaba tener algo con mi mejor amigo?

—Lo sé, no fue la mejor decisión, pero sinceramente pensé que ibas a confiar en ella, y yo iba a quedar como una

mentirosa.

—Jamás le hubiese creído a ella, pero ahora tampoco sé si debería confiar en vos.

Hubo una larga pausa. Franco pasaba de canción en canción mientras Guillermina se recriminaba en silencio no haberle dicho lo que había escuchado. Ella había querido evitar hacerle daño y lo había hecho igual, o peor.

—Perdoname, Franco. Sinceramente había mucho lío de por medio, pensé en decírtelo, pero nunca imaginé que fueras a creerme —suspiró—. No tengo la mejor relación con Augusto y Tamara, tenía miedo de que pensaras que estaba inventando una historia, sobre todo

porque todavía me resulta muy confuso lo que pasó.

—Te perdono, no estoy enojado, solo me hubiese gustado que hubieras confiado en mí.

—¿Hablaste con Augusto o Tamara?

—Hablé con Augusto. En realidad él me lo contó anoche, porque antes solo habíamos hablado de su tema con Bianca.

—¿Te lo contó? —se sorprendió.

—Sí. Todavía no hablé con Tamara, pero ya hablaré —suspiró y cambió de tema—. ¿Escuchamos música? Tengo una canción para vos —dijo y puso *I'm a Mess*, de Ed Sheeran

Así fue pasando la tarde. No hablaron ni se miraron. Solo escucharon música y,

al menos para Guillermina, era suficiente. Se sentía bien con él, aunque aún sentía algo de culpa por no haberle contado el secreto de Tamara.

Cuanto más lo pensaba, menos podía creer que hubiera sido él quien había escapado con la capa roja. Nunca lo hubiese imaginado. Era la segunda vez que Franco la desconcertaba de esta manera.

—¿Cómo estás? —dijo en medio del silencio Guillermina.

—Bien —dijo Franco, que estaba sentado en la cama con la espalda apoyada contra la pared—, estoy sorprendido de no haberme sorprendido.

—Lindo trabalenguas —sonrió Guillermina mientras se acercaba para

sentarse justo al lado—. ¿Estás triste?

—Un poco, pero por suerte vos sos muy tierna —le dijo con una sonrisa mientras ella intentaba no ruborizarse—. En realidad, me apena que no me lo haya dicho, yo siempre sospeché que algo pasaba, pero pensé que eran ideas mías, gran parte del tiempo que llevo con Tamara fue porque ella insistió.

—¿En qué sentido?

—No soy el mejor novio, a veces no le doy la atención que merece. Este último tiempo estuve desgano, no sabía si quería estar con ella y todas esas cosas seguramente ella las percibe —explicó.

—Estas cosas pasan: crecemos, nos transformamos, los sentimientos son otros. Es normal que las cosas cambien

y no necesariamente tenemos que obligarnos a continuar de la misma manera —dijo sabiamente Guillermina mientras Franco apoyaba la cabeza en su hombro.

No hablaron mucho más, pero había sido lo justo y necesario como para que Guillermina entendiera que nunca se había equivocado. Con sus defectos, Franco era una buena persona que intentaba hacer lo mejor por los demás. Se había postulado como rey con Tamara contra su voluntad y había continuado una relación aun cuando sus sentimientos habían cambiado, todo por no lastimar a la misma persona que hacía dos días había intentado acercarse a su mejor amigo.

No era cobarde, era alguien que hacía lo mejor que podía. Intentaba hacer justicia en silencio. Era buen amigo y buen novio, y prefería estar mal en silencio antes que lastimar al que tenía al lado. No necesitaba gritar a los cuatro vientos las cosas buenas que hacía, solo le importaba hacer las cosas bien.

Escucharon música y se quedaron dormidos unos minutos; cuando se despertaron, sentados contra la pared del cuarto de Franco, era tiempo de volver a casa.

El recorrido en bicicleta ayudó a Guillermina a aclarar algunas ideas. Estaba orgullosa de haber podido hablar en serio con él. Ahora podía decir que realmente lo conocía y que estaba

enamorada de él por todo lo que era. No sabía si él sentía lo mismo, pero tampoco era momento de pensar en eso.

CAPÍTULO 27

Últimamente Bianca tenía la cabeza en otro lado por cuestiones obvias, pero no poder concentrarse en lo que quería dibujar la sacaba de quicio. Ya había pasado de ser un simple despiste, no podía enfocarse en lo que quería hacer.

Esa tarde intentó en vano dibujar a Neels Visser, un modelo del que estaba perdidamente enamorada, y se cansó después de luchar durante horas. No podía concentrarse porque constantemente se le venían rostros desconocidos a la cabeza. ¿Quiénes eran esas personas? ¿Estaba creando extraños en su mente?

Lo que había empezado siendo algo

raro, se transformó en una preocupación. Siempre se había guiado por fotos a la hora de dibujar, pero al momento de tomar el lápiz sentía ganas de dibujar personas que veía en su cabeza.

Definitivamente le vendría bien tomar distancia del dibujo por una década; lo de Augusto la había afectado más allá de lo normal.

Le faltaba solo un día para cumplir 14 años y lo último que le interesaba era festejarlo. Había pasado poco tiempo desde la pelea con Augusto y había recibido mensajes suyos todos los días, pero no había respondido ninguno. Por supuesto que moría por responderlos, pero todavía conservaba algo de amor propio. No podía escuchar canciones

románticas ni dibujar, pero su autoestima estaba intacta.

Por todas esas razones, había decidido no festejar su cumpleaños, así que había eliminado la fecha de nacimiento de su Facebook para que sus compañeros de la escuela no se enteraran. No tenía ganas de que la saludaran ni de ser el centro de atención.

Sus amigas le habían insistido para que hiciera algo, así que decidió organizar una pijamada. Había comprado esmaltes, mascarillas faciales y otros elementos para hacer una especie de “noche de spa” con sus tres mejores amigas. Era lo más cercano a un festejo que podía soportar.

Esa noche, antes de irse a dormir, se

puso a pensar en su último cumpleaños. Sentía que entre su cumpleaños de 13 y el de 14 que ya estaba encima habían pasado décadas. Otra ciudad, otras amigas, otra Bianca.

Se recordaba completamente diferente, por dentro y por fuera. Usaba las mismas camisetas y los mismos jeans pero era otra persona, había cambiado su cuerpo, su cara y a nivel interno también era otra persona. Se había enamorado y decepcionado, había aprendido lo difícil que era enfrentar muchos cambios y había entendido que estar rodeada de buenos amigos era la clave para seguir adelante. Por suerte, entre aquel cumpleaños y este que festejaría mañana había recibido tres

grandes amigas de regalo. No quería nada más.

Se despertó mareada, con dolor de cabeza y con una sensación extraña. Había soñado que dibujaba retratos toda la noche, y ese sueño la hacía sentir más cansada de lo que estaba antes de irse a dormir.

Intentó incorporarse en la cama pero la migraña la estaba matando. Se levantó despacio y cuando abrió los ojos, se sobresaltó: el piso de su habitación estaba lleno de lápices, hojas y retratos hechos por ella que no recordaba.

¿Ahora también era sonámbula?

¿Entonces realmente había estado dibujando toda la noche? Se sorprendió porque recordaba haberlo hecho en

sueños, pero tenía enfrente cuatro retratos de personas desconocidas. Una chica de cabello rojo y tres hombres. Uno de ellos tenía una cicatriz, los otros dos tenían barba. No entendía absolutamente nada, estaba impactada.

Los miró en detalle. Estaban firmados por ella, como todos los dibujos que hacía, pero los cuatro tenían algo en común. Una leyenda en el extremo superior derecho que decía: 14/7 A.

Estaba conmocionada; trataba de comprender qué pasaba cuando escuchó pasos en la escalera. Era su cumpleaños y acababa de recordarlo, así que se apuró, guardó los retratos en el cajón de la mesa de luz e intentó ordenar el desastre de hojas y lápices antes de que

sus papás vieran el caos. No quería tener que explicar que dibujaba desconocidos, sonámbula.

Cuando se abrió la puerta estaba cansada, dolorida y con pocas ganas de festejar, pero se sorprendió al ver a sus amigas, vestidas con el uniforme del colegio y una torta hermosa que obviamente había hecho Guillermina. Eran su mejor regalo.

La mañana en el colegio transcurrió tranquila. Augusto estaba raro desde el día de la pelea, pero no solo con las chicas, sino en general. Se lo veía cansado y perdido. Su mirada era diferente y por dentro Bianca podía admitir que estaba preocupada. No pensaba que fuera por ella, pero tenía

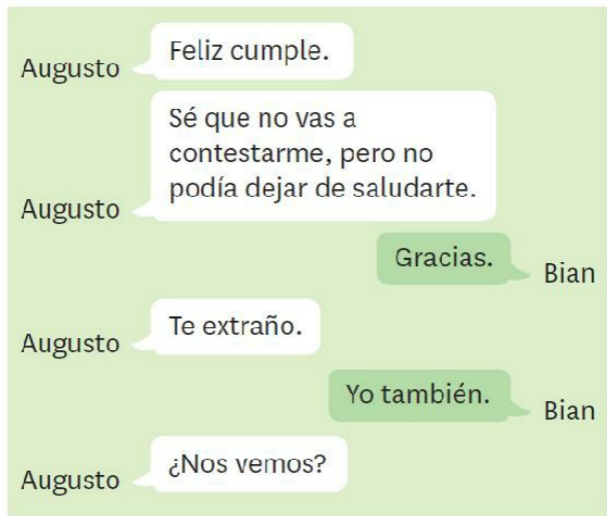
claro que algo le pasaba.

No había dejado de pensar en el episodio de la noche, le daba miedo ser sonámbula, nunca le había pasado y le daba vergüenza contarlo, así que prefirió guardárselo. Con suerte, en unos meses sería solo una anécdota.

A la hora de volver a casa, evitó regresar con sus amigas y decidió hacerlo en colectivo. Estaba agotada, como si no hubiese dormido en toda la noche, así que quería llegar rápido para descansar antes de la pijamada de la noche.

Seguía sintiéndose mareada, pero posiblemente fuera una consecuencia más del sueño que tenía. Se sentó y esperó que llegara el colectivo, que

solía demorar mucho.



No podía caer nuevamente en lo mismo, se sentía mal, exhausta y débil y no era momento de tomar decisiones apresuradas, así que decidió cerrar WhatsApp sin responder.

Se quedó pensando en él, en cuán

cambiado estaba y en cómo lo extrañaba a pesar de cómo la había tratado.

Definitivamente, el amor a veces no tenía coherencia.

Subió al colectivo y por suerte encontró un asiento vacío: era uno de esos días en que el universo conspiraba a su favor para que viajara sentada. Y felizmente, había conspirado.

Estaba mareada y le dolía la panza; decidió que tal vez se sentiría mejor si abría la ventanilla del colectivo para respirar. De pronto, un sin fin de voces resonaron fuertes en su cabeza. Eran alrededor de seis personas diferentes que hablaban a la vez.

No sabía qué hacer, estaba nerviosa y empezaron a transpirarle las manos.

Quería llamar a sus amigas, pero en su cerebro no dejaban de sonar muchas voces. Palabras, suspiros, oraciones... todo retumbaba al mismo tiempo.

Decidió calmarse y respirar hondo, y funcionó. Las voces se fueron apagando y Bianca miró a su alrededor para ver si alguien había notado lo que le había sucedido. Cerró los ojos y volvió a respirar profundamente hasta que disminuyó su agitación.

Abrió los ojos y sintió que estaba mejor. Miró hacia atrás y vio a dos chicas que hablaban en el último asiento. Creía entender lo que le estaba pasando. Se paró y las miró a la distancia, y con cada segundo que pasaba, empezó a escuchar la

conversación con total claridad.

No era algo nuevo, le había pasado muchas veces antes, pero no de una forma tan brusca. Había logrado escuchar siempre que se había esforzado en hacerlo, y creía que era algo normal, pero lo de ese día era diferente. Había escuchado muchas voces, de vaya a saber qué personas y sin intención de hacerlo. ¿Y si esa era la razón por la que Agustín había escuchado a Cielo? ¿Era natural que una persona escuchara conversaciones simultáneas de personas que estaban separadas por una gran distancia? Definitivamente, los 14 años no le estaban pegando bien. Estaba muerta de sueño, tenía retratos de desconocidos que había dibujado

sonámbula y se había ensordecido con voces de diferentes personas en el mismo minuto. No sabía qué hacer, sentía que se estaba volviendo loca y vacilaba entre contarlo o mantenerlo en secreto.

Por el momento, decidió que la prioridad era descansar. Bajó del colectivo y caminó una cuadra hasta llegar a su casa. Cayó fundida en la cama y soñó con él, cosa que a esta altura era un milagro después de los sueños de la noche anterior.

CAPÍTULO 28

Hacia la noche, Bianca ya estaba más descansada. Se había bañado y estaba más tranquila. Había decidido no preocuparse por su sonambulismo, porque había leído en Internet que era algo normal. Tal vez era pasajero, estaba en un momento complicado y seguramente era parte de la tensión del momento. ¿Quiénes eran las personas que había dibujado? No se iba a preocupar por eso tampoco, tal vez los dibujó porque estaba soñando con ellos.

Su mamá le había regalado un pijama para estrenar ese día y le encantaba. Era un conjunto de camiseta gris con un short lleno de lunares y no bien terminó de

bañarse, se lo puso. Finalmente, comenzó a poner en condiciones su habitación.

Iban a pasarla allí toda la noche, así que había reunido varios colchones para que pudieran estar cómodas, ver algunas series, películas y comer pochoclo.

Además, había preparado una mesa pequeña con mascarillas faciales y esmaltes de colores. La idea era pasar la noche despiertas y aunque no necesitaban tantas cosas para divertirse, Bianca quería impresionar a sus amigas con la sorpresa.

Cuando llegaron sus invitadas, entraron a la habitación y quedaron fascinadas. Guillermina había traído galletitas caseras y Cielo le había hecho

una carta tan larga, que Bianca necesitaba de una noche entera para leerla.

Mara se había puesto manos a la obra y le había diseñado muchos accesorios. Además, siempre tan organizada, había llevado antifaces para dormir para todas. Les había cosido puntilla y parches, eran toda una obra de arte.

Guillermina aprovechó para contarles su conversación con Franco y las chicas se asombraron casi más que ella.

—¿Así que Franco era Caperucita? — dijo Mara—. ¡Qué increíbles las vueltas de la vida!

—Qué divertido hubiese sido si hubiéramos encarado a Chiara por este asunto —se rio Cielo.

—Pobre Franco —dijo con tristeza Bianca, que estaba más sensible que nunca—. ¿Habló con Tamara? —le preguntó directamente a Guillermina, quien negó con la cabeza.

—Franco, el temeroso, es capaz de no decirle nada a ninguno de los dos y seguir adelante —se quejó Cielo.

—Augusto se lo contó a Franco, ¡punto para tu ex! —contó Guillermina señalando a Bianca y agregó—: Iba a hablar con Tamara en estos días, pero no volví a tener contacto con él. Estaba deprimido.

—¿Te dijo algo más de Augusto? —interrumpió Bianca, mientras Cielo la miraba extrañada e indignada por su interés.

—¿Sí? ¿Querés saberlo? —preguntó Guillermina, que dudaba en decírselo temiendo que le afectara.

—Si te está preguntando, es porque es una masoquista que quiere saber —se apuró Cielo.

—En realidad, me preguntó por vos, quería saber si estabas mejor, y me contó que Augusto está mal y muy arrepentido.

A Bianca se le llenaron los ojos de lágrimas y eso dio la pauta a sus amigas de que había que cambiar urgente de tema. Así que mientras Cielo y Mara se disponían a hacer pochoclo, Guillermina empezó a leer las instrucciones para hacer las mascarillas faciales coreanas que Bianca había conseguido en el

barrio chino.

Estaba agotada otra vez. Extrañaba a Augusto, quería verlo y volver a estar bien con él, pero sabía que no tenía sentido. Miles de veces había escuchado a la gente decir que no servía forzar las cosas y evidentemente, la historia con Augusto se iba a repetir. Sin embargo, nada de esto la ayudaba a borrarlo de su corazón y de su cabeza.

Volvió al WhatsApp y a ese chat donde le pedía encontrarse con ella. Lo miró un rato con ganas de responderle. ¿Qué iba a decirle? No tenía sentido. Guardó el celular e intentó pensar en otra cosa, pero no lo logró.

Augusto

Aprovecho que estás online para decirte que te quiero.

Ese mensaje fue la gota que rebalsó el vaso: Bianca no lo soportó más y se puso a llorar. No tenía ni idea de qué podía hacer. ¿Responderle? ¿Bloquearlo? Sabía lo que quería hacer, pero también tenía claro que el resultado iba a ser siempre negativo.

Las chicas dejaron lo que estaban haciendo y se reunieron para intentar calmar a Bianca que no paraba de llorar.

—Bian, si querés hablo con Augusto y le pido que no te escriba más —sugirió Guillermina—. Claramente no te hace

bien que te escriba.

—En realidad, quiero que me escriba, quiero hablar con él, verlo y que esté todo bien —dijo entre sollozos—. Pero no está bien ni va a estar bien, no sé qué quiero hacer.

—Tenés que pensar en otra cosa —dijo Mara con firmeza.

—No puedo —respondió Bianca.

—Sí, podés, tratá de entretenerte con nosotras. Miremos una serie —propuso—. Cuando era chiquita a veces me preguntaba por qué mi papá me había abandonado siendo tan pequeña y nunca quería que mi mamá se preocupara, así que lloraba y lloraba y lloraba hasta cansarme. Pero un día me di cuenta de que si hacía otra cosa, engañaba la

mente; es solo al comienzo, después, naturalmente, el tiempo te va a ayudar a no estar más angustiada por eso.

Las palabras de Mara fueron oro para Bianca, que enseguida se dio cuenta de que había cosas mucho más graves que un chico. Su amiga había sido abandonada por su papá, y ahí estaba, todos los días con una sonrisa, haciéndole frente a la realidad, aceptando que no todo fuera perfecto, y siempre con alegría.

Seguramente iba a tener muchos novios, o tal vez pocos, pero si Augusto no era para ella, era porque había alguien más, en algún lugar del universo, que era una mejor opción. Intentó pensar menos y divertirse más. Era su

cumpleaños y estaba entre amigas. No iba a permitirse una lágrima más. Sin embargo, antes de seguir adelante, respondió:

Yo también, pero definitivamente no funcionamos juntos.

Bian

Augusto

Yo no funciono.

Seguramente otra chica va a aceptarte como sos.

Bian

Augusto No quiero a otra.

Augusto Te quiero a vos.

Au, necesito que dejes de hablarme.

Bian

Augusto Ok, acordate que todos los días voy a estar pensando en vos.

—¡Eso es de *stalker*! —dijo Mara cuando vio el último mensaje de Augusto y todas se rieron.

Bianca estaba mejor, las palabras de Mara la habían hecho salir de la burbuja y ahora sentía que estaba mejor encaminada. Lo seguía queriendo y lo seguía extrañando. Tenía las mismas

ganas de abrazarlo y seguía muriendo por un beso suyo, pero había entendido que las cosas eran así y que, por el momento, no podían estar juntos. Tal vez más adelante, tal vez no. Decidió dejarlo en manos del destino. Haber respondido su mensaje también le había hecho bien. Aunque la última respuesta de Augusto le había dado un sacudón en el corazón. Era tan intenso... para bien o para mal, era pura intensidad.

Ahora el debate estaba en qué serie o película mirar. Mara había hecho una lista de todo lo que iban a hacer esa noche. Tenía un don particular para la organización y a sus amigas les encantaba.

Bianca estaba segura de que nunca iba

a olvidar este cumpleaños. Para bien o para mal había sido diferente, con dibujos, sonambulismo, voces, mensajes de Augusto y sus amigas acompañándola de la mejor manera. Así comenzaba sus 14 años.

CAPÍTULO 29

No lo veía desde aquella tarde en que se habían reunido para conversar sobre el episodio vergonzoso de la trampilla, aunque habían hablado religiosamente todos los días, como acostumbraban. Ese día Cielo precisaba verlo, así que no bien se levantó y aprovechando que era sábado, le escribió.

Cie

¿Qué hacés hoy?

Gracias por preguntar
cómo estoy.

Agustín

Cie



Cie

Hola, Agus, ¿cómo estás?

Muy bien, gracias por
preguntar, ¿vos?

Agustín

Cie Bien. 😊

Cie ¿Qué hacés hoy?

Tuitear, como todos los días. 😎

Agustín

Cie ¿Nos vemos?

Dale, ¿venís a casa o vas a ponerte a revisar las habitaciones?

Agustín

Cie 😊

Agustín 😄

Agustín

Vení a casa, vas a tener que soportar los ladridos de Melón por 30 minutos y a mi mamá hablar sin parar, pero después se normaliza todo.

Cie



Agustín

Ok, nos vemos en un rato.

Agustín

La mejor decisión que podía tomar Cielo en ese momento era la que había tomado. Salió al jardín en busca de su mamá y le avisó que iba a llegar su amigo. No quería que empezara con el discurso de telenovela barata de que tenía novio o algo así. Ya bastante historia cursi estaba viviendo con los

romances de sus amigas como para tener que soportarlo en carne propia.

—Ma, va a venir un amigo —le avisó—. ¿Te puedo pedir que no me hagas pasar vergüenza?

—¿Un amigo? —dijo con una sonrisa que no le cabía en la cara.

—Sí, así como dijiste —dijo y remarcó separando en sílabas—. A-MI-GO.

—¿Y desde cuándo tenés un amigo? —preguntó con sonrisa pícaro.

—Te vine a avisar antes para que no inventes historias y ni con eso alcanza, ya estás imaginando una telenovela mexicana de esas que mirás —dijo indignada—. Tenés que dejar de mirar novelas.

—No me respondiste. —Seguía con la sonrisa pícaro.

—Agustín es mi amigo hace años, hablamos por Internet y hace poco nos conocimos. Somos amigos, ma, nada más.

—¿Por Internet? ¿Cómo que conociste a alguien por Internet? ¡Es peligroso! —se sobresaltó.

—Lo tuve que conocer porque me habías castigado, estaba en la calle sin poder volver y sin celular —reclamó.

—No pongas excusas, Cielo, sabés que es peligroso conocer gente por Internet, ¿y encima lo invitás a casa? —dijo abriendo los ojos.

—Mamá, ya fui a su casa y al planetario, así que la preocupación la

tendrías que haber sentido antes. Sigo viva así que no va a venir acá a matarte a vos, aunque pensándolo bien no sería tan malo...

—¡Cielo! —gritó.

—¡Chiste, ma! —se rio.

—Ok, contame sobre él —dijo suavizando su mirada—. ¿Te gusta?

—¿Nunca entendiste la parte de que es mi amigo, no? —se enojó.

—Eso no cambia nada, tu padre y yo éramos amigos también.

—Esto es distinto, no me gusta, lo quiero como amigo nada más.

—Está bien, Cielo. Cuando llegue, te digo si vale la pena o no —se rio.

—Te aviso que es hermoso. Por favor, calmate y comportate —le suplicó.

—¿Es hermoso y no te gusta? —
preguntó entre risas.

—Sí, es hermoso, soy objetiva, pero no me gusta para nada más que para ser su amiga.

—¿Cómo es eso?

—Me estoy yendo, mamá. Mirame, estoy entrando a casa —dijo cantando mientras iba hacia adentro.

Su mamá siguió regando las plantas con una sonrisa. Durante los últimos años había estado muy inquieta por Cielo, la veía sola, amargada, insegura y de repente este viaje que tanto temía que le afectara, estaba sacando lo mejor de ella. Seguía siendo Cielo y eso le encantaba, pero la veía más abierta a conocer personas, a relacionarse, a

querer y a permitir que la quisieran. Su mamá estaba feliz al notar que, de a poco y sin darse cuenta, Cielo estaba empezando a aceptarse y a quererse tal como era. Estaba creciendo y cada día era más evidente el cambio.

Si vamos a ser sinceros, ni Cielo ni nadie en este mundo podría haber imaginado lo bien que iba a disimular su mamá al ver a Agustín. Era imponente por donde se lo mirara: su cuerpo, su cara, su voz, su forma de ser. Había algo en él que lo hacía especialmente bello y casi todo estaba relacionado con su personalidad. Todos los rasgos que lo hacían hermoso se potenciaban con su forma de ser. Poseía muchas cualidades positivas y Cielo lo había conocido sin

saber cómo era su cara, su pelo o su espalda.

Siempre que estaba con él (personalmente u *online*) Cielo se sentía mejor persona y más relevante para el mundo. Él le había enseñado que tenía muchas virtudes y muy pocos defectos, y aunque Cielo sentía que eran cumplidos de amigo, se sentía mejor cuando él estaba cerca. Definitivamente era el amigo más especial que podía tener, así que recibirlo en su casa por primera vez era mágico para ella.

Con Agustín todo se daba de forma natural, así que los ladridos de Melón duraron solo los segundos que él se demoró en arrodillarse para acariciarlo y conquistarlo. Pasaron la tarde

escuchando música y *stalkeando* a tuiteros con los que no se llevaban muy bien. Realmente era fácil pasar un buen rato con Agustín. Cielo sentía que si bien en algunos aspectos pensaban diferente, en lo importante siempre lograban ponerse de acuerdo.

Como era normal en su relación, ella ya le había contado todo lo que había pasado durante el último tiempo, y en realidad él había conocido el minuto a minuto porque estaban siempre en contacto por Twitter o WhatsApp. Sin embargo, ahora que se veían personalmente, solían hacer un repaso y contarse en qué andaban.

—¿Estás segura de que la distancia era suficiente como para que Augusto no te

escuchara en la fiesta? —preguntó con curiosidad.

—Sí, estaba demasiado lejos y también creo que es imposible que alguien que me haya escuchado le haya contado. No cierra el margen de tiempo, Augusto apareció apenas unos segundos después —explicó sorprendida Cielo.

—¿Y qué creés que pudo haber pasado? —dijo queriendo elaborar una teoría.

—No sé, pensé que tal vez nos habían puesto un micrófono, pero ninguna de las chicas encontró nada —dijo y se retractó—. Perdón, estoy mirando muchas series.

—Está bien, tendrías que mirar algunas de ciencia ficción para

prepararte —se rio.

—¿Prepararme para qué?

—No sé, era un chiste —dijo

desestimando su comentario y agregó—:

¿Qué día fue la fiesta? ¿El viernes 6?

¿El cumple años el 7?

—Sí, ¿estás desmemoriado? —le dijo

con ironía Cielo y remarcó—:

Estuvimos chateando toda la fiesta hasta el momento en que nos echaron.

—Te echaron, querrás decir —se

burló.

—No, nos echaron a todas —se

defendió.

—¿Por qué las echaron a todas? —

dijo entre unas carcajadas que Cielo amaba.

—Basta, Agustín, esto ya es *bullying*

—le respondió, tentada.

CAPÍTULO 30

Después de ese último WhatsApp, Bianca y Augusto no habían vuelto a hablar. Se veían en el colegio todos los días y a veces se cruzaban en la plaza. Ella intentaba ser cordial siempre que podía, mientras que él parecía enojado y completamente despechado.

Esa mañana, Bianca se levantó con un poco de fiebre, hacía días que se sentía mal. Sin embargo, como era una simple gripe, no estaba en sus planes faltar al colegio. Mientras Augusto optaba por el resentimiento, ella intentaba olvidarlo pero era en vano, y si se quedaba en casa iba a estar pensando en todo lo que había ocurrido y lloraría hasta la noche.

No, mejor ir al colegio y pasar un buen rato con sus amigas a pesar de estar enferma.

—Nunca en mi vida tuve fiebre —dijo Guillermina y despertó el interés de sus amigas.

—¿Sos deforme? ¿Nunca tuviste fiebre por un resfrío? —se rio Mara.

—No, porque nunca me resfrío, me encanta comer fruta y mi mamá dice que eso hace bien —respondió.

—Decime que acabás de hacer un chiste —se sobresaltó Mara.

—No, en serio, nunca me enfermé —insistió.

—Guille, no puede ser —la contradijo Cielo—. Sos demasiado inteligente como para decir que nunca te enfermaste

por comer fruta, dale.

—Ya lo sé, es un chiste. No sé cuál es el motivo, pero nunca me enfermé — dijo con desinterés.

—¿Me vas a decir que la reina de Yahoo Respuestas nunca investigó sobre esto? —insistió Cielo.

—No, no me parece algo tan raro, mi mamá siempre me dice que es supercomún —se justificó.

—Mi mamá dice tantas cosas... —dijo Cielo con un suspiro.

—¿Qué dijo de Agustín? —se entusiasmó Bianca.

—Ni me hables, piensa que me voy a casar mañana —dijo enojada—. No sé cómo hacerle entender que somos amigos.

—Yo te creo porque los vi juntos, pero realmente ese chico es increíble —dijo mordiéndose los labios.

—¡Te calmás! —dijo Cielo exaltada.

—¡Si es lindo yo quiero conocerlo! —interrumpió Mara.

—¿Desde cuándo te interesan los chicos? ¿No era que vos no querías novio...? —se burló Guillermina.

—Es verdad, mejor no. A ver si se enamora de este metro cincuenta explosivo —dijo sacudiéndose el pelo con las manos.

Estallaron en carcajadas y ese fue el momento lindo y no tan lindo en el que terminaba la clase y debían volver a casa. Era lindo porque se terminaban las aburridas clases de ese día, pero triste

porque tenían que volver a casa y resignarse a hablar por chat. Sus mamás ya les habían llamado la atención porque estaban todo el día juntas y pasaban poco tiempo en sus casas, así que estaban evitando reunirse hasta que las madres se olvidaran del reclamo.

Salieron y fueron a pasar los últimos minutos al kiosco de la esquina, que era el punto de reunión de todos los alumnos del colegio; cuando llegaron, estaba plagado de chicos.

Dieron dos pasos y Mara, sobresaltada, quiso dar marcha atrás, pisó a Bianca y empujó a Cielo que, en efecto dominó, chocó con Guillermina que venía atrás.

—¿Qué hacés, Mara? —dijo Cielo,

que tenía poca paciencia con sus chistes.

—Mejor volvamos a la escuela — dijo, empujando a sus amigas.

—Ya no tenemos más clases, ¿para qué vamos a volver? —le dijo Guillermina y vio cómo Mara le hacía un gesto extraño.

Ya no había nada que hacer: desde que había comenzado la discusión, Bianca había entendido lo que pasaba. Eran Augusto y Chiara, que estaban a los besos en el kiosco.

Le dolió la panza, sintió tristeza, enojo y muchas ganas de llorar, todo en simultáneo. Le dio vergüenza estar ahí. Se sintió totalmente humillada. Una semana atrás le había dicho que no quería a otra que no fuera ella y ahora

estaba ahí, muy romántico con Chiara, que encima era la principal súbdita de Tamara.

Clavada en el mismo lugar donde había quedado al comenzar la discusión de sus amigas, Bianca se quedó mirando la situación. Franco estaba con Tamara a los abrazos como si nada hubiese pasado y Augusto, que supuestamente no podía vivir sin ella, estaba con Chiara delante de todo el colegio: estaba haciendo pública su relación, verdaderamente eso era lo que significaba besarse en el kiosco.

Había que hacer algo, no podían quedarse ahí. Cuando sus amigas empezaban dar media vuelta, Bianca les hizo un gesto para que siguieran hacia el

kiosco. Ya las había visto mucha gente, era tonto irse y en realidad ella no tenía nada que esconder, al contrario. El que la había maltratado delante de todo el mundo era él y quien había decidido cortar con la relación había sido ella.

Con esa idea en mente, Bianca avanzó con seguridad y se sentó en el escalón del kiosco, justo enfrente de Augusto y Chiara, a solo seis pasos de distancia. Tenía fiebre, pero a esta altura no sentía ni el dolor de cabeza ni el cansancio corporal desde hacía un rato. Su foco estaba puesto en otro lado, o mejor dicho, en otra persona.

Sus amigas no dijeron nada y se sentaron junto a ella, no hacía falta preguntarle nada, iban a hacer lo que

ella quisiera y entendían claramente lo que estaba sintiendo Bianca en ese momento.

Franco desvió la mirada hacia Guillermina, que lo miró incrédula al ver el amor que mostraba por su novia, que hacía muy poco había intentado conquistar a su mejor amigo.

—Hay gente que definitivamente no sabe lo que quiere —dijo Guillermina fuerte y claro con el único objetivo de que Franco la escuchara.

—Y también están los que saben lo que quieren, pero como no lo consiguen agarran cualquier cosa —dijo Cielo todavía más fuerte, con la intención de dejar en claro que si Augusto estaba con Chiara, era porque no podía estar con

Bianca.

Permanecieron ahí un rato más, mientras Augusto besaba a Chiara sin dejar de mirar a Bianca. Franco parecía incómodo mientras su novia lo abrazaba y le tocaba el pelo con insistencia. Fue un momento para el olvido, así que cuando tuvieron suficiente, las chicas se pararon y emprendieron el recorrido habitual en silencio.

Una vez que estuvo en su casa, Bianca hizo lo que tenía ganas de hacer desde que había visto a Augusto con Chiara: lloró y mucho, pero era necesario. Pensó en todo lo que había pasado de principio a fin. Augusto nunca había sido para ella y siempre lo había sabido, solo que se había dejado llevar por el corazón,

creyendo que las cosas podían cambiar.

La cambió como quien se cambia de par de zapatillas y lo hizo a la vista de todo el mundo. Se sentía usada, pequeña e insignificante. Sabía que Augusto era el más codiciado del colegio y que por esa razón nunca blanqueaba relaciones con ninguna chica, incluso la única novia que había tenido había sido Bianca. Sin embargo, no había dudado un instante en mostrarse con Chiara.

Todo el mundo sabía que su relación había sido un fracaso y más de uno se había quedado con la idea de que ella se había reído de cómo su amiga lo insultaba. Todo había sido sacado de contexto. No podía creer que todo había desembocado en eso y se arrepentía de

haber confiado en él. Era tiempo de dar vuelta la página, pero antes tenía que hacer algo. Y ya lo estaba planificando.

Se acostó en la cama con el celular en mano y le pidió amistad en Facebook a todos sus compañeros de clase, excepto a Chiara y Tamara. A Franco y a Agustín ya los tenía, y por el momento iban a permanecer ahí. Hizo una lista y fue tildando a todos los que la aceptaban. Necesita estar cerca de sus compañeros y que la conocieran bien para lograr su objetivo. No tenía mucho tiempo, así que comprendió que necesitaba el empujoncito de alguien experto.

Bian

¡Hola, chicas! ¿En qué andan?

Con una diversión incomparable,
no me anda Internet...

Cie



Bian

¿Estás con 4G?

Bian

sí, es una carreta esto.

Cie



Guille

Estoy haciendo un budín de limón, para relajarme.

Guille

¿Hay para todas?

Bian

Sí, si se logran escapar son bienvenidas.

Guille

Yo voy, solo porque tenés wi fi.

Cie



Guille

Te quiero así de mala como sos.

Guille



Cie

¿Y Mara? Necesito de sus servicios.

Bian

¿Quién me necesita? ¡Acá estoy!

Mara

La petisa aparece al instante. 😊

Guille

Necesito agregar gente del colegio en Facebook y tener una dosis de sociabilidad que me falta.

Bian

¿Eh? ¿Estás bien?

Cie

Bian

Sí, tengo un plan



Mara

Contá.

Mara

Bian

En lo de Guille en media hora, ¿me van a ayudar?

Depende de lo que sea.

Cie

Bian



Cie

CAPÍTULO 31

El plan había funcionado como ellas querían, pero el resultado aún no se percibía. Bianca había logrado entablar relación con prácticamente todas las personas del curso, excepto con Tamara, Chiara y el resto de las súbditas de su máxima enemiga. Además, Mara la había ayudado a conocer a chicos de los otros cursos, incluso más grandes.

Si bien aún quedaban algunas semanas de clases, solo faltaban unas horas para la fiesta de fin de año de la escuela y las chicas ya estaban preparándose en la casa de Cielo. Como siempre, Mara se había encargado de elegir los *looks* para todas, y una vez más, Cielo estaba

disconforme.

La fiesta era por la noche en la escuela y ellas no estaban acostumbradas a salir de noche porque raramente sus papás las dejaban, así que el entusiasmo era enorme salvo por Cielo, que siempre prefería quedarse en su casa o en lo de sus amigas.

Mara se había encargado de averiguar qué se iba a poner Augusto para la fiesta, era clave para el plan que habían desarrollado, así que hasta último momento estuvo en duda el *look* de Bianca, pero en ese momento ya estaba todo encaminado.

Por suerte para ella, Mara había encontrado una alternativa perfecta. Iba a usar unos shorts negros de tiro alto de

seda y un top con hombros al descubierto del mismo color. Como toque extra y clave, Mara le había hecho una coronita de flores rojas y Guillermina le había hecho un delineado que lucía perfecto en su piel blanca.

Mara, que no podía evitar el color jamás, iba a usar una falda con estampado de colores y un top amarillo. Además, tenía aros enormes y muchos anillos en las manos, donde el *nail art* ya era un clásico. Guillermina y Cielo tenían un estilo más simple, vestido rosado la primera y vestido negro la segunda. Ya estaban listas y esta noche su plan no podía fallar.

Fueron caminando juntas hasta el colegio y cuando llegaron, la fiesta

estaba por comenzar. Parte del plan era llegar sobre la hora, así que el primer paso ya estaba dado. No bien entraron, vieron a Augusto con Chiara y a Franco con Tamara, hablando cerca del escenario donde se iba a anunciar finalmente a los reyes más votados durante los últimos meses.

Había pasado poco tiempo pero muchas cosas. Bianca y Augusto eran la pareja candidata por primer año y ser pareja era obligatorio, aunque después de leer las reglas, las chicas descubrieron que el requisito aplicaba solo a la primera votación. Una vez que la pareja pasaba a la instancia en la que se encontraban ahora, no era requisito ser pareja. Lo mismo sucedía si una

pareja rompía durante el reinado; tenían la responsabilidad de mantenerse unidos amistosamente al menos hasta fin de año, cuando se anunciaran los nuevos reyes.

Una vez que estuvieron dentro, se acercaron a Augusto y los demás y permanecieron allí por un rato, hasta que Franco las vio y se acercó a saludar.

—Hola chicas, ¿cómo están? —saludó amablemente, mientras Guillermina se asombraba otra vez de que continuara con Tamara como si nada hubiese pasado.

—Bien, muy contentas de que no hayas venido vestido combinado con tu novia —dijo Cielo irónicamente y generó sorpresa entre las demás.

—Siempre tan directa —se rio Franco y cambió de tema—. Bianca, te estaban buscando en secretaría, por el tema de la postulación.

—¡Qué raro! ¿Sabes por qué me buscaban? —preguntó, aunque tenía una leve sospecha.

—Es que Augusto les avisó que no estaban juntos y que vos querías bajarte de la votación —explicó naturalmente.

—Ah, ok, ahora voy a hablar a secretaría. ¡Gracias por avisarme! —respondió Bianca y fue hacia la oficina con sus amigas.

Todo lo que se refería al reinado era muy burocrático en la escuela, así que esperaron un rato a que la secretaria hablara con Bianca, pero finalmente la

reunión fue breve y una vez resuelto el asunto, pudieron volver a su lugar.

Estaban en la mitad del plan, pero Guillermina seguía sin poder creer que Franco hubiera perdonado a Tamara después de lo que había hecho. Era demasiado como para perdonarlo, sobre todo porque él le había dicho que ya no sentía lo mismo por su novia. Tenía esas contradicciones que Guillermina aún no entendía, pero en definitiva no quería enroscarse. No era su problema.

Una vez que volvieron a su posición, Bianca les contó todo lo que había hablado en la reunión. La secretaria le había dicho que Augusto decía que ella no quería participar y que en su lugar podía presentarse Chiara, que era su

novia, aunque no podían hacerlo sin el consentimiento de Bianca. Ese era el momento. Bianca trató de calmar sus nervios, que eran muchos, y se acercó:

—Augusto, ¿podemos hablar un minuto? —le pidió con una serenidad que en realidad no sentía.

—Sí, claro —dijo Augusto, fingiendo naturalidad.

—Estuve en secretaría recién y me dijeron que les avisaste que yo no quería participar.

—Sí, es cierto, sabía que no querías participar, así que te ahorré el trabajo de ir a avisar.

—¡Qué amable que sos! —exclamó con ironía y disparó—:
Lamentablemente, la gente votó por

nosotros, no por Chiara, no me parece justo para ellos, así que voy a hacer el esfuerzo.

—¿Qué esfuerzo? —preguntó confuso.

—Acepté la nominación en su momento y voy a continuar con esto hasta el final, Augusto. Lamento que no puedas compartir esto con tu novia. Pero tal vez el año que viene la voten a ella, si es que siguen juntos. —Sonrió irónicamente y antes de irse le dijo—: Te queda muy bien la combinación negro-rojo, gracias por elegir colores que me gustan tanto. Ahora somos la pareja perfecta para ganar.

Mientras volvía hacia donde la esperaban sus amigas, Bianca sintió cómo se aflojaba. Era un manojo de

nervios pero estaba sorprendida por cómo había dominado la conversación. Augusto estaba nervioso y en pocos momentos se animó a mirarla a los ojos.

La había lastimado, pero la votación la habían ganado juntos y no iba a darle los méritos a Chiara. Si realmente Bianca no le importaba, no le iba a afectar tener que interactuar con ella durante todo el año si ganaban.

El plan venía funcionando bien hasta ahora. Pero aún faltaba, había que ver los resultados que se anunciarían a medianoche.

Mara había hecho su trabajo a la perfección, en las últimas semanas Bianca había pasado de ser “la nueva” a transformarse en una chica conocida por

todos en la escuela, algo que era clave para poder ganar.

Bailaron, comieron, bebieron y Cielo chateó con Agustín, porque no podía arriesgarse a hacer muchos movimientos. Además, estaba tratando de mantener la boca cerrada, porque la última vez que había estado en una fiesta su actuación había sido caótica.

Augusto seguía perplejo desde que Bianca le había dado la noticia. Todo parecía indicar que, al igual que Tamara, no estaba acostumbrado a que alguien le hiciera frente.

—No entiendo cuál es la idea de Bianca, pensé que no le interesaban estas cosas —le dijo Franco a Guillermina en el único segundo que

decidió separarse de Tamara

—Yo no entiendo qué hacés con Tamara y no ando preguntádoselo a la gente —le respondió cortante.

—¿Y eso te molesta? —preguntó.

—No, ¿a vos te molesta lo de Bianca? —retrucó.

—Sí, porque a Augusto no le hace bien estar cerca de ella.

—¿Por qué? ¿Porque la humilló, la echó de su fiesta y a las semanas se puso de novio con otra? —remató.

—Si lo decís así suena fatal, pero Augusto no es solo lo que se ve —le explicó, tratando de minimizar la situación.

—Con ese criterio vos tampoco sabés cómo es Bianca.

—Es verdad, Guille, es un tema de ellos, no hay que meterse en otras relaciones —dijo y desató la ira de Guillermina.

—¡Qué adulto que sos de repente!

—¿Qué te pasa, Guille? No entiendo qué te hice.

—No me hiciste nada, sé feliz.

Guillermina estaba indignada como nunca, así que después de decir esas palabras se dio vuelta y se fue. Estaba cansada de sus idas y venidas, y no era la primera vez. En la fiesta de la primavera se había prometido no seguirlo más en sus coqueteos, pero siempre terminaba manipulándola. ¿Qué hacía con Tamara después de lo que le había hecho? ¿Y las canciones y el

flirteo? ¿Eran diversión solamente? No podía dejar de pensar y se enojaba cada vez más, pero por suerte la directora llegó al escenario con el anuncio y cortó de raíz sus pensamientos.

Después de darles la bienvenida a la fiesta que ya llevaba dos horas de iniciada, la directora dijo que tenían a los ganadores que serían los nuevos reyes de la escuela. No dejó de aclarar que ellos iban a ser, como la tradición lo indicaba, una especie de nexo entre los directivos de la escuela y los alumnos. Así que era importante elegir bien, porque ante algún problema cualquier alumno podía acercarse a ellos.

Después de una introducción bastante más larga de lo deseable, la directora

hizo la revelación:

—Los nuevos reyes son Bianca y Augusto, de primer año. Felicitaciones, chicos, son los primeros reyes de primer año, es un gran mérito que conociéndolos tan poco, sus compañeros más grandes los hayan votado.

La cara de Augusto se tiñó de ira. Estaba más que claro que no quería ganar. Giró en busca de Bianca que, con una sonrisa, ya se acercaba a él para ir juntos al escenario.

Tamara y Chiara ardían en llamas, mientras que Franco permanecía ahí, como siempre, como un objeto de utilería.

Bianca y Augusto recibieron las coronas simbólicas y dieron un pequeño

discurso improvisado que duró menos de dos minutos. Luego de que les tomaran varias fotos juntos, pudieron bajar del escenario y continuó la fiesta.

—Lo único que querés es estar conmigo, no podés superar que esté con otra chica —le dijo Augusto tomándola brutalmente del brazo.

—Eso es lo que pretendías cuando empezaste a salir con Chiara, pero a mí ya me lastimaste demasiado —le respondió Bianca, sacudiéndose para liberarse de la mano que la tomaba con fuerza.

—Empecé a salir con Chiara porque no es una nena llorona como vos. Si quiero nenas, las busco en el jardín —dijo con violencia.

—Tus últimos mensajes de WhatsApp no decían lo mismo —le dijo Bianca mostrándole la ventana de chat en la pantalla de su celular.

Augusto la soltó y la miró con odio mientras Bianca se quebraba por dentro. Su plan había resultado, pero seguía con el mismo dolor por haberlo perdido.

CAPÍTULO 32

La fiesta siguió sin sobresaltos, aunque había una bomba silenciosa que estaba a punto de explotar.

Bianca había quedado sensible después de hablar con Augusto. La había tratado mal de nuevo y aún tenía una marca en el brazo de lo fuerte que la había agarrado. Se sentía mal porque si bien el plan había salido a la perfección, por dentro pensaba que se estaba atando a él en lugar de alejarse.

En un principio, la idea había sido que él no se saliera con la suya reemplazándola por Chiara, pero en definitiva, lo que decía Franco era verdad. A ella no le gustaban esas cosas

y distanciarse de Augusto hubiera sido la forma más fácil de no ser parte de eso. Sentía que les estaba fallando a sus propios instintos. A fin de cuentas, una vez más comprobaba que todo lo relacionado con Augusto siempre tenía un final amargo.

Sus amigas intentaron consolarla e incluso le propusieron irse. Cielo estaba entusiasmada con ese plan, pero Bianca sentía que tenía que quedarse, la acababan de elegir reina y no quedaba bien irse enseguida.

Bailaron un rato más intentando olvidarse de la existencia de Augusto, Chiara, Tamara y Franco. Después de todo, era una fiesta por el fin del año escolar en el que se habían conocido. Si

miraban el lado positivo, había mucho que festejar.

Cielo había hecho un videochat para mostrarle la fiesta a Agustín, que se reía instalado cómodamente en su casa, donde a ella le hubiera gustado estar.

—Yo no sé qué hice para merecer estas amigas —le dijo.

—Son un plan macabro de tu mamá, que se quejaba de que eras antisocial —se rio.

Le encantaba compartir todo con Agustín porque eso hacía especial su amistad. Se hablaban en todo momento, no importaba dónde estuvieran. Lo mejor que le había dado Internet a Cielo definitivamente era él.

Todo era paz y amor, la fiesta estaba

llegando al mejor momento cuando de pronto se cortó la música y quedó todo el lugar sumido en una oscuridad absoluta. Algunos gritaron, otros se rieron, unos lloraron y otros tantos se quejaron de que no podían bailar. Las chicas se quedaron quietas y juntas. No estaban acostumbradas a salir de noche, así que estaban un poco inquietas, a esta altura en esas fiestas podía pasar cualquier cosa.

Lo que pasó a continuación fue realmente increíble. En medio de la misma oscuridad y el mismo silencio se encendió la pantalla y comenzó a correr un video. No se veía bien, porque parecía estar filmado con un celular en un lugar oscuro. Solo se escuchaba que

quien filmaba estaba jadeando, como si hubiera corrido. Todos miraban desconcertados: estaban quienes seguían asustados y quienes reclamaban que se sacara el video y se pusiera la música otra vez, pero en ese momento comenzó la parte importante de la escena.

Guillermina la reconoció al instante.

Augusto y Tamara aparecían en la pantalla disfrazados, pero eran claramente reconocibles.

—No puedo soportar que estés con ella —le decía Tamara.

—Tamara, no sé qué te pasa, pero por el momento a mis novias las elijo yo.

—¿O sea que no te importo? —le insistía la chica.

—Sí, sos mi mejor amiga, eso dice

mucho.

—No quiero ser tu amiga, Augusto, y vos tampoco querés ser mi amigo, dejemos de lado esta mentira —le rogó Tamara, mientras Augusto la miraba incrédulo—. Quiero que me digas cuánto te importo del 1 al 10.

—¿Qué te pasa? Me voy a ir de acá ahora —respondió Augusto.

—Augusto, no podés estar con ella, no te puede gustar más que yo —le insistió.

—Tamara, cualquier chica me gusta más que vos, sos mi amiga y la novia de mi mejor amigo, vos no estás bien.

Así terminaba el video que todos miraban muy entretenidos. Guillermina no tenía dudas, a esta altura no la sorprendía. Esto lo había montado

Franco y una vez más, le había demostrado que actuar en frío era una mejor estrategia.

Los buscó entre la multitud y allí estaban, más cerca de ellas de lo que Guillermina pensaba. Tamara estaba llorando mientras Franco la observaba serio, sin decir nada. Augusto miraba el piso, seguramente estaba agradeciendo haberle contado a su amigo la verdad desde el comienzo. Mientras tanto Chiara lloraba, aunque nadie entendía bien por qué.

La música había vuelto, pero por el momento nadie bailaba. Ellos tres eran el centro de atención y cuando Franco levantó la vista, fue para buscar a Guillermina. Ella se sintió una tonta

cuando hizo contacto visual con él, lo había tratado mal hacía un rato. A Franco no le importaba, solo le sonrió antes de volver a la charla con Tamara. Había algo para cerrar.

Pasó un rato largo hasta que se normalizó el ambiente de la fiesta. Cielo estaba indignada, le parecía increíble haber ido a solo dos fiestas en su vida y que todas hubieran sido un caos. Por supuesto, ya le había contado todo a Agustín, que en su último mensaje le había dicho que fuera a su casa así hacían cosas de gente normal, como mirar series o tuitear. A Cielo la había tentado la idea, pero si su mamá se enteraba de que se había ido a la casa de un chico, iba a matarla.

—Nosotras te cubrimos, pero solo si admitís que te gusta —le dijo Mara con una sonrisa.

—No me gusta —respondió revoleando los ojos.

—Ok, igual te cubro, ibas a venir a dormir a casa, así que tu mamá no te va a esperar. Cuando termines venís, sabés que con mi mamá no hay historia —le propuso.

—Sí, no me molestaría cambiarte a mi mamá.

—No seas mala, Cielo, tu mamá es buena —dijo Bianca y agregó—: ¿Qué hacés todavía acá? Andá con tu amigo a hacer cosas de tuiteros.

Guillermina se perdió toda la conversación porque estaba viendo qué

pasaba del otro lado. Tamara y Franco habían desaparecido por un rato y ahora estaban separados. Tamara estaba llorando y sus amigas la consolaban. Augusto y Franco hablaban con Federico como si nada hubiese pasado.

Estaba tan concentrada que nunca se dio cuenta de que Cielo ya se había ido, lo notó unos minutos más tarde cuando la buscó para contarle algo.

—Guille, ¿podemos hablar? —le dijo Franco sorprendiéndola por la espalda mientras hablaba con sus amigas.

—Sí, Franco... ¡fuiste vos! —susurró.

—Dejemos eso atrás, ya pasó.

—Ok, perdóname, otra vez te juzgué antes de tiempo —se disculpó y aclaró —: Además no tenía por qué decirte qué

hacer.

—Estás perdonada, igual me interesan tus consejos —respondió Franco.

—¿En serio?

—Claro, no comparto canciones con cualquier persona, sos especial —dijo bajando la voz y Guillermina sintió que se desarmaba por dentro.

En ese momento, empezó a sonar *I'm a Mess*, de Ed Sheeran. Guille lo miró atónita, pero Franco se adelantó:

—Un amigo se está encargando de la iluminación, la música y las pantallas, por si no se nota —dijo con una sonrisa.

Guillermina se rio y no tuvo tiempo de pensar qué hacer, qué decir o cómo reaccionar. Ahí mismo, en medio de la fiesta, mientras Tamara lloraba y sus

amigas se divertían, Franco la besó y sintió que se derretía. Esperaba esto hacía mucho tiempo y había llegado la hora de vivir el momento. Su personalidad se traslucía en su manera de besar: era paciente, tranquilo y sencillo. Guillermina se sintió en paz.

No le importaba más Tamara ni que estuvieran besándose en el medio de la fiesta a la vista de todos. Este era el mejor cierre para su año, que había comenzado con tantos cambios.

No podía creer que se estuviera impregnando de su perfume, nunca había sentido eso por alguien y amaba la sensación de que en ese momento, lo único que pasaba por la mente de Franco era ella.

En ningún momento se había imaginado que podía terminar así esa noche, incluso se había convencido de que ya no tenía chances cuando había visto que Franco seguía con Tamara a pesar del incidente con Augusto.

El resto de la fiesta se mantuvieron juntos hablando, bailando o sencillamente sentados uno muy cerca del otro. Todavía estaba maravillada, no podía creer que estaba con él. Franco de vez en cuando la miraba y le tocaba con suavidad el pelo, como si hubiera fantaseado con hacerlo durante mucho tiempo; la besaba siempre que encontraba una excusa.

A esa altura Tamara ya se había ido de la fiesta, y por supuesto tanto Chiara

como el resto de sus amigas, también.

—Moría por estar con vos —le dijo Franco tocándole los rulos una vez más.

—¿Hace cuánto? —preguntó curiosa.

—Desde que te vi en el supermercado.

—No dudó.

—Si no me hubiese caído, capaz ni me veías —se rio.

—Imposible no verte. Si estás, sos lo único que veo —le dijo y la besó justo cuando Guillermina se empezaba a ruborizar.

Mientras Mara sociabilizaba con uno de sus millones de grupos de amigos, Bianca se sentó a esperar que sus amigas terminaran. Estaba realmente cansada, todo lo que había pasado la había agotado y lo único que deseaba en

ese momento era llegar a lo de Mara y dormir.

—¿Puedo? —le dijo Augusto, sentándose al lado mientras Bianca intentaba entender si realmente le estaba hablando como si nada hubiese pasado.

—Augusto, ¿estás viniendo a hablarme como si el trato que me diste hace un rato fuera normal?

—No fue para tanto, Bianca, no hagas un universo de cada cosa que hago.

—Augusto, estoy cansada. Andate —le dijo agarrándose la cabeza.

—No me voy a ir, andate vos.

—¿Qué es lo que querés de mí? —le preguntó frustrada.

—Tenerte —le respondió sin tapujos y la miró a los ojos—. Lo único que me

importa es estar con vos, ¿no te das cuenta?

—No, no me doy cuenta... si quisieras estar conmigo, no serías cruel.

—¿Yo soy cruel? ¿Quién fue la que hizo todo para ganar el reinado y burlarse de mí? —preguntó.

—No quiero hablar más con vos. Andate, por favor —insistió.

—No me voy a ir. Andate vos.

Bianca no pensaba discutir más ni caer en su juego, no tenía arreglo. Se paró y Mara, Guillermina y Franco, que habían visto la escena a la distancia, llegaron para darle fin a la fiesta.

Guillermina se despidió de Franco con un beso, mientras que Mara y Bianca le contaban por chat a Cielo lo que había

pasado.

@pegaso_rosado

Las fiestas son
dramáticas hasta
que me voy,
después todo color
de rosa.

CAPÍTULO 33

Quedaba solo una semana de clases y todas sentían que necesitaban vacaciones. No solo de las clases, sino también de Tamara, Augusto, Chiara y los mil problemas que el colegio traía consigo.

Esa mañana Bianca se despertó cansada, últimamente le pasaba seguido, así que fue a buscar un café a la cocina antes de cambiarse. Tenía que despertarse con urgencia. Cuando volvió a su cuarto, notó que las cosas estaban diferentes a como las había dejado la noche anterior.

Estaba la mochila abierta y algunos útiles tirados en el piso. Temió haber

vuelto al sonambulismo y lo confirmó al instante. Sobre el escritorio había hojas y lápices dispersos. Revisó las hojas y encontró dos retratos de personas desconocidas, en este caso una chica de unos 20 años con rasgos orientales y un hombre de anteojos. Ambos dibujos tenían la misma anotación: 14/7 A.

Sintió miedo: lo que estaba pasando no era normal. Esto no era un simple momento de sonambulismo, ella demoraba en dibujar, si había hecho dos retratos... ¿cuánto tiempo había estado sonámbula?

Había investigado mucho en Internet acerca del tema y todo el mundo sostenía que normalmente los episodios de sonambulismo eran breves (unos

segundos o minutos), pero podían durar hasta 30 minutos o más, aunque la mayoría tenía una duración inferior a los diez minutos. También había leído que una de las causas podía ser el estrés, pero le parecía que dibujar y escribir esas cosas raras quedaban fuera de los parámetros normales. Iba a tener que hablarlo con alguien.

Reunió todos los dibujos que tenía y les sacó una foto con el celular. Luego los guardó en el cajón de su escritorio para que nadie los viera y ordenó las cosas. Cuando terminó, el café ya estaba frío y tenía que irse a la escuela, así que se cambió, se puso un poco de corrector de ojeras y máscara de pestañas para disimular lo poco que había dormido y

se fue a buscar a Cielo, la primera del recorrido.

Estuvo las dos primeras horas de clase pensando en este asunto, le daba miedo y no sabía cómo decírselo a sus amigas. Intentaba ponerse en su lugar y sinceramente le parecía una locura, pero no había otra manera. Tenía que contarlo y era obvio que las únicas que podían ayudarla eran ellas.

Quiso anticiparse porque tenía miedo perder el coraje y dar marcha atrás, así que sacó el celular sin que la profesora la viera y se los dijo.

Bian

Chicas, no se comprometan a nada en el recreo largo.

Bian

Tengo que hablar con ustedes urgente.



Cie

Ya mismo cancelo todas mis citas.

Cie



Mara

Ok, Bian.

Mara

Iba a estar con ustedes
en el recreo igual. ❤️

Guille

Capaz pasabas el recreo
haciendo cosas cursis
con tu chico.

Cie



Guille

Eso es plagio.

Cie



Mara

¿Bian, todo bien?

Guille

No nos preocupes.

Bian

La verdad es que no,
pero ya les voy a contar.

Una vez que comenzó el recreo, las chicas intercambiaron miradas. Bianca les pidió ir a su clásico lugar del patio, donde normalmente pasaban el rato.

—Me está pasando algo muy raro y tengo miedo —dijo preocupada.

—¿Qué pasa, Bian? Contanos, cualquier cosa que te pase nos pasa a todas —dijo Guillermina.

—Ok, pero prometan que no van a internarme por loca —dijo tapándose la cara con las manos.

—Dale, Bian, contanos —dijo Cielo con una inquietud poco común en ella.

—Hace un tiempo que me cuesta mucho inspirarme para dibujar, así que ya no lo estoy haciendo —empezó diciendo—. Desde entonces, en dos oportunidades me desperté muy cansada y encontré retratos hechos por mí, mientras dormía, desparramados por toda la habitación.

—¿Dibujás sonámbula? —preguntó Mara con naturalidad.

—Sí. La primera vez hice cuatro retratos y dos la segunda. Normalmente demoro muchas más horas en hacer esa cantidad de dibujos —dijo.

—Es raro, porque en general el período de sonambulismo es más corto

—pensó Guillermina en voz alta.

—¿Dibujaste a Augusto todas las veces o a alguien más? —preguntó Cielo con una sonrisa pícaro.

—No, siempre dibujé a personas desconocidas, eso es lo que me preocupa —aclaró, y registró la sorpresa en la cara de sus amigas.

Sacó el teléfono y les mostró las fotos que había sacado a la mañana. Las chicas estaban impresionadas, los dibujos eran perfectos, no había un solo trazo hecho con torpeza. Era muy extraño, pero todas coincidieron en que iban a llegar al fondo del asunto como fuera.

—Hay algo más —agregó Bianca.

—No nos asustes —dijo Mara con

preocupación.

—A veces escucho lo que hablan personas que están lejos de mí —dijo con vergüenza—. Incluso creo que puedo escuchar a alguien que no está hablando.

—¿Escuchás sus pensamientos? —pregunto Guillermina perpleja.

—Creo que sí. Me empezó a pasar sin control y me negaba a aceptarlo, pero durante estas semanas intenté hacerlo y lo conseguí cada vez que lo intenté.

—Decinos de qué están hablando Franco y Augusto —dijo Cielo, mientras los señalaba para que Bianca viera que estaban en el buffet.

—Franco le está diciendo a Augusto que hoy no puede ir al entrenamiento de

fútbol porque ya arregló con Guillermina para verse en su casa — dijo girando hacia Guillermina.

—Es verdad, hoy vamos a vernos en casa —dijo sorprendida Guille.

—Ok, yo sé quién nos puede ayudar — dijo Cielo e indicó a Guillermina—.

Decile a Franco que vaya al entrenamiento, vos tenés una cita con nosotras en la casa de Agustín.

Antes de que terminara el recreo, Guillermina le escribió a Franco, tenía miedo de que notara su preocupación si hablaban personalmente.

Guille

Fran, ¿tenías que hacer algo hoy?

Ver a una chica linda de rulos.

Franco

Guille



Guille

Es que Bianca tiene un problema.

No pasa nada, hacé lo que tengas que hacer.

Franco

Pero no te vayas de la escuela hoy sin darme el beso que merezco.

Franco

Nunca pierdo esa oportunidad.

Guille

¿Qué vas a hacer entonces hoy?

Guille

Voy a ir al entrenamiento de fútbol, justo le había dicho a Augusto que no podía.

Franco

¡Buenísimo!

Guille

Guillermina bloqueó el celular y sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo. ¿Su amiga realmente podía escuchar lo que cualquiera estuviera diciendo?

CAPÍTULO 34

Cielo estaba segura de que Agustín podía ayudarlas, así que le escribió en medio de la clase. Necesitaban una reunión urgente con él.

Agustín dijo que iba a salir más temprano del colegio y las pasaba a buscar para ir juntos a su casa, así que Cielo les avisó a sus amigas para ver qué mentira verosímil les podían decir a sus padres.

Cuando llegó la hora, las chicas fueron al kiosco donde Agustín iba a esperarlas y se sorprendieron al ver a Tamara, Chiara y el resto de sus súbditas mirando a Agustín y haciendo comentarios acerca de lo hermoso que

era y preguntándose a qué curso iba. Cielo tenía ganas de matarlas, pero inmediatamente lo vio sonreírle, fue hacia él y se abrazaron, dejando a Tamara y sus amigas en jaque.

El camino hacia la casa de Agustín fue extraño. Mientras ellos hablaban de mil temas que el resto no entendía, Bianca estaba perdida en sus pensamientos y Mara y Guillermina no sabían qué hacer para ayudarla. Quedaba solo una semana de clases y aún seguían con problemas, resultaba agotador, pero desde que habían llegado a la ciudad habían tenido que superar miles de obstáculos.

Una vez en la casa de Agustín, Cielo tomó las riendas de la conversación y le contó todo lo que Bianca les había dicho

ese día en la escuela. Él la escuchó con una naturalidad inverosímil. Una vez que terminó el relato, le preguntó si tenía los dibujos, y Cielo le mostró las fotos del celular de Bianca. Agustín leyó el epígrafe que decía 14/7 A y sonrió.

—Sos una genia —le dijo, mientras las cuatro amigas lo miraban sin comprender qué era lo emocionante de todo esto.

—Si sabés qué es lo que me pasa, te pido por favor que me lo digas —le suplicó Bianca.

—Sí, lo sé y no es nada malo —la tranquilizó—. Acompañenme, tengo un lugar que su amiga Cielo quiere conocer hace mucho, les va a interesar.

Caminaron por el pasillo que habían

recorrido antes para llegar a su cuarto y a medio camino, Agustín abrió una trampilla casi imperceptible en el piso.

Era un sótano oscuro y pequeño, y cuando Agustín prendió las luces, las chicas se asombraron. Estaba lleno de pizarras con fotos y anotaciones, libros, una computadora y miles y miles de papeles.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Cielo.

—Es el lugar donde descubrí lo que ustedes quieren saber —le respondió con una sonrisa y endureció la mirada—. No pueden contar nada de lo que les voy a decir, es peligroso.

—Sinceramente, lo último que quiero es contarle algo de esto a alguien —

respondió Bianca, mientras Agustín intentaba tranquilizarla.

—Mi papá era como vos —le dijo con lágrimas en los ojos—. Y era una gran persona, solo se trata de saber cómo usar el don que tenés.

Las chicas intentaban entender, pero estaban realmente perdidas, asustadas y ansiosas por su amiga, así que Agustín decidió empezar desde el principio.

Su papá había nacido un 7 de septiembre en Buenos Aires y siempre le había interesado la medicina, aunque hacía muy poco tiempo Agustín había descubierto que realmente no era médico, como siempre le había dicho su mamá. En cierto sentido, no importaba. Máximo sabía más de medicina que

cualquiera y tenía un don que cualquier persona hubiese deseado tener: podía curar a la gente.

Esa noche de cumpleaños, el día que había encontrado el viejo diario de su padre, Agustín estaba frustrado por no haber descubierto absolutamente nada durante esos cuatro años de investigación intensiva. Sin embargo, conectando palabras, números y anotaciones que había hecho su padre, al final había descifrado el enigma en cuestión de segundos: Máximo también había investigado demasiado y, aunque Agustín todavía no lograba comprenderlo del todo, se daba cuenta de que era parte de algo más grande.

Había hecho un repaso de todo lo que

había averiguado hasta entonces y del contenido de ese diario y había llegado a la conclusión de que todo apuntaba a un punto: 14/7. Exactamente lo mismo que Bianca había escrito en los últimos retratos que había hecho.

—¿Qué significan esos números? — interrumpió Cielo.

—Justo llegaba a esa parte — respondió él y continuó el relato.

Había investigado el significado del número 14, que en muchos casos representaba cambios, actividad y versatilidad, pero que también implicaba incertidumbre, riesgo y experiencias fuertes. El significado del número 7 lo había entusiasmado aún más, ya que era considerado un número

mágico, compuesto del celestial número 3 y del terrenal número 4, estableciendo un puente entre el cielo y la tierra. El chico había descubierto que la magia estaba en que, si se asociaba el número 4 a la Tierra con sus cuatro elementos y sus cuatro puntos cardinales, con el sagrado número 3, que simbolizaba la perfección, se llegaba al número 7, que representaba la totalidad del universo en movimiento.

Por ese camino, esa noche de su cumpleaños número 14, había llegado a una respuesta al unir los cabos sueltos y había comprendido la historia oculta en los diarios de su padre: todos los días 14 y 7 de los años terminados en 7, en noches de luna gibosa creciente, nacían

los “alternos”, una especie de humanos con poderes psíquicos y físicos. Todas personas que habían nacido solo esos días y en esa fase lunar, entre las 00 y las 00.01 horas.

—Si no fueses vos, yo ya me hubiese ido corriendo de acá —interrumpió Cielo una vez más.

—No, no te hubieras ido, porque vos también naciste un día 14 a las 00 —le respondió Agustín, mientras Cielo abría los ojos como platos—. ¿Y sabés qué? Hace bastante tiempo que sé que fue una noche de luna gibosa creciente —sonrió.

—¿Eso quiere decir que soy una alterna? —Bianca interrumpió la charla de Agustín y Cielo.

—Sí, pero como te decía antes, no es

nada malo —remarcó.

—¿Y se supone que por eso soy sonámbula y hago dibujos?

—En realidad no sos sonámbula —le explicó—. Yo creo que por algún motivo que todavía desconocemos, entrás en trance y dibujás alternos, por eso la referencia “14/7 A” —dijo tomando el diario de su padre y mostrándoles una lista de nombres—. Mi papá había hecho un listado de personas y marcaba con una A a quienes eran alternos, no sé por qué lo hizo, pero es lo mismo que estás haciendo vos inconscientemente.

Respecto a las voces que escuchaba Bianca, Agustín les explicó que los alternos existían desde los inicios de la

humanidad, mezclados con el resto de las personas. Se diferenciaban del común de la gente porque eran más inteligentes, más fuertes, tenían niveles de intuición más altos y el deseo de conseguir algo los impulsaba a desarrollar poderes físicos o psíquicos.

Según Agustín, los alternos eran superiores en muchos aspectos. En las artes, por ejemplo, solían destacarse por su creatividad. En ciencias también eran los mejores, así como en oratoria, y tenían más destreza física. Básicamente, aseguró que cuando querían hacer algo, los alternos tenían facilidad para hacerlo bien. Pero además, poseían una serie de facultades que variaban según cada alterno, aunque ninguno tenía más

de dos habilidades.

—O sea que los alternos tienen poderes diferentes... —dijo Guillermina en voz alta.

—Todos tienen una o, como mucho, dos habilidades, y puede haber alternos con los mismos dones—explicó, y enumeró los poderes que había descubierto hasta el momento.

OMNISCENCIA: habilidad de saberlo todo.

TELEQUINESIS: capacidad de manipular y controlar objetos con la mente.

EMPATÍA: capacidad para leer y sentir las emociones o controlar los sentimientos de los demás.

PRECOGNICIÓN: habilidad de percibir el futuro a través de sueños premonitorios o a voluntad.

TELEPATÍA: capacidad para leer los pensamientos o para comunicarse mentalmente con los demás.

MANIPULACIÓN DE MEMORIA: habilidad de alterar, modificar o cambiar por completo los recuerdos y memorias de otras personas.

CONTROL MENTAL: capacidad de alterar percepciones y habilidad general para controlar las acciones de los demás.

CURACIÓN: capacidad de sanar.

MANIPULACIÓN DE

FEROMONAS: capacidad de generar y controlar feromonas que pueden

tener efectos diferentes.

DETECCIÓN DE PODERES:

habilidad de detectar o reconocer poderes sobrenaturales en otras personas.

SENTIDOS SOBREHUMANOS:

habilidad de ver, oler, saborear, sentir o escuchar más desarrollada que en un humano promedio.

CLARIVIDENCIA: capacidad para percibir eventos que están ocurriendo en otro lugar o sentir lugares que no están a la vista como si se estuviera presente. También permite encontrar a alguien sin conocerlo.

Era demasiada información, así que Agustín las invitó a volver a su cuarto donde tomaron gaseosa e intentaron

bajar a la realidad escuchando música y hablando de temas relacionados con la escuela.

Mientras tanto, Agustín había hecho una suposición y quería mantenerla en secreto, no quería preocuparlas antes de tiempo. Después de preguntarles qué día y a qué hora habían nacido, verificó las fases lunares y confirmó sus sospechas: las cuatro chicas eran alternas. Su encuentro en esta ciudad era definitivamente obra del destino. Él estaba feliz de ser parte de eso, no era alterno pero, en definitiva, seguía siendo “el heredero” de su padre.

CAPÍTULO 35

Era el día previo al fin de clases y el paso de los días había suavizado el golpe que habían sentido al recibir la información de Agustín. Casi sin querer, empezaban a aceptar los extraños poderes de Bianca y a darse cuenta de que Cielo iba por el mismo camino.

Esa mañana, Guillermina había madrugado porque era su cumpleaños. Le encantaba cocinar su propia torta; también pensaba preparar algunas delicias dulces para la tarde, porque iba a hacer un pequeño festejo en su casa. Su mamá se había levantado para ayudarla, a pesar de que no era la mejor cocinando: estaba muy feliz de ver

crecer a su hija...

Para Guillermina siempre era lindo cumplir años, aunque esta vez era un día cargado de emociones porque el equipo de hockey del colegio tenía el partido más importante del año, que les permitiría clasificar para el torneo del año siguiente. Así que una vez que terminó de cocinar, se cambió e intentó concentrarse. Ser capitana era mucha responsabilidad y jugar en el mismo equipo que Tamara y sus amigas siempre era un riesgo.

Habían entrenado toda la semana y Guillermina estaba preocupada porque el equipo no lograba integrarse, parecía que nadie podía separar los asuntos personales de la realidad del juego.

Tamara le pasaba la bocha solo a sus amigas y ellas golpeaban a Bianca siempre que podían. Por suerte para Cielo, estar como arquera la eximía de estas peleas.

Si perdían el partido, no iban a participar del torneo interescolar del año siguiente, así que antes de comenzar, Guillermina reunió al equipo y dio una especie de discurso para motivarlas. En resumen, les pidió que hicieran el esfuerzo de dejar los rencores de lado en la cancha.

Sabía que su pedido no tenía mucho sentido, Tamara la odiaba. Le había sacado el puesto de capitana y el novio, así que lo más probable era que intentara que el equipo perdiera para

demostrar que Guille no servía como capitana. Sinceramente, su cumpleaños estaba siendo más estresante de lo que había planeado.

Comenzó el partido y desde el primer instante Guillermina supo que ganarlo iba a ser un milagro. Sus contrincantes eran muy buenas, y Tamara y sus amigas estaban haciendo todo lo posible por ayudarlas a ganar.

A pesar de todo, lograron terminar la primera mitad del partido con un empate, así que Guillermina reiteró el mensaje.

—¿Podemos dejar de lado nuestras diferencias y darle al colegio la importancia que se merece ganando este partido? —pidió mientras Tamara y sus

amigas miraban el piso.

—Están demostrando que no pueden perder en las pequeñas cosas de todos los días, por eso nos odian—les dijo Bianca enojada—. Sin embargo, no les importa perder un partido importante.

Tamara no le respondió con palabras pero sí con la mirada. Estaba enojada, resuelta a perder el partido y planeaba vengarse de todas ese mismo día.

El segundo tiempo comenzó con un gol del equipo contrario y la rabia de Cielo por haber tenido una distracción que, obviamente, era producto de la tensión que sentía por la conversación que habían tenido.

Tamara había empujado a Bianca cada vez que se la había cruzado en la

cancha, pero el árbitro no prestaba atención, eran del mismo equipo y no tenía sentido lo que estaba pasando.

Cuando faltaban quince minutos para terminar el partido, Guillermina logró un empate. Tamara se enfureció al darse cuenta de que Guille se había convertido en la estrella del juego. Cansada de intentar lesionar a la capitana en vano, fue directo al tobillo de Bianca y logró lastimarla.

La chica de Bariloche se retorció de dolor en el piso mientras sus amigas la ayudaban a quitarse el botín y las medias, adelantándose a la llegada del médico; en la otra punta del campo de juego, Tamara y sus amigas se reían, triunfales, y Cielo estaba fuera de sí,

quería matarlas.

Una vez que dejaron el tobillo de Bianca al descubierto notaron la zona inflamada, lo que presagiaba malas noticias. El médico no llegaba, así que Guillermina, que se sentía completamente culpable por haber desafiado a Tamara, tomó el tobillo y la miró a los ojos.

—Vas a estar bien, Bian, el médico ya está viniendo. Intentá cerrar los ojos y respirar hondo —le dijo con suavidad.

Bianca le hizo caso y luego de dos inspiraciones abrió los ojos. Cielo y Mara miraban la escena estupefactas: la inflamación y el enrojecimiento de la pierna de Bianca habían desaparecido como por arte de magia. Las cuatro se

miraron, incrédulas. No pudieron hacer ningún comentario porque ya estaban rodeadas por la directora y el médico, que después de revisar a la lesionada, dijo que estaba en perfectas condiciones.

El juego continuó y las chicas estaban con la cabeza en otro lado. ¿Guillermina acababa de curar a Bianca? Cielo no podía dejar de pensar en lo que les había contado Agustín sobre su padre. Necesitaba que terminara el partido para poder llamarlo y contarle todo.

Un gol de Bianca interrumpió sus reflexiones y llegó el final del partido como una explosión de felicidad. Habían ganado, mañana era su último día de clases y Tamara había perdido

una vez más.

Cuando terminaron con los festejos, se encaminaron a la casa de Guillermina para celebrar su cumpleaños. Entre *cupcakes* y *brownies*, hablaron de lo que había pasado en la cancha. Analizaron cada detalle, formularon teorías para explicar lo que habían vivido estos últimos meses, pero claramente nada encajaba. ¿Tan raro tenía que ser todo? La única esperanza que tenían era Agustín.

Cie

¿Estás?

Sí, gracias por preguntar cómo estoy.

Agustín



Cie

Cie

Hola, ¿cómo estás?

Muy bien ¿y vos? ¡Feliz cumple para Guille!

Agustín

Cie

Gracias, justamente de ella te quería hablar.

Me imaginaba.

Agustín

Cie

¿Por?

No sé, ¿qué pasó?

Agustín

Cie

Hoy Bianca se lastimó en el partido y creemos que Guillermina la curó.



Agustín

Cie

¿Puede ser?

Sí, puede ser.

Agustín

¿Alguien más se dio cuenta?

Agustín

No, las demás personas
estaban lejos, pero yo
misma vi cómo cambiaba
la piel inflamada de Bianca
cuando Guillermina la tocó.

Cie

Vengan a casa mañana
que tengo que contarles
algo importante.

Agustín

Ok, nos vemos.

Cie

Te quiero, pegaso rosado.

Agustín

Yo más.

Cie

CAPÍTULO 36

Lo tenía bastante abandonado así que una vez que sus amigas se fueron, Guillermina tomó la bicicleta y fue a la casa de Franco. Entre el partido, Tamara y los alternos no había pasado ni un segundo de su cumpleaños con él.

—¡Qué sorpresa, llegó la cumpleañera! —le dijo Franco a Torbellino mientras abría la puerta.

—Te abandoné bastante por el partido, pero tenía ganas de verte —dijo ella ruborizada.

—Era tu primer partido importante como capitana así que estás perdonada —le sonrió y la besó.

Cada vez que sentía sus labios,

Guillermina sentía una especie de descarga eléctrica y un cosquilleo que le recorría el cuerpo. Era tan dulce y suave que Guillermina no podía despegarse de él, así que pasaron gran parte de la tarde escuchando música en su habitación, con Torbellino dando vueltas y besándose. Habían soñado con eso demasiado tiempo, así que ninguno de los dos planeaba dejar de hacerlo.

Sentir el perfume de Franco tan cerca, tocarle el pelo, besar sus labios o tomarlo de la mano eran pequeñas cosas que había deseado tantas veces, que cada vez que lo hacía lo valoraba más. Era tan bueno y dulce como siempre había intuido. Buen amigo, buen novio, buen hijo; Franco casi nunca se enojaba,

porque intentaba ver el lado positivo de todo. Era comprensivo e inteligente y estaba profundamente enamorado de Guillermina, al punto que no sabía qué había estado haciendo con Tamara todo ese tiempo.

La vuelta a casa en bicicleta le resultó terapéutica a Guillermina que, después de analizar lo feliz que era con Franco, recordó el episodio de la mañana, cuando milagrosamente había curado a Bianca. Sin lugar a dudas se había fracturado y no había ninguna posibilidad de que el dolor se hubiera desvanecido de esa manera. Tenía que ponerse a investigar ya mismo.

Llegó a su casa justo para la cena, pero lamentablemente para la familia, el

don de Guillermina para la cocina no venía de su mamá. Había hecho unas milanesas de soja que eran un ladrillo... siempre se le quemaba todo. Pero para que la madre no se pusiera mal, hicieron un esfuerzo por comerlas.

Últimamente pasaba poco tiempo en casa, pero siempre se sentía cerca de su mamá, que hacía unos días le había preguntado por Franco. Eran cercanas y a Guille no le daba vergüenza hablar de ningún tema con ella, así que le había contado todo con lujos de detalles. Su mamá estaba feliz por ella, le encantaba Franco porque parecía un buen chico.

Bian

Mañana es el último día.



Bian

Al fin, necesito vacaciones
de tanto socializar.

Cie

Cielo, nunca socializaste.

Mara

¿Cómo que no? Vos no sabés lo que era mi vida feliz en Balcarce, con el único que hablaba era con Melón.

Cie

O sea que querés vacaciones de nosotras.

Bian

No sé, puede ser.

Cie



Cie

Mentira, las quiero.

Cie

Yo la llamé hace un rato
y estaba con Franco.

Mara

Acá estoy, acabo
de llegar a casa.

Guille

Hable con Agustín.

Cie

¿Le contaste?

Mara

Bian

¿Qué dijo?

Dijo que tiene que
contarnos algo importante

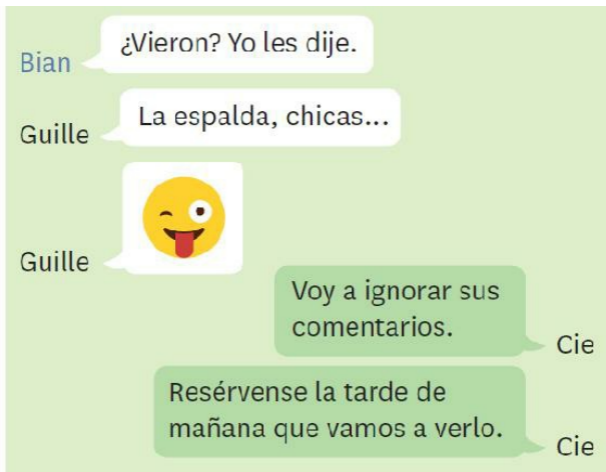
Cie



Guille

Chicas, nunca comentamos
lo lindo que es.

Mara



Estaban en **Ámsterdam** y como todos los domingos, habían ido a la iglesia. Su mamá estaba embarazada y su hermano más chico apenas caminaba. Llevaba un vestido rosa y un moño del mismo color en el pelo y tenía tanto frío que ni siquiera el tapado que llevaba por

encima del vestido llegaba a abrigoarla lo suficiente.

Le gustaba la nueva ciudad, aunque todavía no se había acostumbrado del todo y sus pensamientos estaban puestos en escuchar cómo hablaban las personas, quería contagiarse del idioma.

En un momento de distracción, perdida entre las palabras de quienes también salían de la iglesia, se le acercó un hombre:

—Hola, ¿estás sola? —le preguntó en español.

—No —dijo ella mientras buscaba a sus papás entre la multitud.

—Vení conmigo que te voy a ayudar a encontrar a tus papás —le dijo, tomándola de la mano.

—No quiero, yo puedo buscarlos sola
—dijo ella mientras el desconocido insistía en llevársela contra su voluntad.

Guillermina se despertó aterrada y transpirada de pies a cabeza. Acababa de soñar algo horrible, así que decidió no volver a pensar en ello, se lavó la cara y se hizo un café. La había afectado mucho el sueño. Mientras intentaba calmarse, se dio cuenta de lo que había pasado. Sin siquiera mirar la hora, se cambió, agarró la bicicleta y fue a la casa de Cielo.

Eran las ocho de la mañana, pero en verdad con Cielo no había problema: ella se levantaba temprano para dejar sus redes sociales actualizadas desde primera hora.

—¿Qué pasa, Guille? ¿Estás bien? — preguntó alarmada al ver que ni siquiera se había peinado.

—Necesitamos hablar con Agustín ahora, avisale a las chicas —dijo.

Cielo se preocupó y rápidamente se cambió para ir a buscar al resto.

También le avisó a Agustín que iban para allá.

Era su primer día de vacaciones y habían madrugado un sábado, lo cual era terrible, pero Guillermina insistía en que era importante y sus amigas comprendían que si ni siquiera se había peinado, el asunto era grave.

Una vez que estuvieron todos juntos, fueron al sótano de Agustín para hablar más tranquilos.

—Anoche tuve un sueño muy extraño —dijo Guillermina—. Me desperté muy nerviosa y asustada, y después de un rato me di cuenta de que en realidad no era un sueño, sino un recuerdo.

—¿Soñaste un recuerdo? —preguntó Agustín intrigado.

—Sí, lo más terrible es que no lo recordaba hasta que lo soñé.

—¿Cómo era el sueño? —interrumpió Bianca.

—Estábamos en Ámsterdam con mis papás y mi hermano del medio saliendo de la iglesia. Yo tenía seis años y no encontraba a mis papás.

—¡Qué feo! —dijo Mara.

—Sí, pero en ese momento aparecía un hombre, y me quería llevar —dijo con

lágrimas en los ojos—. Yo me asustaba y le decía que no quería irme. Justo en ese momento me desperté.

—¿Y eso pasó en serio? —preguntó Cielo.

—Sí, él me estaba queriendo llevar y mi papá llegó a tiempo y discutieron.

—¿Te acordás de qué decían? ¿Tu papá lo conocía? —indagó Agustín.

—Mi papá parecía no conocerlo, el hombre le decía que no podía hacer lo que le habían pedido. Le hablaba de mí, le insistía en que estaba cometiendo un error —contó Guillermina y suspiró—. No sé por qué nunca recordé eso.

—Seguramente te asustaste mucho y lo borraste de tu memoria, suele pasar —la tranquilizó Agustín.

—¿Quién sería ese hombre? —dijo Bianca intranquila.

—Vos vas a ayudarnos a descubrirlo, pero antes, tengo algo que decirles — dijo Agustín.

El chico decidió que era momento de contarles lo que había descubierto hacía un tiempo, incluso antes de conocerlas. Entre los apuntes del diario más antiguo de su papá, figuraba ese año resaltado con un círculo. Según pudo deducir Agustín, el año siguiente iba a pasar algo que todavía desconocía y había cuatro alternos que serían clave. Sus iniciales eran: B, G, C, y M.

Todo encajaba: las chicas no habían llegado al mismo tiempo a la misma ciudad, la misma escuela y el mismo

barrio por casualidad. Todo estaba predestinado y Agustín estaba investigando para ayudarlas a descubrir por qué.

—Guille, describí al hombre que quería llevarte en Ámsterdam —le dijo Agustín—. Bianca, ¿te animás a dibujarlo?

—Últimamente me está costando mucho hacerlo despierta —se rio—, pero vamos a intentarlo.

Guillermina describió al hombre mientras Bianca lo dibujaba con una seguridad que sorprendió a todos. Agustín, Cielo y Mara esperaban ansiosos el resultado. Bianca demoró diez minutos en hacer el retrato. Una vez que estuvo terminado, se lo mostró a

Guillermina que asintió con la cabeza: era él.

Bianca lo dio vuelta y se lo mostró a los demás. Agustín estaba decepcionado porque no lo reconocía de ninguna foto de su padre, pero Mara entró en pánico. Se levantó bruscamente para tomar su cartera, volcó todo el contenido en busca de su billetera, la abrió y sacó la foto de su papá que había encontrado justo antes de abandonar Jujuy. La miró con lágrimas en los ojos y se la entregó a Agustín.

—Es mi papá —dijo Mara y miró a Guillermina—. Es el hombre que viste en Ámsterdam.

AGRADECIMIENTOS

No sé cuántas veces pensé cuán difícil sería escribir un libro, pero aun así dudé muy poco cuando me ofrecieron la oportunidad de hacerlo. Igual que cuando estudiaba y tenía que hacer algún trabajo práctico difícil, confié en mí. “De alguna manera lo vas a lograr hacer”, pensé, y si estás leyendo esto, es porque así fue.

Quiero agradecer a todas aquellas personas que me confirmaron una y mil veces, con certeza, que podía hacerlo: mi mamá, mi papá, mis hermanas Marilina y Gimena, mis amigas Flor, Majo, Andy y Na, y sobre todo a Juani, mi novio, por darme confianza y repasar

conmigo más de cien veces cada parte de la historia.

Tengo que agradecer a todas las personas que me siguen cada día, y son felices conmigo por cada oportunidad nueva que surge. A esos “seguidores”, que para mí ya son amigos y están pendientes de absolutamente cualquier cosa que haga, gracias por la incondicionalidad, por permitirme hacer lo que me gusta y por estar tan pendientes de este libro. No hay palabras que alcancen para darles las gracias.

Y cómo no decirle gracias a Pepper, que nunca molestó en todo el tiempo que duró el desarrollo de este libro, ya que nunca dejó de dormir. Porque además

fue mi mejor break cuando quería acostarme a descansar. Él nunca le dice que no a una siesta.

Donde sea que estén, quiero agradecerles a mis abuelos, porque estoy segura de que hubiesen sido muy felices por esto. Porque nunca dejaron de enorgullecerse por cualquier cosa que hiciera. Es de ustedes de principio a fin.

Por último y no menos importante, debo agradecer a Editorial Planeta por la oportunidad de hacer realidad mi primer libro, por el buen trato, el cariño y el apoyo que sacó lo mejor de mí.

¡MUCHAS GRACIAS!